OJALÁ

María Beatobe

Enero 2021

© Título original: Ojalá
María Beatobe
ASIN:
1ª edición, enero 2021.
Corrección ortotipográfica y maquetación digital: Elisa Mayo • elisamayoescritora@gmail.com
Diseño de portada: Adyma Design (Marien Sabariego)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright* . La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para ti, mamá. Esta historia va por ti.
Te abrazo desde donde estés.
Ojalá. Te echo de menos.
Te quiero.
Siempre.

Un vínculo no muere nunca,
ni aunque la muerte los separe.

ÍNDICE

1 *AVENOIR*
2 *BONHOMÍA*
3 *SERENDIPIA*
4 *SELCOUTH*
5 *LIMIRENCIA*
6 *KILIG*
7 *VIRAGO*
8 *JAZBA*
9 *JAZBA*
10 *SISU*
11 *EFÍMERO*
12 *MAMIHLAPINATAPAI*
13 *SAUDADE*
14 *RETROUVAILLES*
15 *PIWKENYEYU*
AGRADECIMIENTOS

1
AVENOIR

(El deseo de poder hacer que la memoria avance hacia atrás)

En la actualidad, con veinte años… y él, veintidós

Mi madre siempre me cuenta con una cariñosa y amplia sonrisa en los labios que cuando en verano me llevaba al pueblo con mi abuela, para ella poder trabajar durante mis vacaciones estivales, yo era la niña más feliz del mundo. Mi ilusión y la luz que desprendía mi mirada parecían delatarme cada verano.

También recuerda que yo esperaba con ansia el momento de preparar el equipaje junto a ella, de meter mis cuentos, mi burrito de peluche con el que dormía cada noche, mi libro favorito sobre el significado de palabras raras y mis zapatillas Converse verdes con las margaritas que mi madre y mi abuela habían cosido en ellas.

Eran unas zapatillas muy significativas para mí porque me las regaló mi abuela. Una tarde de verano, las tres, las customizamos con ese tipo de flores que tan famosas eran por ser deshojadas cuando alguien dudaba sobre si era correspondido o no por la persona que amaba. Y mí ese gesto me parecía espantosamente cruel. Desprenderlas de sus pétalos de ese modo no tenía ningún sentido, salvo demostrar el poder que tiene el hombre sobre la naturaleza.

Sentía que les extirpaban sus extremidades, su cuerpo, le robaban la vida, por una respuesta que creíamos a pies juntillas cuando era afirmativa, aunque fuéramos totalmente conscientes de que era algo debido al azar.

Al final, cuando esas zapatillas me estuvieron pequeñas, se quedaron de recuerdo en la casa del pueblo, sobre una estantería de la habitación que hacía mía cuando estaba allí.

De la misma manera, mi madre me explicaba que la noche anterior siempre terminaba saliendo de mi habitación en dirección a la suya, con mi burrito de peluche en un brazo, para meterme en su cama, porque los nervios del viaje podían más que mi necesidad de descansar.

Lo curioso era que según me tumbaba allí y me acurrucaba junto a su cuerpo, esperando a que ella, como un acto reflejo,

situara su mano alrededor de mi cintura, algo se activaba en mí porque caía en brazos de Morfeo en cuestión de segundos.

Seguridad afectiva lo llaman.

Me sentía tan sumamente protegida junto a ella que conseguía que cualquier situación que supusiera para mí un mínimo de inquietud se convirtiera en algo mucho más sencillo, más soportable, más insignificante, menos real. Y quiero pensar que era debido al encanto y la magia innata que poseen las madres. Esa que desprenden y saben manejar cuando sienten que algo nos preocupa. Y digo sienten, no digo saben, porque ellas sienten lo que nos ocurre mucho antes de que se lo contemos. Me pregunto si cuando yo sea madre, si es que lo soy algún día, también tendré ese don.

Ojalá.

Desde que tengo uso de razón, recuerdo mi vida a su lado. Juntas, en lo bueno y en lo malo. Siempre. De la mano.

Ella me enseñó lo que significaba el término complicidad, porque ambas lo éramos. Lo somos. Lo seremos.

Fue madre soltera y aunque nunca me escondió la identidad de mi padre, jamás lo he conocido, y si queréis que os diga la verdad, no es algo que me quite el sueño. Desapareció al día siguiente de acostarse juntos y, por lo tanto, no sabe ni que tiene una hija. Así que en ocasiones pienso que fui el resultado de una inseminación no tan artificial.

A día de hoy, sé que fue una «relación» de una noche. Ambos disfrutaban de las calles de Florencia, y un encontronazo, al tiempo que uno y otro miraban distraídos el mapa de la ciudad, terminó, según me explicó mi madre, en la cama de una habitación de hostal de limpieza algo cuestionable.

No volvieron a verse.

No volvieron a coincidir.

No volvieron a ser ni a estar.

No se intercambiaron los números de teléfono, pero se confirieron miradas, caricias, recuerdos y una noche que a mi madre se le quedó grabada en la mente y de la que no se arrepentía en absoluto por muchas razones y una de ellas fui yo; Valeria, un nombre que me puso por su significado: mujer fuerte y valerosa.

He de confesar que una de mis aficiones (en ocasiones podría definirlo como obsesión) es buscar los significados de las palabras, sobre todo de aquellas que al pronunciarlas suenan extrañas, diferentes y que, normalmente, no usamos en nuestro vocabulario.

Disfruto haciendo uso de ellas solo por el simple hecho de ver la cara que se le queda a la gente cuando las pronuncio. Y una que me fascina es *avenoir* .

Ah, y también digo muchas veces, y casi siempre de manera inconsciente, la palabra «ojalá». Y es para mí esa palabra es un regalo. Pienso que manifiesta suspiro, imaginación, el fuerte deseo de querer que pase algo… Abraza tantos efectos en mí y para mí… que, solamente con pronunciarla, se me expanden los pulmones para llenarse de esperanza, de sueños, de vida. Es un término que podría salvarme de muchos naufragios emocionales. De hecho, lo hizo.

Pero bueno, lo que estaba contando era que pasar los veranos con mi abuela me hacía mucha ilusión porque me encantaba compartir con ella todo el tiempo que no había sido posible durante el resto del año. El olor a tostadas por las mañanas, el sabor de su comida, el rojo pasión de las amapolas que regaba los campos, los tapetes de ganchillo repartidos por las mesas de la casa, el buen sabor de boca que me dejaban las conversaciones con ella en la cocina mientras preparábamos croquetas, o los bocadillos de Nocilla antes de salir a la calle a jugar con mis amigos.

Y es que los recuerdos también tienen aroma, ¿no creéis?

En esa época disfrutábamos de montar en patinete, darnos baños en el lago, sentarnos en el muro para charlar de nuestras cosas, jugar al «rescate» o a pasear por el campo, sin tener que estar pendientes, como está ahora toda la juventud, de cuántos *likes* tienen o si han aumentado su número de seguidores. Hasta los dieciséis, año en el que mi madre me regaló mi primer teléfono móvil.

Me viene a la memoria cuando girábamos con el coche en el desvío que desembocaba en la calle donde mi abuela habitaba todo el año. El estómago me hacía cosquillas y bajaba la ventanilla con premura para sacar la cabeza, gritar su nombre y que así supiera que llegábamos. Lo que conseguía con aquello era que todas las vecinas de la calle se asomaran, unas más descaradas que otras, y empezaran a saludarme con alegría. Por un momento me sentía la reina de aquel barrio mientras agitaba la mano saludándolas jovialmente.

Apenas dieciséis casas bajas completaban ese barrio, una hilera de ocho a un lado y el resto enfrente, separadas por una estrecha carretera de asfalto en el que no cabían dos coches juntos a lo

ancho. Y eso era lo que le daba encanto a esa calle. Su familiaridad. No era un lugar de paso, así que casi nunca había peligro de que pudieran transitar coches, lo que incitaba a que correteáramos por allí como si estuviéramos en nuestra casa.

En el barrio, los vecinos se conocían de toda la vida. Esas casas se habían construido cuando mis abuelos eran muy jóvenes y, prácticamente, todos las personas que residían allí participaron en el origen de la barriada.

Había sido la residencia habitual de mi madre hasta que se fue a trabajar a Madrid, con catorce años, y tuvo que dejar allí a mis abuelos y a sus dos hermanas pequeñas.

Según me cuenta mi abuela, y algún recuerdo me ilumina de vez en cuando, me encantaba salir a la calle por la noche y bailar delante de las vecinas, que sacaban sus sillas «al fresco», como ellas decían, y en un corro improvisado me aplaudían y animaban mientras yo lo daba todo cada noche.

Era una niña alegre, con mucho desparpajo y bastante espabilada. No obstante, el ser tan avispada, en más de una ocasión, provocó que mi abuela deseara con todas sus fuerzas que se la tragara la tierra. Qué le iba a hacer yo, no tenía filtro, decía las cosas como las pensaba.

Fijaos hasta qué punto llegaba que un día mi abuela y yo fuimos al mercado a comprar, y mientras esperábamos a que nos tocara el turno en la frutería, me llamaron la atención los pepinos, grandes desconocidos hasta el momento para mí, y con toda mi desenvoltura, discreción (léase la ironía) y en un tono que me podrían haber escuchado perfectamente los pingüinos en Alaska, le dije: «¡Mira abuela, mi amigo Lucas tiene la cola más pequeña que este pepino! ¡A lo mejor el frutero la tiene como este pepino!».

Creo que, si mi abuela hubiera abierto más los ojos, se le habrían salido de las órbitas y habrían rodado por la frutería hasta esconderse en algún lado, incluso entre mis nuevos amigos los pepinos.

Y es que yo era así, mi voz iba mucho más rápido que mis pensamientos, y más de una vez mi madre me aconsejó que tendría que pensar las cosas antes de lanzarlas así, como si nada. Sin embargo, he de decir que no le he hecho mucho caso en ese sentido.

Muchas veces ser tan directa me había causado más de una complicación, sobre todo en relaciones personales, pero ¿por qué tenía que callarme algo que pensaba? ¿Tan malo era decir lo que se

opinaba sobre algo? A lo mejor las raras eran las personas que no decían las cosas por no molestar, o por no sentirse seguras, o por miedo a no ser aceptadas. Quizá yo no era tan anormal. Deberíamos darle una vuelta a este tema.

Pero no quiero desviarme, todo esto viene porque quiero contaros mi historia con Axel, un niño que conocí en el pueblo y que, sin duda, fue mi primer amor, aun sin saber qué significaba eso de querer.

Un chaval dos años mayor que yo, con ojos color miel, hermético y cada vez más malhablado según fue cumpliendo años a golpe de dolor, que me hizo amar el color verde, enamorarme de las amapolas, disfrutar del agua helada, encontrarles el punto a los fuegos artificiales, pensar en la muerte de otro modo o pasar de ver el monopatín como un deporte de alto riesgo a sentirlo como algo demasiado íntimo.

Ya lo entenderéis, prometo explicarlo despacio, abriendo de par en par mis recuerdos, para que podáis incluso olerlos. De momento voy a prepararme, que esta noche tengo una cita.

AXEL

¡Buenas! Me llamo Axel, aunque creo que mi nombre ya lo sabéis.

Sé que ella me ha presentado y me alegro de que lo haya hecho. Eso me da pie para comenzar.

Soy un chico de veintidós años, que si tuviera que definirme de alguna manera diría que soy atrevido, aunque bastante cerrado a la hora de dar visibilidad a lo que pienso y siento, amante del deporte, algo testarudo cuando me tocan los cojones y muy malhablado, mucho, muchísimo. Cada vez más.

Por lo visto, Val os va a contar nuestra historia; al menos, lo que se puede contar, ya me entendéis. Y tras darle muchas vueltas, he pensado que estaría bien que yo también os narrara cómo lo viví, aunque seguramente sin extenderme tanto, porque ¿sabéis que? A Val le gusta mucho hablar, casi tanto como a mí decir palabrotas, y ahora que no me oye, debo reconocer que la escucharía durante todas las putas horas del día sin pestañear ni una sola vez.

Tiene una manera de comunicarse en la que no solo habla a través de las palabras, sus ojos expresan a veces más que su propia voz. Y eso me pone malo. ¿Sabéis por qué? Porque esa mirada, en ocasiones, es capaz de taladrarte, y otras veces me la pone más dura que una piedra. Y si es capaz de provocar esas reacciones con solo mirarme, imaginad si me pone un dedo encima.

Y es que mi relación con ella ha sido una jodida montaña rusa desde la primera vez que la vi, por pocos años que tuviera. Nueve, exactamente.

Era un puto crío.

Pero claro, pasaron los veranos y fuimos cambiando, y no solamente en nuestra manera de pensar y ver las cosas, que evidentemente lo hicimos, sino también físicamente. Y, joder, uno tenía ojos en la cara, ciego no era, y Val se fue convirtiendo en una mujer espectacular en todos los sentidos. En una jodida belleza que me volvió loco. Una puta bomba de relojería que podía explotar en cualquier momento y arrastrarme con ella como efecto colateral.

Y claro, a ver quién tenía cojones de enfrentarse a lo que pasó ayer. A lo que por fin pasó ayer. No todos estamos preparados para según qué cosas, aunque nos lo hayamos imaginado infinidad de veces.

Y esta era una de ellas.

En fin, que no me enrollo más. Que al final os cuento yo la historia antes que ella y empezando por el final. Y con el genio que se gasta, probablemente me corte las pelotas y, permitidme el egoísmo, pero me gustaría mantenerlas en su sitio.

¿Preparados?

Que empiece el espectáculo.

2
BONHOMÍA

(Afabilidad, sensatez, bondad y honradez en el carácter y en el comportamiento)

Cuando yo tenía siete años… y él, nueve

El verano que cumplí siete años, estaba allí, en el pueblo, como todos los cumpleaños que celebraba desde que tenía uso de razón.

Los cumplía en julio y, al principio, me sentaba fatal estar en el pueblo por no poder celebrarlo con mis amigas en mi barrio. Pero bueno, digamos que el cosmos me recompensó de otra manera poniendo en mi camino a ese niño el día que cumplía siete años.

Mi abuela decidió de manera unilateral (como casi siempre que decidía algo) prepararme una fiesta sorpresa en su casa e invitó a algunos niños y niñas de nuestra calle, cinco en total contando conmigo, y con los que jamás había tenido ningún tipo de contacto.

Nos habíamos cruzado alguna vez en la calle, pero yo siempre de manera instantánea me agarraba a la pierna de mi abuela y de ahí no me movía ni una explosión nuclear. De pequeña, ante personas desconocidas (con las conocidas, todo lo contrario) era algo tímida al principio, y digo «era», porque ahora la vergüenza la tengo en el subsuelo; pero, oye, cada uno necesita su tiempo y sus experiencias para aprender a comportarse de la manera en la que se siente más cómodo, y lo cierto es que ir dejando la timidez de lado me facilitó las cosas en muchos sentidos.

Aunque con mi familia era muy atrevida, a medida que fui cumpliendo años, la timidez se presentó frente a mí, pero sobre todo con el sexo opuesto. El paso del tiempo me descubrió que se podía querer a alguien de manera diferente a mamá o la abuela. Y en principio me asustó. Me costó entender y gestionar lo que empecé a sentir por Axel. Pero vamos por partes.

Reconozco que la sorpresa de cumpleaños que había preparado mi abuela era algo que no me esperaba. En mi cabeza imaginé que ese día vendría mi madre, como todos los años, y las tres soplaríamos las velas juntas; algo que, según me contaban ellas, se había convertido en una tradición.

Desde el día de mi primer cumpleaños éramos las tres quienes

apagábamos las velas al mismo tiempo (bueno, yo soplé cuando aprendí a hacerlo, claro). Ellas pedían un deseo relacionado conmigo y yo hacía lo mismo en cuanto entendí qué significaba aquello de desear. Y se convirtió en una costumbre que valía más por esa unión tan especial que generaba ese momento que por el deseo en sí que formulábamos mentalmente.

Pues lo dicho, ese año fue diferente, y no era consciente en ese momento de lo que significaría en mi vida conocer a esas cuatro personas.

Ese día mi madre había venido a comer con nosotras. Se pedía siempre un día de sus vacaciones para poder acompañarme (jamás fui consciente de los enormes esfuerzos que hacía por mí), y desde la noche anterior la esperaba entre ansiosa y emocionada.

Siempre me dejaban escoger el menú y elegía constantemente el mismo: paella. Nadie las prepara como mi abuela. Parece que aún la veo con el delantal azul y blanco enlazado al cuello y a la cintura, algo deshilachado por los bordes y cosido con una fina tela que dejaba intuir los vestidos ligeros y estampados que se ponía siempre en verano para sofocar el calor.

Después de comer el delicioso arroz de mi abuela, mi madre me propuso ir a darnos unos baños al lago que estaba cerca de casa. Ese día hacía mucho calor (como casi siempre en el mes de julio), y como quería aprovechar al máximo que mi madre estaba allí conmigo, enseguida acepté con vivacidad su invitación.

También le dije a mi abuela que nos acompañara, pero ella se aquejó de un dolor de cabeza que en realidad era una excusa más que estudiada para preparar todo lo que me encontraría cuando regresáramos a casa.

Disfruté de mi mami entre baños y aún recuerdo con nostalgia cómo le gustaba envolverme con la toalla cuando salía del agua. Mis ojos se cerraban por inercia y una sonrisa de complacencia irrumpía en mis labios. Me sentía tan protegida con ese gesto que hasta ahora mismo, según lo recuerdo, siento cierto cosquilleo en los brazos.

Cómo echo de menos esos arrumacos. A mis veinte años, tendría que pedirle que volviera a hacerlo, aunque pudiera parecer absurdo de cara al resto del mundo. Para mí, sería especial y reponedor. Ojalá volver a sentirlo.

Llegamos a casa entre risas, cogidas de la mano y sintiendo que era el mejor cumpleaños de mi vida, aunque seguramente no

recordara ninguno anterior a esa edad.

Era feliz, sí, podría decir que fui una niña feliz. Que se llenaba las manos de buenos momentos, los atesoraba a puñados, disfrutándolos en cada instante. Y los soltaba cuando pasaban para después ir recogiendo otros nuevos.

Eso lo sé ahora, antes no era consciente de lo bien que gestionaba lo que ocurría en mi vida. Y es que mi madre fue tan buena maestra... no cesó de proporcionarme grandiosas clases magistrales. Sabía hacerme ver la esencia de lo que a simple vista no era palpable y nunca le estaré lo suficientemente agradecida.

Tiempo después, irrumpió la adolescencia como un vendaval y el empezar a convertir en enormes gigantes lo que eran pequeños molinos, pero eso lo contaré más adelante.

A lo que iba, que me gusta tanto hablar que me desvío rápido del tema. Cuando entramos en casa mi madre y yo, después de venir del lago, reinaba un silencio sepulcral, y pensé que a lo mejor mi abuela se habría echado la siesta más tiempo de lo habitual, así que lo primero que hice fue gritar su nombre. Sí, lo sé, podría haber sido más delicada, pero tengamos en cuenta que tenía solo siete años y era mi cumpleaños. Nada era más importante que yo en ese momento. Así que lancé el chillido sin pensarlo dos veces.

—¡Abuela! ¡Ya estamos en casa!

Pero no obtuvimos respuesta. Y me sorprendió que mi madre no se mostrara preocupada ante su silencio.

Según recorrimos el pasillo que daba lugar al salón y llegamos a él, un sonoro «felicidades» me dejó paralizada. Si las cuentas no me fallaban, ahí había más gente para soplar las velas que las tres que éramos siempre.

Me quedé inmóvil cuando vi a esas dos niñas y dos niños porque jamás había hablado con ellos. ¿Qué hacían allí? Los había visto por nuestra calle en alguna ocasión, pero nunca habíamos cruzado algo más que miradas. Y la verdad, pasar mi cumpleaños con desconocidos no me apetecía nada; es más, creo recordar que hasta me enfadé un poco y estuve a punto de darme la vuelta y encerrarme en mi habitación hasta que esas personas, que habían invadido la intimidad de mi cumpleaños a tres, se marcharan.

Prefería que hubieran venido mis amigas de Madrid; al menos, la sorpresa habría sido más agradable y no me hubiera costado decir un simple «hola» que no me salía ni a empujones.

De tal manera que me quedé ahí quieta, observando a esos

desconocidos que tenían la misma cara de circunstancia que yo, hasta que mi abuela rompió el hielo con un «¡poneos juntos que os hago una foto!». Y os podéis imaginar qué foto, claro. Separados casi a un metro unos de otros porque invadir nuestro espacio personal, nada más conocernos, no nos pareció una buena idea, mientras mi abuela se empeñaba en apretarnos unos contra otros con la excusa de que, si no, no cabíamos en la foto. Recuerdo que me ubicó en el medio, por ser la cumpleañera, y situó a mi lado derecho a una niña morena y al otro lado a un niño pelirrojo.

Sin embargo, y fuera de todo pronóstico, mi abuela y mi madre se las ingeniaron para que al final fuera un cumpleaños muy divertido, con piñata de unicornio y todo. En ese momento, no nos importó en absoluto invadir nuestro espacio personal para coger más caramelos. Conseguir azúcar para abastecer nuestro cuerpo era un tema de supervivencia.

Además, mi familia me sorprendió con una tarta de chocolate que me volvió loca. Porque el chocolate, indiscutiblemente, y según mi opinión, era el mejor sabor del mundo mundial, el que cualquier paladar degustaría hasta hartarse sin quejarse. Y que alguien me dijera lo contrario, que tenía argumentos más que suficientes y elaborados para convencerlo de que no tenía razón. Y podía llegar a ser muy testaruda, tenía carrete para rato.

La niña morena que mi abuela colocó a mi lado en la foto se llamaba Rebeca. Su cabello llamaba la atención de cualquiera. Era largo, lacio y color azabache. Tenía los ojos claros, zapatos de charol rojos y acompañaba su indumentaria con un vestido acicalado con grandes lazos rosas, que, a mi entender, eran demasiado pomposos, pero para gustos, los colores.

Yo era más de pantalón corto, me encantaba trepar por todas partes y con falda era todo mucho más complicado y demasiado incómodo. Más que nada por aquello de enseñarle las bragas a todo el que pasara por delante. Aunque, con el paso de los años, también descubrí que las faldas podían ser un elemento interesante en el vestuario en según qué momentos.

Mi madre me tenía preparado para el cumpleaños sorpresa un vestido azul con falda de tul (sí, tul, yo estaba igual de indignada) y unas sandalias blancas, que me hicieron rozadura a los diez minutos. Así que terminé con un vestido que me hacía parecer un pastel o un *muffin,* como lo llaman ahora, y mis zapatillas verdes con margaritas.

¿Que no pegaban? En absoluto. ¿Que yo estaba supercómoda? Absolutamente.

No había nada más que hablar.

Y confieso que a día de hoy me gustaría encontrarme cara a cara con aquella persona que dijo que para estar guapa había que sufrir, que le iba a decir un par de cositas.

Total, que Rebeca parecía tímida, como yo de primeras, y más con nuestra corta edad, que lo de no hablar con desconocidos estaba a la orden del día, pero se acercó a darme un regalo acompañado de una temerosa expresión, y nada más abrirlo supe que seriamos grandes amigas. Un libro. *El principito* . Eso fue una señal inequívoca de que era una gran niña. Ese ejemplar no lo podía regalar una mala persona.

Había otra chica, Sara, también morena, pero con un tono más claro que Rebeca, con melena corta cuyo flequillo mantenía lejos de su rostro gracias a una diadema de color rojo que hacia juego con sus mejillas. Con el tiempo descubrí que le encantaban las diademas y las tenía de todos los colores.

Era dos años mayor que nosotras. Parecía más extrovertida y enseguida se integró en el cumpleaños, ya que ella tenía ventaja porque ya conocía a los dos chicos que también habían sido invitados por mi abuela. De hecho, hicieron corrillo mientras Rebeca y yo nos manteníamos un poco al margen, charlando sobre nuestros vestidos y de lo buena que estaba la tarta de chocolate. Porque ella también adoraba ese sabor. Punto para Rebeca.

Los otros dos niños eran Eliot y Axel, también con un par de años más que nosotras, y aunque en ese momento yo no fuera consciente, era algo que a lo largo del tiempo influiría bastante en nuestra relación.

Lo primero que me llamó la atención de Eliot fue su color de pelo. Una mezcla entre rojizo con tintes color zanahoria, con voluminosos rizos y unos llamativos ojos azules. Sonreía todo el tiempo y eso me pareció algo maravilloso a tener en cuenta.

Después estaba Axel, de padre danés y madre española. De ahí su nombre. Pelo castaño algo desmadejado, ojos expresivos de un color miel que no dejaban indiferente a nadie y una sonrisa digna de plasmar en un lienzo. Era un palmo más alto que yo, y desprendía un agradable olor a menta. Un aroma que desde ese mismo momento asocié a él y a su presencia. Llevaba unos vaqueros desgastados y rotos a la altura de la rodilla y una camiseta básica

color berenjena. Es curioso cómo, con solo siete años, mi cabeza fotografiara tantos detalles de ese día.

Cuando me entregó su regalo, lo hizo con cautela, y en ese instante quise pensar que sería por vergüenza. Sin embargo, el tiempo me descubrió que Axel tenía de vergonzoso lo que yo de pelirroja. Es decir, nada.

Y es que este chico, desde el principio, me transmitió bonhomía.

Era un regalo relativamente pequeño, envuelto en un papel colmado de estrellas fugaces. Un detalle que me gustó, no me preguntéis qué fue exactamente lo que llamó mi atención, pero lo hizo. Lo cogí algo nerviosa, no estaba acostumbrada a que un niño me regalara algo y encima que me pareciera tan guapo. Lo guapo que te podían parecer los chicos cuando cuentas con solo siete años.

Y es que, a mí, pocos niños me lo parecían. Era de las que pensaban que los chicos solo habían sido concebidos para tocarnos las narices a las niñas, pero Axel fue el primer chico que me demostró que sabían hacer algo más que importunarnos.

Empecé a abrir el paquete y, una vez retirado el papel, ante mí descubrí tres libretas, tres pequeños cuadernillos cada uno con un estampado diferente, adornados con bastantes colores alegres.

Nada más verlos, ya supe lo que iba a plasmar allí.

AXEL

Buenas de nuevo. Aquí estoy otra vez. Y os aviso de que no pienso desaparecer hasta contaros el final de esta historia.

¿Sabéis por qué me alegro de participar en esto? Porque estoy descubriendo cosas que Val nunca me había contado, aunque alguna de ellas las hubiera intuido.

Como, por ejemplo, que se quedó fascinada con mi olor a menta. Jamás me lo hubiera imaginado. La razón es que me encantaban (y me encantan) los chicles de ese sabor. Siempre me compraba uno de más para llevarlo en el bolsillo por si se me terminaban. Lo sé, puede sonar a adicción, y no me cuesta reconocer que probablemente lo fuera. Pero lo que ella desconocía era que a mí, de manera inconsciente, me enamoró su aroma a frambuesa. Ese que desprendía cuando se acercó a mí a recoger su regalo. Con el tiempo supe que ese olor era debido a su crema corporal.

Se lo entregué con reserva, claro que lo hice, porque éramos dos jodidos desconocidos que no sabíamos nada el uno del otro. Únicamente que pasábamos gran parte del verano en casa de nuestras respectivas abuelas, y os aseguro que eso no eran datos suficientes como para saber qué regalarle.

Así que nada, ahí estaba yo, de pie, derecho, entregándole algo que no tenía ni puta idea de si le iba a gustar o no. Era demasiado arriesgado por mucho que mi madre me dijera por teléfono que con las libretas siempre se acertaba. Ahora sé que tenía razón por mucho que me jodiera reconocerlo. Las madres siempre la tenían. La mía siempre la tuvo.

Pero os aseguro que mi prudencia no era ocasionada por vergüenza, ni mucho menos, no tengo de eso ni pienso que haya tenido nunca; sin embargo, me ha encantado saber que mi chica me fuese calando poco a poco y, finalmente, descubriera que la vergüenza, para mí, era una jodida leyenda urbana.

El papel de regalo lo elegí yo, de hecho, fue lo único que escogí en todo este asunto de la fiesta sorpresa de cumpleaños. En la papelería, mi abuela me dijo que debía optar entre uno en el que se plasmaban un montón de bellas durmientes bastante horteras y el de estrellas.

Desde el primer momento lo tuve claro. A ella no le pegaban las

princesas, jamás la había visto con un vestido rosa lleno de volantes, ni agitar baritas mágicas jovialmente por el aire. Por eso, reconozco que me sorprendió verla con esa falda de tul azul tan llamativo. Ahora sé que no fue decisión suya. Era más que evidente.

Sin embargo, aunque no hubiéramos cruzado ni una sola palabra, sí nos habíamos visto por el barrio en muchas ocasiones. Ella disfrutaba saliendo a la calle por las noches a bailar frente a su abuela y el resto de las mujeres mayores que todos los días salían al fresco, como ellas decían, y entre ellas, mi abuela.

Me parecía una niña divertida, ocurrente y siempre me provocada una sonrisa al mirarla moverse al son de la música, casi siempre, del Dúo Dinámico.

Supe que el regalo le gustó porque me lo dijeron sus ojos. Me lo delataron mucho antes que sus palabras. Y es que conocí antes a Val por sus miradas que por nuestras conversaciones. Eran una puta ventana a su interior. Y llegué a sentir que su forma de observar tenía un lenguaje propio. Era tan jodidamente transparente…

Me alegra saber que fui el primer chico que la hizo ver que no todos los tíos éramos unos cabrones. Que no todos íbamos a putear a las mujeres. Aunque siga habiendo muchos hijos de puta por ahí fuera.

Cuando se acercó a mí a por su regalo, con esa actitud temerosa y me dedicó esa retraída e inocente sonrisa, supe que jamás le haría daño, al menos, de manera consciente.

3
SERENDIPIA

(Hallazgo afortunado e inesperado que se produce cuando se está buscando otra cosa distinta)

Cuando yo tenía ocho años… y él, diez.

Desde que Axel me regaló las libretas tuve claro lo que quería escribir en ellas. Llamadme rara, anómala o inaudita, a vuestra elección dejo el término, pero algo que me caracterizaba en esa época, y lo sigue haciendo en la actualidad, es recopilar palabras que, a mi criterio, parecen raras, diferentes. No me refiero a su significado, va más orientado a su pronunciación. Palabras que al enunciarlas suenan melódicas, ligeras, bellas.

Aprendí a leer a los cuatro años y desde entonces devoraba los libros o cualquier cosa que juntara más de dos palabras seguidas. Los textos que me llamaban la atención los hacía míos y me perdía entre sus palabras en décimas de segundo. Me evadía, me hacía vivir otras vidas, trasladarme a otros lugares y sobre todo desconectar.

¿Sabéis cuál fue la primera que escribí? Serendipia.

Ese término empastaba completamente conmigo, primero porque ya solo su pronunciación me parecía mimosa, la palabra en sí me gustaba, era linda de pronunciar. Pero cuando estuve al tanto de lo que significaba, me impactó aún más, y supe que esa palabra y yo estábamos hechas la una para la otra.

Yo fui una serendipia.

Mi madre viajó una semana para conocer Florencia, sin más pretensiones que desconectar un poco, visitar la ciudad y comer *pizza* , pero concluyó conociendo al que sería mi padre gracias a un choque fortuito. Impacto que derivó en una noche de pasión en la que fui concebida. Ella no lo buscaba, pero lo encontró.

Bendita serendipia.

Eran como las ocho y media de la tarde y el calendario marcaba mediados de julio. Habíamos pasado la tarde bañándonos en el lago, acompañados de las madres de Rebeca y Sara. Y aunque Eliot, Sara y Axel tenían dos años más que Rebeca y yo, no nos dejaban aún ir solos. Y no porque cada día no les insistiéramos con los

mismos mantras como «pero si no pasa nada», «el lago está aquí al lado», «ya somos mayores para ir solos», «no nos entendéis» o «nadie nos escucha».

Inocentes de nosotros. Teníamos solo ocho y diez años y nos creíamos los reyes del mambo. Aunque ¿quién no se lo ha creído alguna vez a según qué edades?

Axel y yo estábamos sentados sobre el muro, como era habitual. Mientras que Rebeca, Eliot y Sara lo estaban frente a nosotros, en el suelo.

—¿Os apetece que juguemos a un juego? —propuso Rebeca.

—¿Qué tipo de juego? —intervino Sara.

—Pues… un juego.

—Dispara —dijo Eliot—. Me encanta jugar.

—Genial. Os lo explico. Yo digo un color en inglés y vosotros tenéis que responder algo que sea del mismo tono, pero que tengamos a la vista. No vale decir cosas que no están aquí.

—¡Pero si estamos rodeados de campo! No hay mucha variedad que digamos —se quejó Sara mientras miraba en derredor.

—Pues ahí está lo divertido —intercedí—. Tendremos que ser creativos.

—Venga, vale —respondió Sara con un tinte de desgana.

—¡Allá voy! —Rebeca enderezó su espalda con ilusión mientras miraba hacia un lado y a otro, buscando algo que le llamara la atención para comenzar y, tras unos segundos, pronunció con una sonrisa torcida el primer color—. ¡*Red* !

—Las amapolas —respondió Sara con rapidez.

—Vaya, para no querer jugar has estado muy rápida —dijo Axel.

—Me gusta ganar. —Sonrió satisfecha—. Además, estamos rodeados de un gran campo de amapolas. No tiene mucho mérito.

—Venga, otro color —la alenté, expectante.

—¡*Pink* !

—El vestido de Rebeca —respondió Eliot—. No me he fijado muy bien, pero estoy más que seguro de que tiene algo de ese color.

Todos nos reímos ante su reflexión y es que tenía razón, Beca, como la llamábamos amistosamente, siempre llevaba en su ropa algún detalle de color rosa, y en esta ocasión, eran unas pequeñas mariposas las que reflejaban ese tono en su vestido.

—Venga, sigo… Color, color… ¡*Green* !

—Los ojos de Val, sin duda.

Ese había sido Axel, que respondió casi antes de que Beca terminara de decir el color. Me giré con rapidez para mirarlo con las cejas alzadas y sentí calor en mis mejillas.

—¿Mis ojos? —pregunté extrañada.

—Claro, ¿no te habías dado cuenta de que son verdes? Porque yo sí. —Sonrió abiertamente.

—Sí, sí. ¡Claro! ¡Cómo no lo iba a saber si son míos! Pero me ha sorprendido que, en vez de decir la hierba, los árboles o los saltamontes, hayas dicho mis ojos.

—Supongo que será porque me gustan más tus ojos que las otras cosas que has dicho.

¿Que le gustaban mis ojos? Bendita inocencia palpable por la edad. Bendita ingenuidad al no reconocer lo que era una clara declaración encubierta. Tan encubierta que probablemente ni él supiera que yo le gustaba. Ni que él ya me encantaba a mí.

Estaba tan concentrada en interiorizar la apresurada respuesta de Axel que, de repente, mi abuela me sacó del ensimismamiento, llamándome desde el quicio de la puerta para que fuera a cenar.

—Bueno, pues creo que yo ya he terminado de jugar —dije, saltando con soltura del muro al suelo—. ¿Nos vemos esta noche un rato?

—Claro —respondió Eliot—. Podemos dar un paseo hasta la ermita, si os apetece.

—Genial —dije—. Pues entonces, luego os veo. ¡*Bye, bye* ! —bromeé, haciendo referencia al juego en inglés, mientras me daba la vuelta para marcharme.

—*Bye, bye* —respondieron todos entre risas.

Bueno, todos no. Menos Axel. Él tuvo su propia y original despedida.

—Hasta luego, *Green* —haciendo mención al color de mis ojos en inglés.

Me giré de nuevo para mirarlo y los dos nos sonreímos. Con su sonrisa digna de un lienzo.

Fue entonces cuando el color verde se convirtió en un protagonista indiscutible en nuestras vidas y en mis pensamientos.

AXEL

Estamos de acuerdo en que solo tenía diez años, pero, joder, las cabronas de mis hormonas empezaban a despertar poco a poco y a hacer de las suyas. Aparte de que ciego no era, como ya os he dicho en alguna ocasión.

Val me parecía una niña bella por dentro y por fuera.

Tenía unos ojos jodidamente preciosos y, cuando Beca dijo el color *green* , el puto subconsciente me traicionó de manera desalmada y me hizo hablar antes de que pudiera cerrar la puta boca.

Ella se quedó sorprendida, y no me extraña. No le di tiempo a Beca ni a terminar de decir el color y ya estaba el baboso de turno diciéndole a su mejor amiga que le gustaban sus ojos más que los jodidos saltamontes. ¿En serio? Bien por ti, Axel. Eras un puto experto en el arte del disimulo.

Menos mal que con el tiempo fui perfeccionando mi manera de acercarme a una chica, porque ya me veía con treinta años jugando al «color, color» para ligármela, intentando no parecer un completo imbécil.

Val dice que la inocencia de nuestra edad en ese momento escondió nuestros sentimientos. Qué va. Ahí no le doy la razón y juro que se la doy en todo con los ojos cerrados. Yo tendría diez años, pero os juro que era más que consciente de que me parecía una jodida hermosura, de que nos reíamos mucho juntos y que quería pasar el mayor tiempo posible con ella. Y a ver, que gilipollas no era, sabía que eso quería decir que me gustaba, aunque yo intentara mentirme y me repitiera mentalmente, a cada momento del día, que lo que pasaba era que ella era muy parecida a mí y era más divertido jugar con ella que con las otras niñas. Puto autoconvencimiento.

Pero un par de años después, ella con diez y yo con doce, la cosa se fue haciendo cada vez más evidente. Soy jodidamente inepto velando lo que mi lenguaje no verbal dice a gritos.

Y si queréis saber por qué, seguid leyendo.

4
SELCOUTH

(Desconocido, raro, extraño y, sin embargo, maravilloso)

Cuando yo tenía diez años… y él, doce

Aquella noche estábamos supernerviosas. Todos los años se celebraba en el barrio un banquete en el que los vecinos de la calle de al lado venían a cenar con todos nosotros. Una amplia mesa se extendía a lo largo de casi toda la vía, abarrotada de comida y bebida que aportaban los vecinos de nuestro barrio, entre ellos, nuestras abuelas.

Lo que ocurría era que ese año ya teníamos diez años, camino de once (así parecía que éramos más mayores), y nos sentíamos más cerca de la adolescencia que de la infancia. Sí, ya casi llegábamos a rozar con la punta de los dedos aquellos años que nos harían sentir más importantes, pero menos comprendidos; más adultos en determinadas situaciones y más críos en otras, lo que viene siendo un limbo cronológico, en el que no sabríamos dónde situarnos en según qué momentos, en el cual empezaríamos a descubrir cosas que en la infancia ni pensábamos que pudieran existir, entre ellas, el sexo. Y seríamos conscientes, a base de experiencias personales, de que el amor era extraordinariamente maravilloso, pero el desamor, por el contrario, era lo más doloroso del mundo.

Nos sentíamos tan preadolescentes como para salir de casa con un pequeño espejo redondo escondido, de esos que se llevan en el bolso y se suelen regalar en las bodas, bautizos y comuniones; el colorete de la madre de Rebeca, que había podido ocultar sigilosamente bajo la cinturilla del pantalón, y el brillo de labios que mi madre dejaba siempre en casa de mi abuela, que guardé en silencio en el bolsillo de mi vestido con más miedo que si estuviera atracando a una ancianita desvalida en mitad de una calle oscura.

En ese momento, salir de casa y escondernos tras nuestro muro con el material requisado, nos hacía sentir como verdaderas prófugas que habían huido tras robar material altamente inflamable.

Ahora sonrío al recordarlo, la inocencia nos hacía disfrutar de cosas que, *a priori* , parecían carentes de importancia, pero que en

ese momento nos daban la vida.

Nos lo pasamos en grande aplicándonos colorete mientras mirábamos de un lado a otro por si nos pillaban y poniéndonos el brillo de labios entre risas nerviosas y miradas cómplices. Echo tanto de menos esa inocencia…

Sin embargo, estaba claro que no iba a ser tan fácil.

—Pero ¿se puede saber qué hacéis?

Eliot apareció de la nada como un fantasma y nos dio un susto de muerte. Axel lo acompañaba un par de pasos por detrás y sonrió al vernos mientras metía sus manos en los bolsillos del vaquero. Ojalá le hubiera dicho en ese momento lo que me hizo sentir su sonrisa torcida.

—¿Es que no lo ves, Eliot? Se maquillan —respondió sin dar más importancia a lo que hacíamos.

—Claro, ¿es que no lo ves? —Se levantó Sara como una avispilla.

—Pero ¿por qué? —La miró Eliot, extrañado.

—Pues… porque… ¡Y yo qué sé! ¡Vete! ¡Iros! ¡Nadie os ha invitado!

Y es que la verdadera razón de tanto acicalamiento tenía nombre: Rober. Un chico de catorce años que vivía en el barrio contiguo y quien, a Sara, que ya tenía doce, le parecía guapísimo. Cada vez que lo veíamos en la piscina, a mi amiga le costaba disimular el acaloramiento que su presencia provocaba en sus mejillas. Esa noche estaría cenando en nuestro barrio junto a sus padres y ella quería estar perfecta. Reconozco que ahí se notaban los dos años de diferencia. A mí me daba igual lo de ponerme más o menos mona, pero las tres hicimos piña y decidimos que o todas o ninguna. Y en eso estábamos, las tres en plena faena, cuando Eliot y Axel nos descubrieron.

Por lo visto, el escondite no había sido muy original. Rebeca lo propuso y a todas nos pareció un lugar estupendo.

La cena discurrió entre risas, comida y vasos de refresco. A los jóvenes, como las abuelas nos llamaban, nos sentaron en un extremo de la extensa mesa. Vamos, que éramos los últimos. Allí no molestaríamos y disfrutaríamos con la presencia de los niños del barrio de al lado acomodados junto a nosotros.

Frente a mí se sentó un niño, Adrián, nunca me había cruzado con él, pero, por lo visto, Eliot y Axel sí que habían compartido

algunos ratos en la piscina del pueblo. Adrián tenía la misma edad que ellos y era un chico bastante simpático. A ver, que yo en esa época tenía solo diez años (casi once), pero ya empezaba a fijarme en los chicos, sin más pretensión que sonrojarme cada vez que me mirara el que en ese momento me pareciera el más guapo y acostarme nerviosa recordando esos detalles.

Y es que Adrián me parecía un niño que llamaba la atención (aunque menos que Axel, por supuesto), y Beca debió de darse cuenta porque me daba suaves codazos de vez en cuando y me dedicaba cómplices sonrisas, aunque yo estuviera en el limbo y no entendiera lo que me quería decir. En una ocasión, me cogió de la mano y tiró de mi hasta alejarme unos metros del lugar donde estábamos cenando.

—Pero ¿qué te pasa? ¡Casi me partes la muñeca! —me quejé, masajeándome suavemente la zona.

—¿Tú has visto lo guapo que es Adrián? ¡Y no para de mirarte!

Los ojos se me abrieron como platos.

—¿Qué? No es verdad.

—¡Claro que lo es! ¡Que lo he visto!

—Yo no me he dado cuenta.

—Pues ahora vamos a sentarnos de nuevo y míralo. ¡Ya verás como tengo razón!

Y eso hicimos, nos dirigimos de nuevo a la mesa, pero alguien más decidió acompañarnos. Y eran los nervios que campaban alegremente por mi vientre después de la confesión/percepción/imaginación de mi amiga. Y era cierto que Beca era una niña superobservadora, tanto para lo bueno como para lo malo. Tan pronto te decía que le encantaban los pendientes nuevos que me había puesto (y que solo ella se había percatado que estrenaba) como que a Sara le estaba creciendo un sugerente grano a la altura del bigote. Así, muy a mi pesar, tenía que confiar en ella y en lo que decía que había visto respecto a Adrián.

Ya en la mesa, me fijé en que Axel hablaba mucho con Leila, una chica muy expresiva y, en mi opinión, con un tono de voz algo chirriante, un año mayor que él, que, por decirlo de alguna manera, le hacía ojitos. De eso me había dado cuenta hasta yo sin necesidad de que la observación fuera una de mis virtudes.

Axel estaba sentado a la izquierda de Adrián, y Leila, junto a mi mejor amigo, taladrándole, literalmente, el oído. Empecé a mirar de soslayo al chico que estaba frente a mí y, cuando lo hice, encontré

sus ojos clavados en los míos y casi me da un infarto de la impresión, sumado al susto que me provocó Beca al propinarme una patada por debajo de la mesa. Raro me pareció que nadie se diera cuenta porque casi tiré los refrescos del sobresalto.

Adrián empezó a hablar con nosotras y parecía bastante simpático, nos reímos mucho de los chistes que nos contaba y empecé a estar menos nerviosa. Así que el banquete terminó entre risas, diversión y colorete aplicado de manera desigual en nuestras mejillas.

Una vez terminada la cena, invitamos a los chicos y las chicas a acompañarnos a nuestra zona. Al muro. Allí podíamos estar sentados en el asfalto, charlando, sin peligro de que pasara algún coche, entre otras cosas, porque la calle se había cerrado para la celebración. Algunos vecinos se marcharon a sus casas, pero los más tardíos nos dejaron vía libre para pasar más tiempo en la calle e irnos a dormir más tarde que la mayoría de las noches. Para mi deleite, los padres de Adrián fueron de ellos. Y digo deleite, porque llevaba hablando media cena con él, era muy agradable y no me apetecía que se fuera.

El murmullo festivo invitaba a pasarlo bien, y eso decidimos hacer desde que nos pusimos la primera gota de brillo en nuestros labios.

Nos colocamos en círculo y Adrián volvió a quedar prácticamente frente a mí, Axel se colocó a mi lado y junto a él, Leila, que prácticamente placó a Sara para quitarle el sitio. Con nosotros también se encontraban Eliot, Beca, Rober (el chico que le gustaba a Sara) y otras dos niñas, mellizas, que se llamaban Sol y Luna. A mis veinte años, he de decir que me parece una putada para ellas, más que nada, porque cuando tuvieran que presentarse juntas, seguro que más de algún gracioso terminaría la frase preguntándoles que dónde habían dejado a la estrella fugaz. En fin. Decisiones parentales aparte, estos éramos los que completábamos el círculo.

Estábamos comentando entre nosotros que a qué podíamos jugar para pasar el rato, cuando, de repente, Luna, que también contaba con doce años, propuso una manera de entretenernos que cambiaría para siempre el sentido de mi vida y de mis recuerdos. Esas evocaciones que guardas en un rinconcito especial donde pone con letra clara y concisa: ojalá jamás olvidar.

—¿ Jugamos a la botella? —Sin anestesia y con una sonrisa traviesa.

Se hizo el silencio a la vez que todos dirigimos nuestras miradas hacia ella.

Yo nunca había jugado a eso, pero sabía perfectamente en qué consistía. La mecánica era más sencilla que el asa de un cubo. Se ponía una botella tumbada en el centro del círculo y uno la hacía girar. Cuando el movimiento parase, a la persona que apuntara la boca de la botella era a quien tenía que besar. Fácil de explicar e imposible de hacer. En principio, claro. Porque la cosa se fue enredando hasta que pasó lo que jamás con mis diez años (casi once) hubiera pensado que ocurriría.

Creo que la propuesta nos pilló a todos por sorpresa, al fin y al cabo, yo solo tenía diez años y estábamos hablando de que, si la botella terminaba de girar señalándote a ti, tendrías que darte un beso en la boca con la persona que realizo el giro. ¡En la boca! ¿Estábamos locos?

Beca y yo nos quedamos mirando con los ojos como platos, pero Sara, que siempre ha sido la más avispada de las tres, se levantó sonriendo de oreja a oreja y, sin pronunciar palabra, corrió hacia el final de la mesa donde habíamos comido y cogió una botella pequeña de cristal de Coca-Cola. En décimas de segundo volvió, se sentó junto a Adrián y colocó el cristal en el asfalto.

—Pero, a ver, ¿estamos todos de acuerdo en jugar? —preguntó Eliot, creo que pensando en Beca y en mí, que éramos las más pequeñas.

—Yo sí —respondió la primera con media sonrisa y mucha valentía, he de decir.

Tenía plena confianza en que ella se echara para atrás, y yo, para quedar como la mejor amiga del mundo que apoya fielmente a su compañera de juegos, diría que tampoco jugaba por no dejarla sola y mostrarme como la persona más empática del mundo. Pero el plan me salió fatal, y mi amiga, como antes he dicho, fue mucho más valiente que yo y tiró por la borda todo mi plan basado en el escaqueo total y absoluto.

La miré y ella recibió mi gesto de sorpresa con una amplia sonrisa y un guiño.

Me la quedé mirando atónita, pensando en qué se le estaría pasando por la cabeza para mostrarme esa sonrisa tan secuaz. Y de repente, como un jarro de agua fría, lo supe. ¡Quería que me besara

con Adrián! Esta vez sí que los ojos casi se salen de las órbitas y ruedan calle abajo hasta llegar a la mesa de la cena. ¿Estaba de coña? ¿Realmente pensaba que yo quería darme un beso en la boca con ese niño que acababa de conocer hacía menos de dos horas?

Cuando vio mi reacción y se percató de que por fin había sido consciente de su estrategia, me sujetó la mano para evitar que me levantara y pusiera pies en polvorosa.

—Tranquila —susurró mi amiga en mi oído—. Es muy difícil que justo caiga en ti cuando la gire Adrián. Somos más chicas que chicos y soy muy buena en matemáticas.

—Ojalá tengas razón.

Y la verdad es que la tenía, había muy pocas probabilidades de que la boca de la botella me señalara cuando fuera Adrián quien la hiciera girar y, en consecuencia, que sus labios se posaran sobre los míos. Así que tras respirar hondo y darle algunas vueltas, decidí que bueno, en el hipotético caso de que Adrián tuviera que darme un beso, no sería algo tan catastrófico.

Voz de mi mala conciencia en modo *on*.

—Yo también juego —respondí lo más convincente que pude parecer, aunque me temblaran hasta las pestañas.

Y en ese instante, fue Axel quien se giró para mirarme a mí, igual de sorprendido que yo me había mostrado con mi amiga.

—¿En serio, *Green* ? —susurró para que solo lo escuchara yo—. ¿Vas a jugar a esta mierda?

—Eh… sí. ¿Tú no juegas?

—No iba a jugar, pero creo que ahora sí. No me fío de Adrián.

—¿Que no te fías de Adrián? ¿Por qué?

Recuerdo que clavó sus ojos en los míos durante unos segundos, pero no dijo nada enseguida. Se tomó su tiempo para hacerlo, aunque su respuesta no me solucionara nada. Al menos, en ese momento, porque años después lo entendí perfectamente.

—Por nada, déjalo.

—Ojalá no fueras siempre tan misterioso.

—¿Empezamos, entonces? —animó Luna, provocando que nuestras miradas se distanciasen.

Todos asentimos, y ella, sin preguntar antes quién rompería el hielo, hizo girar la botella con ganas mientras la observaba en su movimiento rotatorio. Joder, qué nerviosa me puse en ese momento. Ese simple gesto me aceleró el latido.

Estábamos todos superpendientes de sus giros, hasta que

empezó a frenar el ritmo y, en segundos, sabríamos a quién iría destinado el beso de Luna. Juro que en ese momento me arrepentí totalmente de haber dicho que sí a ese maldito juego.

Y el frasco paró.

Y su boca se dirigió hacia alguien.

Y cuando lo hizo, casi me pareció oír que a Eliot se le paraba el corazón al ver que la botella iba dirigida a él y yo vacié todo el aire que había contenido en mis pulmones desde que Luna había iniciado el juego. Todos lo miramos esperando a ver cómo reaccionaba y lo hizo mirándola a ella con cierta inquietud. Luna, sin embargo, sonrió al ver al receptor de su beso, haciéndonos ver que era de su agrado.

—Pues allá voy —dijo ella, mientras se levantaba y se acercaba al lugar donde él estaba sentado.

Estábamos todos más expectantes que si estuviéramos viendo el final de *La casa de papel* , al fin y al cabo, no sabía los demás, pero yo era inexperta en estos campos. Lo más cerca de un beso en la boca que me habían dado, que no fuera mi madre, había sido el tremendo lametón que me regaló Bobby, el perro de mi vecina en Madrid. Así que con eso ya podéis imaginar mi *gran* experiencia.

Total, que Luna llegó hasta donde se encontraba mi amigo y, acercándose a él con prudencia y una gran sonrisa en los labios, los aproximó lentamente hasta posarlos sobre los de Eliot durante décimas de segundo, pero creo que fue lo suficientemente largo como para que mi amigo se quedara de piedra durante un rato.

Eso me dio pistas de que quizá él tampoco era precisamente un semental.

La botella volvió a girar esta vez de la mano de Beca y señaló clarísimamente a Sol, así que mi amiga se levantó y le dio un beso supermegafugaz a la chica, casi sin rozar sus labios. Eran las reglas del juego, y yo cada vez estaba más nerviosa por si alguien tenía que besarme o que al girarla yo, cayera en un chico.

No os podéis imaginar lo alterada que me puse, creo que hasta empezaron a sudarme las manos. Pero llegó el momento en el que yo tenía que hacer girar la botella, y os prometo que, si me hubieran tomado el pulso en ese momento, probablemente tendrían que haber llamado al 112 por reiteradas taquicardias.

La botella empezó a girar rápidamente y yo recé todo lo que me sabía, que era más bien nada, para que cayera en Sara o Beca, les daría un besito rápido y el mal rato pasaría enseguida. Pero por lo

visto, esa noche se habían alineado los astros para que lo que yo quería saliera justo al revés, es decir, que la botella quedó justo en medio, entre Adrián y Rober.

Mierda de mala suerte.

—Está más cerca de mí que de Rober —dijo Adrián enseguida.

—Qué va, mira más hacia mí, está claro —respondió el otro.

Y yo no hacía más que observar la botella porque me daba una vergüenza tremenda alzar la mirada y verlos «discutir» sobre si la botella estaba a más centímetros de uno u otro.

Juro que esos segundos se me hicieron eternos, no sabía qué hacer. Me dieron ganas de levantarme, salir corriendo y que se besaran entre ellos. Sin embargo, si había aceptado jugar era con todas las consecuencias, incluida una lucha de egos masculinos. Pero quedaba pendiente decirle a Beca que dejara de pensar en estudiar carreras de ciencias, porque la estadística no era su fuerte.

No me podía decantar por ninguno; cierto era que Adrián me parecía muy guapo y que Rober era muy divertido, pero ellos seguían con lo suyo. Que si el beso era para uno, que si la boca de la botella se acercaba más al otro… y todos esperando a que yo pusiera orden y diera un veredicto.

Pero ¿sabéis qué? Que no tuve tiempo de reacción porque alguien les adelantó por la derecha.

Levanté finalmente el rostro para poner fin a esa falta de entendimiento, cuando sentí que alguien colocaba la palma de su mano en mi mejilla y me regalaba un suave beso en los labios. Casi imperceptible, casi sin contacto, pero con un sabor a menta indiscutible que desvelaba sin ninguna duda al dueño de ese casto pero inmortal beso.

Axel. Mi Axel.

El corazón casi se me sale por la boca. ¿Qué había sido eso?

Se separó como si nada, dejándome totalmente inmóvil, y sin darle importancia dijo:

—Se acabó la discusión. Sigamos jugando. —E hizo girar la botella.

Puto Axel, qué poder de reacción tenía y cómo conseguía poner mi mundo patas arriba.

Esa noche casi ni dormí y cuando lo hice creo que fue con el dedo índice situado sobre mis labios, intentado sentir de nuevo lo que ese roce inocente me provocó.

Y claro, desde entonces, no hubo día que no recordara aquella

noche en la que me dieron mi primer beso. E indiscutiblemente fue un *selcouth* .

AXEL

Eliot y yo estábamos buscando a las chicas cuando oímos cuchicheos tras el muro. Tuve claro que eran ellas nada más escuchar la risa contagiosa de Val, era inconfundible. Mi amigo no dudó en asomarse para ver qué tramaban y, sin ningún tacto, las descubrió preguntándoles qué hacían, cuando era más que evidente. Se maquillaban. Y así se lo hice saber al responder antes que ellas.

Juro que mis hormonas bajaron a mis zonas bajas al verla tan bonita. Sus labios se iluminaban con la luz de la luna y su sonrisa brillaba aún más. Tenía solo doce años, pero también tenía ojos en la cara. Y es que estaba preciosa. Ojalá pudierais verla.

Me miró como con vergüenza cuando las descubrimos, y su gesto me hizo sonreír porque ella no era como todas, transmitía otra cosa que en ese momento no supe interpretar, pero que con el tiempo fui descubriendo.

Después llegó el momento de la cena, y cuando nos íbamos a sentar, quise ponerme frente a ella, pero se me adelantó aquel chaval, un tal Adrián, con el que había coincidido alguna vez por la piscina, pero que me parecía lo suficientemente chulo como para prestarle atención.

Me fijé durante la cena que el tío no paraba de hacerle ojitos y juro que me daban ganas de partirle la cara y de decirle que se mira, pero no se toca. Puede sonar a cromañón y esas cosas, y estaba claro que si ella quería que ese chico la mirara, la miraría, pero ya se sabe que en la etapa de la adolescencia no miramos más allá de nuestro ombligo.

En el momento en el que vi que Beca se la llevaba prácticamente a rastras de la mesa y las seguí con la mirada, supe perfectamente de qué hablaban. Beca era muy observadora y no le había pasado por alto lo mismo que había visto yo. Por un lado, me gustó que se lo dijera para que ella estuviera al loro, pero por otro no, porque creo que se ilusionó con la actitud de ese gilipollas prepotente y en ese momento fui jodidamente más consciente de que esa niña me gustaba. Vaya si me gustaba.

Puto Cupido.

Por eso cuando Luna propuso jugar a la botella me cagué en la hostia puta. Vale que había pocas probabilidades de que justo la botella se parara frente a ella cuando la girara el chaval ese, pero

alguna había, y con la suerte que tenía, seguro que ocurría.

Y solo imaginar que ese chico (o cualquier otro) pusiera sus labios sobre los de mi amiga me cabreó muchísimo. De hecho, yo no iba a jugar a esa gilipollez hasta que ella dijo que sí, que casi me da un puto infarto al escucharla. No me lo esperaba porque pensé que, para ella, el jueguecito también sería una puta chorrada. Eso me hizo aprender a olvidarme de frases y pensamientos que empezaran por «yo pensaba» o «yo creía».

El caso es que comenzó el juego y reconozco que me reí cuando el primer beso le tocó a Eliot, ¡menuda cara puso! Aún me descojono al recordarlo. Estaba acojonado, yo sabía que era su primer beso porque él me había contado que nunca había besado a nadie y entendía perfectamente su gesto, pero la situación fue cuanto menos graciosa.

Y lo fue hasta que Val puso a girar la puta botella que bailó y terminó de hacerlo frente a esos dos chicos, Adrián y Rober. Creo que se me desencajó la cara, ¡no podía ser! ¡Había muy pocas putas probabilidades de que así fuera y tuvo que pasar! ¿Dónde cojones estaba mi ángel de la guarda para que estas cosas no me ocurrieran? Pues estaría de cañas porque pasó. Y no me gustó nada la cara que se le quedó a Val, estaba incómoda, era evidente que no se lo esperaba. Y menos aún que fuera alguno de esos tíos quien tuviera que besarla.

Así que al ver que esos dos chicos «peleaban» por ver quien la besaba, no lo dudé, esa noche supe que Val me gustaba muchísimo, que quería que se fijara en mí. Y qué mejor manera que dándole su primer beso, ese que no se olvida en la vida o, al menos, a mí no se me ha olvidado.

Y es que también era mi primer beso. A la mierda mi reputación.

No sé cómo explicaros lo que sentí, ni cómo tuve los cojones de hacerlo. Primero puse mi mano en su rostro para no asustarla y que fuera consciente de que iba a ser yo quien se acercara a ella y se lo diera. Cuando se giró y me miró al sentir mi contacto, dio un respingo, pero ya no había incomodidad en su mirada. Se había transformado en algo parecido al alivio.

No sabéis lo feliz que me hace leer lo que ella piensa de ese beso a día de hoy. Es que es jodidamente perfecta, aunque creo que eso ya os lo he dicho varias veces.

Y las que os quedan.

5
LIMIRENCIA

(Estado mental involuntario, propio de la atracción romántica por parte de una persona hacia otra)

Cuando yo tenía doce años… y él, catorce

El verano pasado Axel no había venido al pueblo. Y tenía una razón lo suficientemente cruel como para no hacerlo. Su madre había fallecido. Sí, la mujer que le había regalado la vida, había perdido la suya con todo el desgarro emocional y físico que eso suponía.

Mi abuela me contó que la madre de Axel llevaba enferma varios años, aunque habían intentado que él supiera lo menos posible, y hacerle de alguna manera, si es que la había, menos duro lo que era tan doloroso. Me explicó, a su manera y para que yo pudiera entenderlo, que un bichito malo, como ella lo definió, la había hecho enfermar hasta llevarla a la muerte.

Vamos, lo que vino a decir fue que el cáncer se la llevó. Se la arrebató a mi mejor amigo sin preguntar si estaban preparados para dejarla partir. Puto cáncer inhumano. Aunque, realmente, ¿quién está preparado para dejar marchar a la persona que te dio la vida y estuvo unida a ti por un cordón umbilical emocional toda tu vida?

Tiempo después supe que el bicho llevaba diez años atacándola sin piedad. Pero que ella había luchado con uñas y dientes contra él. Sin embargo, el hijo de puta, porque no tiene otro nombre, había conseguido derrotarla a pesar de todos sus esfuerzos, sus sonrisas y sus ganas de seguir viviendo.

En ese momento no paré de pensar en cómo lo estaría pasando Axel. Qué se le pasaría por la cabeza, cómo estaría afrontando esa inmensa ausencia con lo hermético que era. Yo tenía once años cuando ocurrió y sabía que mi madre y mi abuela estuvieron en contacto con el padre de mi amigo, incluso fueron al entierro.

De hecho, las escuché varias veces, escondida detrás de la puerta, mientras mantenían conversaciones telefónicas, intentando averiguar algo sobre el estado de ánimo de mi amigo. Cualquier comentario que hicieran sería suficiente para saber que él no se había ido también con ella, y en un modo mucho peor, en vida. Porque yo creo que cuando una madre se marcha para siempre, parte de tu vida se va con ella. Parte de tus sueños, parte de tu

ilusión, parte de tus ganas de seguir luchando por el futuro que vendrá…

El verano siguiente, me alteré un montón cuando mi abuela me dijo que esa misma mañana, Axel y su padre llegarían al barrio. Dos años después. Tenía tantas ganas de verlo…. De conocer cómo estaba. De hacerle saber que podía confiar en mí. Había imaginado muchas veces, antes de irme a dormir, el momento en el que nos encontráramos y, en todas las situaciones imaginarias, corría a abrazarlo.

Esperé durante mucho rato sentada en la puerta de casa de mi abuela, mirando hacia el final de la calle, esperando a que su coche hiciera acto de presencia. Y aunque mi abuela me repitió en varias ocasiones que entrara en casa, que aún tardarían un poco, no lo hice. Quise esperar pacientemente, aunque me llevara toda la mañana.

En ese momento nada era más importante que volver a verlo.

Llevaba como veinte minutos con la mirada puesta en la puerta de casa de la abuela de Axel, cuando de repente escuché un motor y a continuación el coche de su padre giraba en la esquina, dejándome ver que había llegado el momento de reencontrarme con él.

Qué contradicción, quería salir corriendo a recibirlo, pero por otra parte me había entrado el miedo y estaba petrificada. Un nudo se asentó en mi garganta y no sabía muy bien cómo gestionarlo.

Así que, nada más verlo bajar del coche, me levanté y corrí sin dudarlo para darle un gran abrazo. Estaba segura de que él lo necesitaba, pero no era el único, yo también. Tras la horrible tragedia había imaginado muchas veces lo que sería perder a mi madre y, solo de pensarlo, padecía una sensación tan horrible que me ahogaba.

Y es que como escuché un día en una canción: «el tiempo que aún nos queda, vivámoslo como si fuera eterno».

Imaginé que llegaría cabizbajo o afligido, pero fue todo lo contrario, me recibió como si nada hubiera pasado. Y ahora sé que fue una manera de autoprotegerse. De colocarse un escudo a salvo de emociones que le pudieran hacer tambalear o mostrarse frágil ante nosotras. Pero, con mis doce años, no supe interpretarlo. En ese momento no.

Axel había crecido, estaba más alto, me sacaba una cabeza, llevaba el pelo un poco más largo de lo que estaba acostumbrada a

ver y reconozco que estaba guapísimo. Bueno, más de lo que recordaba.

Él ya contaba con catorce años, y su físico lo delataba. Estaba más desarrollado, el Axel niño había desaparecido para dar paso al adolescente atractivo al que el aroma a menta lo acompañaba donde fuera.

Yo también había cambiado en esos dos años sin vernos. Como decía mi madre, me había empezado a desarrollar, pero yo prefería describirlo como que me había empezado a crecer el pecho y estaba más alta y estilizada. Y os aseguro que prefiero no hablar mucho del aumento de mis tetas, porque lo llevé bastante mal. Solo quería ponerme camisetas dos tallas más grandes para que no se me notaran y mis compañeros me miraran más a los ojos y menos al pecho.

Como os estaba contando, nada más verlo, corrí a darle un abrazo, y cuando topé con su pecho, advertí que se quedó rígido. Estaba claro que no se lo esperaba y, ahora que lo pienso, creo que también fui demasiado impulsiva. Tanto que, durante los primeros segundos, no me respondió al abrazo. Pero a mí me dio igual, no me importó, porque yo lo tenía literalmente atrapado y me sentí bien de tenerlo de nuevo cerca. Sin embargo, pasado ese breve tiempo, sus brazos me arroparon con delicadeza y colocó su cabeza en la curvatura de mi cuello donde pude sentir su respiración algo temblorosa.

Axel podría haber cambiado por fuera, pero por dentro seguía siendo él.

Era mediados de julio cuando una noche me enfadé mucho con mi abuela, tanto que salí corriendo de casa, dando el oportuno y sonoro portazo para que ella fuera más consiente, si cabía, de mi enfado.

Hacía un par de días que había cumplido doce años y mi madre no me había regalado ningún libro nuevo, sino que había decidido que un inútil monopatín me haría la misma ilusión que un libro, y mi abuela insistía en que tenía que valorar el esfuerzo que mi madre había hecho por venir hasta el pueblo el día de mi duodécimo cumpleaños, y no pensar solo en lo que no me había regalado.

Egoísmo de preadolescencia, sí, lo admito.

Corrí hacia el muro del final de la calle, nuestro muro, porque

estaba segura de que no habría nadie y podría relajarme con serenidad. Una tormenta de verano había provocado que la calle estuviera vacía. Se agradecía el frescor que la lluvia había dejado en el ambiente, la tarde había sido demasiado calurosa hasta para mí.

Me subí al muro y observé el cielo estrellado. Cogí aire y suspiré. Era tan bonito mirarlo por la noche… sin luz que cubriera su belleza.

—¿Qué haces aquí, *Green* ?

Me giré asustada y vi a Axel que se subía a mi lado de un salto. Admiraba su agilidad. Tenía el pelo húmedo y le cubría parte de la frente, es probable que se hubiera duchado antes de salir. Un pantalón corto deportivo negro y una camiseta básica blanca acompañaban su vestimenta.

—Me he enfadado con mi abuela y he venido aquí a tranquilizarme —respondí, mirando al frente.

—¿Qué ha ocurrido? Sorpréndeme —preguntó, chocando suavemente su hombro con el mío.

Lo miré al sentir su gesto de complicidad y lo encontré sonriéndome.

—Venga va, suelta por esa boquita. Estoy deseando saber qué ha hecho salir a la bestia.

—¡Axel! —me quejé, girando el rostro para mirarlo de frente.

Su carcajada me quitó el cabreo de un plumazo. Su risa tenía ese poder sobre mí, pero tenía que mantener mi apariencia de dura ante él, de tal manera que volví la mirada al frente con el ceño fruncido.

Finalmente, y aunque al principio dudé si hacerlo, le conté con todo lujo de detalles la historia del regalo que mi madre no me había hecho y del que sí había decidido comprarme, haciendo todo tipo de aspavientos debido a la gran indignación que sentía. Y reconozco que hubiera sido una perfecta actriz de arte dramático y hubiera desfilado perfectamente por la alfombra roja de los Oscars si le hubiera puesto un pelín de interés. Se me daba bien eso de exagerar las cosas.

También le expliqué lo que mi abuela me había dicho y que al final había decidido irme de casa, muy digna. Bueno, con toda la dignidad que puedes tener con doce años recién cumplidos.

—*Green* , no quiero que te enfades por lo que te voy a decir, pero creo que tu abuela tiene razón —respondió Axel con serenidad, mirando hacia el cielo.

Los ojos casi se me salen de las órbitas.

—¿Cómo? ¿Que tú qué?

—Que creo que tu abuela tiene razón —repitió, esta vez, mirándome a la cara.

—Eso ya lo he oído. Así no me ayudas, ¿sabes? Además, si has venido a darme la chapa tú también, ya te puedes ir. Con una ya he tenido suficiente.

—A ver, tranquila, fiera. —Se rio mientras alzaba las manos en señal de rendición—. No soy tu enemigo, pequeña. Solo quiero ayudarte.

—Es que no puedo entender cómo le puedes dar la razón a ella. ¡Es evidente que no la tiene!

—A ver. Es sencillo. Al menos, para mí, lo es. Escúchame. ¿Qué es mejor? ¿Alegrarte porque tu madre pasó contigo el día de tu cumpleaños y sopló las velas junto a vosotras como lleváis haciendo toda la vida, después de hacerse más de cien kilómetros, y regalarte un monopatín o únicamente pensar que dentro del papel de regalo no había un libro? Yo, sin dudarlo, me quedo con la primera opción, *Green* .

La última frase la dejo caer en un susurro y puso mis argumentos patas arriba.

En ese momento se hizo el silencio. Me había dejado sin palabras como siempre conseguía cuando se ponía a razonar conmigo. No sabía cómo podía hacerme reaccionar así, solo con un par de frases, era capaz de tumbar todos los razonamientos y argumentos, que hacía cinco minutos podría haber defendido ante cualquier tribunal. Y es que en ese momento, salí de mi espejo de egoísmo y suficiencia y me di cuenta de que lo que me quería hacer ver con sus palabras era que él ya no tenía una madre con quien discutir por tonterías como esa o cualquier otra. Y os juro que me sentí la persona más insolidaria y menos empática del mundo.

—No sabes la rabia que me da que me convenzas con cuatro palabras —susurré, mirando al frente.

—Han sido más.

—¿Qué? —Lo miré.

—Que han sido más de cuatro, *Green* —respondió, con una sonrisa ladeada, fijando sus ojos en los míos.

Chasqueé la lengua y negando con la cabeza terminé reconociendo el motivo por el que me sentía tan frustrada y enfadada.

—Me da miedo el monopatín —musité.

Pero lo debí de hacer lo suficientemente alto como para que se me quedara mirando pensativo durante unos segundos.

—No me jodas, Val. —Sonrió—. ¿Era eso? ¿Toda la movida era solo por eso?

—Has dicho «no me…»

—«Jodas». Sí, lo he dicho. Mira y lo repito y todo. No.Me.Jodas. —vaciló.

—Nunca te había escuchado decir palabrotas. Me sorprende, nada más.

—Bueno, digamos que no es el único cambio que he tenido estos dos años que llevamos sin vernos. —Sobrevoló un silencio incómodo—. A ver, entonces, ¿el tema es que el monopatín te asusta? ¿El puto monopatín te asusta? Hasta ahora no han mordido a nadie. —Destensó el momento.

—Oye, así no me ayudas, ¿sabes? No creo que reírte de mí sea la manera de buscar una solución a esto.

Sentía su mirada sobre mí y agaché la cabeza porque me daba vergüenza reconocer ante él que algo me daba miedo. Yo era Valeria, la que se estaba convirtiendo en alguien decidido, espabilado, rebelde y la que no sentía temor por nada. O al menos eso pensaba hasta que desenvolví el monopatín.

—Yo te enseñaré, *Green* —respondió en voz baja—. No hay problema. No tengas miedo.

Lo miré de inmediato y sonreí. El correspondió a mi gesto de la misma manera.

—¿Me enseñarás? ¿En serio?

—Claro, ¿por qué no iba a hacerlo?

—¿Porque sabes que estoy un poco loca? Además, ¿tienes monopatín?

—Que yo sepa, hasta hoy, la locura no impide montar en monopatín. En Madrid tengo uno y lo uso mucho, pero en casa de mi abuela guardo otro algo más estropeado. Pero servirá. Seguro. Mañana por la mañana, si quieres, practicamos. ¿Te parece?

—Habíamos pensado en ir al lago con los demás, ¿no?

—Les diremos que tenemos algo que hacer. —Alzó los hombros —. No es raro. La gente cambia de planes constantemente, ¿no?

—Tienes razón. Siempre la tienes, aunque me moleste.

Sus catorce años estaban haciendo estragos y a mí cada día me gustaba un poquito más y daba miedo. Mucho miedo. Abrigar estas

nuevas sensaciones hacia un chico me desconcertaban un poco, pero era agradable dejarlas fluir. La muerte de su madre había provocado en él un punto de inflexión que se manifestaba de diferentes maneras. Su madurez era una de ellas. Y las palabrotas, otra.

Finalmente quedamos a la mañana siguiente, a las once, en un camino que quedaba detrás de las casas de nuestro barrio. Les dijimos a nuestros amigos que Axel me iba a enseñar a manejarme con el monopatín, y ellos, aunque al principio se miraron con complicidad como si supieran algo que yo desconocía, dijeron que iban a bañarse al lago.

Axel propuso que un buen lugar para aprender podría ser un camino asfaltado que conocía. Era aparentemente llano, con pocas curvas y rodeado de muchas amapolas. Era un lugar muy bonito, la verdad.

A un lado quedaban nuestras casas y a otro, a cierta distancia, una fábrica abandonada donde en su día se producía vino.

—¿No tengo que ponerme rodilleras? Voy así, ¿sin nada? —pregunté, mientras ponía un pie en el monopatín e intentaba mantener el equilibrio.

—*Green* , acabas de empezar. Estás aprendiendo. No vas a lanzarte cuesta abajo, al menos, de momento. —Me hizo un guiño mientras se subía a su monopatín y se mantenía en equilibrio sobre él.

—Nunca se sabe. Puedo ser bastante imprevisible.

—Es posible que este verano te note como más… ¿impulsiva?

—¿Sí? Puede ser. Es verdad que ya no soy tan tímida como antes, ¿y sabes qué? Que me alegro, porque ahora me divierto mucho más.

Su respuesta fue una amplia sonrisa que me obligó a bajar la mirada porque me puso algo nerviosa. Con esas acciones, Axel sacaba mi parte más retraída. Era demasiado guapo, y ya con mi edad me fijaba en chicos. En mi instituto había uno, dos años mayor que yo, que se llamaba Emilio, pero lo llamaban Emi, que cada vez que nos cruzábamos en los pasillos me quedaba embobada mirándolo. Mis amigas me tenían que agarrar del brazo y tirar de mí antes de que mis babas inundaran el pasillo.

Pero Axel no tenía nada que ver con Emi, era más agradable, más cercano, más protector, se preocupaba por mí y me llamaba *Green* . Nadie más lo hacía y eso es lo que lo convertía en especial.

Era algo nuestro. Por no decir que fue el chico que me dio mi primer beso. Y eso, digan lo que digan, nunca se olvida.

—¿Camiseta nueva? —pregunté para cambiar el rumbo de la conversación.

—¡Sí! ¿Te gusta? Me la compré antes de venir. En mi opinión le sobran las mangas, pero mi padre me ha dicho que con lo que ha costado, como las haga desaparecer, me corta él a mí las pelotas.

—¡Axel! ¡No digas eso! Tu padre jamás te diría que te va a cortar las… bueno… pues eso…

—Las pelotas, lo puedes decir, no pasa nada. Te aseguro que ni vas a ir a la cárcel ni se te va a caer la lengua por eso —vaciló.

—Ya lo has dicho tú, no hace falta que lo repita.

—Bueno, en vez de decir pelotas, puedes sustituirlo por huevos, cojones…

—¡Axel! —Le di con fuerza en el hombro.

Su carcajada salió con fuerza de su garganta inundándolo todo.

—¡Vale, vale! Lo pillo. —Alzó las manos en señal de rendición —. ¿Lo dejamos en testículos, mejor? —Puse cara de póker—. Pero venga, va, menos hablar y más practicar. Coge el monopatín y pon un pie encima. —Hice lo que me pidió—. Ahora dame la mano. Yo iré junto a ti mientras vas dándote pequeños impulsos con el otro pie. Es importante que mantengas el equilibrio para que no te caigas.

—No me voy a caer —dije, segura de mí misma, mientras ponía el pie sobre la tabla.

Axel alzó las cejas y sonrió.

—A ver, Superwoman, tú, por si acaso, no intentes correr antes de aprender a mantenerte encima, ¿vale?

Sonreí ante su preocupación y en cuestión de segundos le solté la mano y empecé a coger velocidad. Y lo hice con una amplia sonrisa en los labios; por un lado, por lo feliz que me sentía al percibir el aire en el rostro, mientras iba cogiendo más velocidad, y por otro lado, por la compañía. No podía haber tenido mejor instructor.

Desde que había fallecido su madre, Axel había crecido demasiado rápido, probablemente obligado por las circunstancias. Con el tiempo, me di cuenta de que un golpe así no podía dejar indiferente a nadie, y por obligación, algo tenía que cambiar en ti, hasta conseguir que tu interior se revolviera tanto que se convirtiera en un tsunami de emociones. Y de tus prioridades en la vida. Y de

tus inquietudes. Pero a ver, ¿habría algo que no cambiara cuando pierdes a una madre?

Y uno de sus cambios, además del físico, que eso fue algo que la naturaleza me regaló, y le agradecí enormemente, fue que empezó a decir más tacos que pelos tenía en la cabeza. Hablaba fatal y yo, claro, con doce años, me escandalizaba muchísimo cuando lo hacía. Mi madre era antipalabrotas, jamás la había escuchado decir una.

Me había espabilado un poco en estos dos años, pero no decía ni una sola blasfemia, y me hacía sentir algo incómoda que alguien las dijera, y encima tan de seguido. Sin embargo, a día de hoy, tengo que reconocer que ese vocabulario le hace más sexi, aun si cabe.

Llevábamos como una hora practicando, y al principio me costó un poco mantener el equilibrio. Axel no hacía más que decirme que tuviera cuidado, pero me entusiasmé y le propuse ir a un camino de gravilla que estaba muy cerca de donde nos encontrábamos. La senda, aunque era recta, tenía pequeños desniveles en la arena, y en ese momento estaba tan emocionada y crecida que el miedo era algo que no se me pasó por la cabeza. Me envalentoné sin ver más allá de mis pestañas.

—*Green* , no hagas el loco que al final soy yo el que luego tengo que dar explicaciones a tu abuela.

—¡Pero si solo voy a ir hacia delante! ¡No seas aguafiestas, Ax!

—¿Ax? ¿Me has llamado Ax? —Frunció el ceño.

Sí, ¿por qué no? Suena bien —respondí mientras frenaba y lo miraba con una sonrisa—. ¿No soy *Green* para ti? Pues tú, para mí, eres Ax. Es fácil.

—Pero *Green* tiene sentido. Ax no lo tiene.

—¡Claro que lo tiene! —dije sin pensar.

La verdad es que eran dos letras que juntas no tenían mucho sentido. Y él, que empezaba a conocerme casi mejor que mi madre, se acercó lentamente y cogiéndome las dos manos, se subió conmigo al monopatín. Juntando su frente con la mía, dijo:

—No, no lo tiene, y tú y yo lo sabemos.

Me quedé un momento subida y se me vinieron a la cabeza algunas escenas de las películas donde el chico y la chica estaban muy cerca y que cuando se iban a besar, porque sabía que era el momento del beso, mi madre mi obligaba a cerrar los ojos.

Y es que Axel era muy guapo, amable, y conmigo se portaba muy bien. Pero con doce años aún no supe descifrar que lo que me

ocurría es que me estaba enamorando.

Puede que en ese momento esas dos letras no tuvieran un significado determinado, pero ¿quién dice que tuviera que tenerlo? ¿Por qué todo tenía que tener un sentido? Quizá, para mí, sí lo tenía, claro que lo tenía. ¿Y sabéis por qué? Porque, con el tiempo, tuvo todo el significado del mundo y de todo el universo.

AXEL

El verano anterior no había acudido al pueblo porque mi madre nos había dejado, se había ido tras una larga enfermedad que finalmente pudo con ella y os juro que eché tanto de menos a Val en esos momentos que hasta yo mismo me cuestioné qué cojones me estaba pasando. Y es que estaba seguro de que su sonrisa y sus ocurrencias me lo hubieran hecho ver todo un poco menos oscuro. Llamadme loco.

Es curioso que Val tuviera miedo de que mi madre me hubiera llevado con ella en vida, porque eso fue justo lo que sentí cuando nos dejó. Parte de mí se desgarró y se marchó con ella. Pude sentirlo hasta físicamente. Una angustia tan jodidamente asfixiante que, por un instante, llegué a pensar que yo iría detrás de ella. Que no sería capaz de aguantar tanta desazón. Y reconozco que en alguna ocasión quise irme con ella, si eso me aseguraba poder volver a abrazarla.

De repente, fue como dejar de tener miedo a la muerte porque, en el momento en que ella viniera a por mí, me llevaría con mi madre. Y eso me hacía estar en paz. En serio, puede sonar raro, porque os juro que sentir así fue una puta paranoia. Quería vivir a toda costa, no tenía la menor duda, pero morir ya no me suponía algo asfixiante. Morir sería volver a verla. O, al menos, eso era lo que en ese trance pensaba.

Es posible que fuera un puto placebo que yo mismo había creado en mi mente para que ese jodido dolor que me atravesaba lo hiciera de manera menos intensa. No lo sé, nunca lo sabré, pero a mí me sirvió.

Llegué al pueblo destrozado. Sin ninguna gana de enfrentarme a las ancianas del barrio mirándome con cara de condescendencia, con lástima y pensando que el pobre niño se había quedado sin madre a tan corta edad. Y no las culpo por pensarlo. De hecho, era eso en lo que me había convertido. En un niño triste, huérfano de madre, demasiado pequeño.

Así que, según mi padre aparcó el coche y me desabroché el cinturón, llené mis pulmones de aire y, al exhalarlo, llegué a la determinación de que tenía que ser fuerte o, al menos, parecerlo. De todas maneras, a peor ya no podía ir.

Había sido un año y pico jodidamente duro (y lo que me

quedaba), con una puta sensación desgarradora constante en el pecho que solo conoce quien ha perdido a una madre. Podía llegar hasta sentir literalmente el vacío en él. Os juro que parecía que el aire que respiraba caía a plomo hasta abajo, y juraría haber escuchado en más de una ocasión como cogía velocidad hasta tocar fondo.

Qué puto infierno.

La gente me decía a cada instante: «Tranquilo, el tiempo lo cura todo». Y una puta mierda. Y.Una.Puta.Mierda. Los días pasaban, ¡claro que lo hacían!, despacio de cojones, y no curaba nada; todo lo contrario, lo acrecentaba. Amplificaba ese puto dolor tan inhumano que cada vez que recordaba a mi madre, que era cada jodido segundo, me hacía crujir el pecho de manera descomunal, mientras el corazón parecía encogerse hasta hacerse tan pequeño que me daba hasta miedo que no llegara a poder latir con regularidad.

En el momento en que vi a Val correr hacia mí me quedé impactado, no me lo esperaba, y es que en esos dos años que yo había estado ausente había cambiado mucho. Su pelo estaba más largo y algo más claro, su cuerpo se había estilizado, estaba más alta y desarrollada. La miré a los ojos justo antes de que se abalanzara literalmente sobre mí y me apretara contra ella. No había duda, ahí seguía *Green* . La última vez que estuvimos juntos la recordaba más retraída, pero claro, en dos años, yo también había cambiado, y no solo por fuera.

Me quedé perdido durante unos segundos entre mis pensamientos hasta que fui realmente consciente de su abrazo y, sin dudarlo, se lo devolví, y cuando quise darme cuenta tenía mi cabeza sobre su hombro. Puto temerario.

Sentí como si volviera a un lugar al que echaba jodidamente mucho de menos, a un territorio donde sabía que iba a estar cuidado y protegido, donde nada malo podría ocurrirme. Y es con ella cerca nada malo podía pasarme. Me tenía en un constante estado de limirencia.

Ojalá en ese momento se lo hubiera dicho. Las cosas habrían sido diferentes, muy distintas. Pero mi puto orgullo y que la jodida edad me echaba para atrás, me callé como un capullo.

No estoy seguro de cuánto tiempo estuvimos abrazados, y la verdad es que me importaba una mierda, hubiera hecho un pacto con el jodido diablo si eso hubiera supuesto parar el tiempo. Que

ese abrazo hubiera durado toda la vida. Lo único que tenía claro era que había estado de puta madre y que desde que mi madre se había ido, nadie me había hecho sentir tan en paz con un jodido abrazo. Y os prometo que había recibido muchos. Pero vacíos. Y bastantes de chicas que buscaban algo más que darme consuelo.

Por lo visto, no fui el único que la vio más guapa, según ella, yo también lo estaba, pero lo que nunca le dije es que me esforzaba para que mi aspecto exterior fuera perfecto porque el interior estaba jodidamente exterminado. Como un puto «lego» cuando las piezas están todas esparcidas sin formar una figura definida. Yo, en ese momento, no era nada. Era un puto parásito que vivía para satisfacer mis necesidades básicas sin ninguna pretensión más allá de que mi padre no me abandonara también. Pero eso sí que hubiera sido como volarme la cabeza y no haber dado en el lugar exacto para morir en el acto.

Sin embargo, me alegro de que no fuera eso lo que ella vio en mí.

Aquella noche que la vi correr hacia el muro después del pedazo de tormenta que había descargado esa tarde, no dudé en ir a ver qué le ocurría. Tenía un jodido imán conmigo y hacía que cualquier problema que le preocupara también fuera, en parte, mío. Sí, lo sé, yo tampoco lo entendía, cuando solo nos veíamos en verano. Pero es que sentía un afán de protección hacía ella incontrolable. No en plan padre ni hermano mayor, si no, no la vería con ojos de querer comerle la boca sin parar. Sería un puto depravado.

Coincidió que yo había salido a dar una vuelta después de cenar y estaba justo acercándome al muro, pero por la parte de atrás.

Debo confesar que me costó horrores mantener esa conversación con ella. Fue una puta mierda intentar que viera que tenía que disfrutar de su madre en cualquier circunstancia, que la mía se había ido dejando por el camino muchos planes por realizar juntos. Y ella aún tenía tiempo de hacerlos. Aún no era demasiado tarde. Por eso tuve que tirar de ironía y bromas para bajar un poco la intensidad de la conversación y no caer en la mierda de la lástima y la pena.

No quise ser un cabrón y decírselo abiertamente porque supe que la heriría y estaba seguro de que ella no era consciente de lo que en realidad me estaba diciendo.

Cuando finalmente confesó que el problema era el jodido

monopatín, creo que mi boca llegó a rozar el suelo. ¡El puto monopatín! ¡Todo eso por no decir que le daba miedo el puto monopatín! La madre que la parió. Si es que era la hostia. Con esas y otras cosas cada vez me encantaba más. Y sí, sé que el verbo «encantar» no pega mucho en mi vocabulario, pero a veces muestro cierta sensibilidad en mi lenguaje, ¿algún problema?

Total, que le dije que la enseñaría, y maldita sea, en qué momento lo hice. Casi me da un puto infarto cuando decidió unilateralmente que sería buena idea salir de la zona *segura* y asfaltada para irnos a la *no segura* , llena de gravilla y altibajos que llamaban a gritos a sus rodillas para que se incrustaran contra el suelo. Era una jodida loca, una jodida loca asombrosa.

Y, para rizar el rizo, dice que me va a llamar Ax porque yo la había apodado *Green* . ¿Ax? ¿En serio? ¿Estaba de coña? Joder, casi me vuelvo loco; de hecho, creo que fue la primera vez en mi puta vida que alguien consiguió sacarme los jodidos colores. A mí. Al hombre de hielo en cuanto a expresar sentimientos se refiere. Un Iceman en pleno mes de verano. Y si ella se dio cuenta, lo disimuló fenomenal, porque no me hizo sentir incómodo en ningún momento con comentarios relacionados con el color de mis mejillas.

Así, sin pensarlo, me subí al monopatín con ella como un jodido demente y la cogí de las manos; llamadme perturbado, pero es que fue lo que me salió. Me pareció tan tierno el diminutivo y yo estaba en un momento tan vulnerable que acerqué mi frente a la suya para poder respirar y pensar que ella solo tenía doce años. Doce putos años. Que no podía ilusionarme más con ella (si es que se podía) porque lo de la edad era complicado, muy complicado. Y me estaba convirtiendo en un puto majara.

6
KILIG

(Sentir mariposas cuando conversas con alguien a quien encuentras atractivo)

Cuando yo tenía catorce años… y el, dieciséis

Aquella noche de fiestas en el pueblo se llevarían a cabo los fuegos artificiales, y yo, desde siempre, había tenido un miedo atroz a esas luces malditas que iluminaban el cielo en todo su esplendor y hacían tantísimo ruido al explotar. De hecho, casi podría asegurar que una de las razones de mi aprensión eran esos estruendos.

No sé si me recordaban a los truenos y relámpagos, a los cuales también les tenía terror, o era un tema de que en mi imaginación (de lo más peliculera) una chispa volaba alegremente hasta aterrizar sobre mí y yo salía ardiendo en plan hombre especialista de película de acción brazos en alto, con la diferencia de que yo no llevaría ningún traje ignífugo que me salvara de una muerte certera.

La idea de ir no me apetecía absolutamente nada, pero era la primera vez que nos dejaban a los chicos y a nosotras salir solos a verlos. Y ya solo el hecho de hacer algo fuera de las miradas curiosas de los adultos, seguro que valía la pena.

Ese verano, yo llegué al pueblo cuarenta y ocho horas más tarde que mis amigos, ya que antes de ir pasé dos días en casa de una amiga. Así que la misma tarde en la que mi madre me dejó con mi abuela, esta me contó, mientras preparaba la cena y yo la acompañaba sentada sobre la encimera que quedaba tras ella, que la noche anterior ya había visto a mis amigos en el muro.

En nuestro muro.

—Pues el nieto de Jacinta está cada vez más guapo, Valeria —lanzó como si la cosa no fuera con ella mientras pelaba unas patatas para hacer una tortilla—. Me dijo su abuela que, nada más llegar, dejó su maleta tirada en la habitación y corrió para venir a buscarte. Fíjate qué cosas.

En este punto todos sabemos que el nieto de Jacinta era Axel, ¿verdad? Y no sabía si estaría más guapo que el año pasado o no, pero cuando mi abuela me dijo eso creo que hasta me puse colorada. Porque, además, ella no solía dar puntada sin hilo, algo

buscaba con aquella afirmación. Solo me faltaba averiguar el qué.

Pero ¿en serio lo primero que hizo fue venir a buscarme? Qué mono. Aunque eso no ayudaba demasiado a que yo estuviera menos nerviosa ante nuestro próximo reencuentro desde el verano pasado.

—Y yo creo que el zagal hace deporte y esas cosas —añadió mi abuela— porque tiene unos brazos muy grandes, ¿sabes?

Y seguía con sus patatas alegremente sin ser consciente de que me estaba poniendo cardiaca.

—Pues no lo sé, abuela, desde el verano pasado no lo he visto —respondí en un intento de parecer lo más sosegada posible, como si la cosa me importara entre menos y nada.

—Ya lo verás, ya. Y cuando lo hagas, vienes y me lo cuentas. Desde luego, no sé qué le dará su padre de comer, pero se está poniendo muy grande y muy fuerte. Y muy educado, sí señor. Ese niño, que fíjate qué pena lo que le ocurrió a su madre, que yo pensaba que lo mismo se nos descarriaba… Míralo, tan educado y tan buen mozo.

¿Era solo yo o parecía que mi abuela estaba intentando venderme a Axel ensalzando todas sus virtudes?

—Axel es muy buen chico.

Eso fue lo único que me atreví a decir. Si me hubiera preguntado alguna amiga de Madrid, la cosa hubiera cambiado. Le habría dicho otro tipo de cosas, como por ejemplo, que al despedirme el último verano de él me parecía el chico más guapo del mundo, que estaba como un queso, que era atento, inteligente, protector, calmado, alegre, sonriente, picarón y con una sonrisa que derretiría hasta el mismísimo Polo norte. Pero eso mejor no decírselo a mi abuela, y ahorrarnos que pudiera contárselo a las vecinas.

Así que mejor calladita, que en boca cerrada no entran moscas. Y con decir que es buen chico, creo que lo resumía todo estupendamente.

Al final a la primera que vi fue a Beca. Después de cenar me acerqué a su casa a decirle que ya estaba allí. Sí, me podéis llamar cobarde y lo que queráis, pero después de lo que me dijo mi abuela, no me atreví a ir a ver a Axel primero. Me lo imaginaba como un Hércules, musculado, más guapo aún y con un reflejo brillante en un diente cuando sonriera, y me dio una vergüenza tremenda. Así que Beca fue una buena opción como primera toma de contacto.

Me contó que a la noche siguiente nos dejaban ir solos a los

fuegos y me tensé.

—¿Qué te pasa? ¿No quieres venir? ¿Quieres que vengan los padres con nosotras?

—¿Qué? No, no. No es eso. Ojalá.

—Entonces, ¿por qué se te ha puesto la cara como si hubieras visto al mismísimo demonio?

—Bueno, a ver… es que… —flaqueé— los fuegos me dan un poco de miedo.

—¿Sí? Pero si hemos ido todos los veranos y nunca…

—Digamos que disimulo muy bien —respondí con una sonrisa algo forzada.

Mi amiga me observó durante unos segundos como si no entendiera nada, hasta que se levantó del sillón con un respingo y, tras plancharse la falda con las manos, se acercó a mí y me abrazó.

—No te preocupes, ¿vale? Tú me das la mano y ya verás como no pasa nada.

Esa frase se la había oído muchas veces a mi madre. Y siempre que iba con ella a ver los fuegos lo pasaba de puta pena. Pegada a su costado, sin mirar y tapándome los oídos hasta que ese suplicio terminaba. De tal manera que no pensé que con Beca la cosa fuera a ser muy diferente. El mismo miedo, el mismo proceso, las mismas ganas de que terminara. Pero dejé pasar le tema hasta que las dos nos acercamos al muro y sacamos la cuestión de nuevo.

Cuando salimos de su casa, vimos que el resto ya estaban allí. Y cuando digo todos, digo TODOS. Eliot estaba sentado en la carretera, y Sara y Axel sobre el muro. De manera inevitable los ojos se me fueron directos a él. Y cuando su mirada coincidió con la mía, su boca se curvó hasta mostrar una sonrisa torcida.

Madre mía, mi abuela se había quedado muy muy corta con todas las virtudes que había ensalzado de él mientras preparaba la cena. Llevaba unos pantalones deportivos cortos de color negro y una camiseta color vino. Y sí, tenía los brazos más musculados, como decía mi abuela. Los dieciséis años le habían sentado fantásticamente.

Yo también sonreí, vaya si lo hice, casi me llegan las comisuras de los labios a las orejas. Y por poco se me sale el corazón por la boca.

Saludé a todos, aunque reconozco que alargué un poco más mi abrazo con Axel, al que acompañaba su particular olor a menta, y después me senté en el asfalto, frente a él.

Sara comenzó a hablar de lo emocionada que estaba de que por fin nos dejaran ir solos a alguna parte. Empezó a hablar de carrerilla y todos nos reímos ante el nerviosismo de sus palabras. Pero a mí no me hacía tanta ilusión.

A ver, salir sola por fin sí, eso era lo que llevábamos pidiendo desde los diez años, y ahora que nos dejaban, era para ver la mierda de fuegos artificiales que tan poco me gustaban.

—Eh… creo que yo los veré desde otro lado —solté, esperando las reacciones.

Todos me miraron extrañados menos Beca, que ya conocía mi desasosiego, y Axel, que no entendí por qué su gesto no mostró ningún tipo de confusión.

Los años anteriores me ponía junto a mi abuela, la agarraba del brazo y durante los fuegos yo cerraba los ojos y, de vez en cuando, me escondía tras su costado, intentando con todas mis fuerzas que no se notara que lo pasaba fatal.

Me pregunto por qué tantas veces nos callamos las cosas por el miedo a las reacciones de los demás. Qué tontería, ¿verdad? Como si en el caso de que se lo contara antes a mis amigos, me hubieran dejado de lado. ¿O sí lo habrían hecho?

Inseguridades de la infancia/adolescencia, etapas en las que crees que, si no te gusta todo lo que les gusta a los demás, vas a ser directamente excluida del grupo por no seguir la norma. Aunque me atrevo a decir que esas inseguridades no se terminan en la adolescencia, van mucho más allá.

No obstante, parecía que lo había disimulado muy bien porque nadie se había dado cuenta de que, para mí, era una angustia ir a ver lo que para todo el mundo era tan divertido.

—No me miréis así. Es que me dan miedo los fuegos artificiales. —Hice una pausa—. Ale, ya lo he dicho.

—Pero otros años… —comenzó a hablar Eliot.

—Sí, lo sé, he ido todos los años. Pero eso no quiere decir que lo pasara bien —confesé con una débil sonrisa.

Miré directamente a Axel porque siempre era puerto seguro y me recibió con un guiño de complicidad que me hizo sentirme un poco más fuerte. Me daba cierta vergüenza reconocer que me daban miedo, me hacía pensar que ellos me verían como una niña asustadiza.

Mierda de autoestima. Mierda de querer agradar siempre.

—Yo voy a estar contigo —intervino Beca.

Pero yo sabía que a ella le gustaba ponerse lo más cerca que podía, y que le dejaba la policía por su seguridad. Y no la culpaba por ello, todo lo contrario. No podía dejar que se viniera conmigo atrás y no lo disfrutara. Sin embargo, en ese momento no dije nada. Me limité a asentir con una frágil sonrisa.

Tras esa pequeña conversación que a mí me pareció eterna y tensa, dejamos de hablar del tema y comenzamos a contarnos qué tal nos había ido ese año en que no nos habíamos visto.

Había llegado la famosa noche *artificial* y fuimos dando un paseo hasta llegar a la zona donde la gente empezaba a coger sitio y así verlos desde lo más cerca posible. Aún no habían empezado, y mientras los demás se mostraban emocionados, yo me sentía cada vez más nerviosa. Estábamos charlando en círculo cuando los pirotécnicos soltaron el primer fuego con su correspondiente estruendo, y me sobresalté. Me entró tal angustia que les dije que yo me iba más atrás, que cuando terminaran me esperaran ahí y yo acudiría para que volviéramos juntos a casa.

Beca enseguida se ofreció a venir conmigo y le dije que no, que no pasaba nada, y aunque me costó convencerla, al final lo hice y me di la vuelta. Desanduve parte del camino que había hecho con mis amigos para buscar un lugar lo suficientemente alejado como para que mi corazón no sufriese tanto y me sintiera lo más segura posible. De repente, mientras caminaba en dirección contraria a toda la gente que iba a ver los fuegos, escuché tras de mí:

—Pss, pss. ¡Ey, *Green* !

Me giré y me encontré con la sonrisa de Axel. Bueno, con su sonrisa y su cuerpazo. El corazón me dio un vuelco y tragué saliva. A este paso terminaba con alguna patología cardiaca seguro.

—¿Dónde vas? —pregunté extrañada.

—A ver los fuegos, ¿y tú? —respondió mientras se metía las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros negros y me alcanzaba.

—Pero… ellos… —Señalé, dirigiendo mi mirada hacia donde se habían quedado nuestros amigos.

—Ellos también van a verlos. Lo sé.

—No tienes por qué venirte conmigo, Ax. De verdad. Desde allí se ven mucho mejor.

—¿Por qué no? ¿Y si a mí también me dan miedo y no lo digo por parecer un machote que no le teme a nada?

—No es verdad. —Sonreí—. A ti no te asustan.

—Eso nunca lo sabrás, *Green* —musitó con un guiño y se adelantó, dejándome dos pasos por detrás—. Vamos, que van a empezar y conozco un sitio perfecto para ir a verlos.

Empezó a caminar con rapidez, y yo lo seguí. Y lo hice con una sonrisa, y es que Axel me apreciaba, me quería, me cuidaba… En definitiva, era mi amigo. Uno de esos amigos que sabes que estará en las buenas y en las malas, como en ese momento volvía a demostrarme.

Entonces me di cuenta de que se dirigía a nuestra calle.

—Ax, pero ¿dónde vamos? ¡Van a empezar los fuegos y no vamos a llegar para que puedas verlos!

—¡Entonces, corre! —Me cogió de la mano y empezamos a marchar juntos.

Efectivamente llegamos a nuestra calle y corrimos aún más rápido si cabía hasta llegar al lugar que él tenía en mente.

Nuestro muro.

—El mejor lugar para verlo juntos, ¿no crees? Tan lejos como para que no tengas miedo de su estruendo y lo suficientemente cerca como para verlos en todo su esplendor.

Dejó caer las palabras como sin importancia, para después subirse al muro con soltura. Me lo quedé mirando aún con la respiración agitada y media sonrisa en mi rostro, hasta que se colocó en el muro y me dedicó él también una sonrisa ladeada.

—¡Vamos! ¿O te vas a quedar ahí? Venga, *Green* , sube al palco.

Y eso hice, alzarme para situarme junto a él, quedando ambos a pocos centímetros de distancia. El corazón me latía a mil por hora debido a la mezcla entre lo que habíamos corrido y el hecho de estar a solas con él. Seguramente más por la segunda razón.

De pronto se escuchó el primer estruendo que iluminó por completo el cielo de color verde, y me sobresalté. En ese mismo instante en que me tensé, sentí su mano acariciar la mía hasta enlazar nuestros dedos.

Tragué saliva y sentí *kilig* , cosquillas en el vientre. Estábamos cogidos de la mano. A solas. En nuestro muro. ¿Podría ser la situación más perfecta? Bueno, quizá sin un microscópico detalle. Podía pedir que los fuegos artificiales no me dieran miedo para disfrutarlos más, pero lo cierto era que, si no me hubieran dado pánico, no se hubiera dado esa situación.

Al sentir el roce de su dedo pulgar acariciando mi mano ni lo

miré. No me atreví. No me atreví a girar el rostro y encontrarme con su mirada también, porque me gustaba mucho, demasiado, y con catorce años todo era más difícil. No eras lo suficientemente pequeña como para tomar ese gesto como un juego de niños ni lo sobradamente mayor como para decidirme a confesarle lo que sentía.

Me encontraba en un limbo cronológico donde los sentimientos mandaban más que la fecha de nacimiento.

Era todo tan mágico, tan honesto, tan casual, tan casto… que jamás se me olvidará ese instante y el calor que su mano emanaba junto a la mía. Pude sentir como su energía empezaba a colarse por mis venas de manera mágica, fluida, hasta sentir su luz dentro de mí destellando una parte de mi corazón que jamás se había iluminado por nadie.

Los fuegos comenzaron a alumbrar el cielo dejando preciosos lienzos luminosos en la oscuridad de la noche. Y cada vez que mi cuerpo reaccionaba con una sacudida ante los estruendos, él me apretaba levemente la mano.

—Yo lo sabía, *Green* . Sabía que te daban miedo los fuegos —dijo en un susurro, mirando al cielo—. Solo esperaba a que fueras tú la que nos lo contara.

Lo miré, esta vez sí que lo hice, aunque nuestras manos siguieran enlazadas. Y lo observé durante unos segundos, confusa, sin saber muy bien qué decir. Mi cabeza empezó a dar vueltas, como si estuviera recogiendo en forma de imágenes todas las veces que habíamos visto juntos los fuegos y algo se me hubiera escapado.

—Pero… cómo… ¿Por qué no me lo habías dicho antes? —pregunté, entrecerrando los ojos.

—Pienso que te correspondía a ti. —Se giró para mirarme—. No es malo decir cómo sentimos las cosas por el puto «qué dirán», *Green* .

—Lo dice el hombre de hielo.

—Ya, tienes razón. —Sonrió—. Supongo que estas cosas se ven mejor cuando no es a ti a quien tienes que aplicártelo —dijo con su mirada fija en el cielo.

—Gracias, Ax.

—¿Por qué? —Esta vez sí me miró.

—Por estar conmigo, aquí y ahora.

—Te aseguro que prefiero estar aquí que allí con ellos —respondió, cambiando su semblante a un tono más serio, menos

neutro.

—¿Por qué?

Se mordió el labio inferior y miró de nuevo al cielo como si estuviera pensando qué decir o cómo hacerlo. Tras unos segundos rompió su silencio.

—No me gusta estar en sitios donde hay mucha gente.

Y no sé por qué, pero su respuesta no me convenció para nada. Nunca se había mostrado incómodo en sitios donde hubiera aglomeraciones. Y reconozco que cuando dijo que prefería estar aquí, llegué a pensar (y soñar) que su respuesta estaría relacionada conmigo. Sin embargo, cuando alegó lo de las multitudes, me caí del guindo, me reboté la cabeza contra el suelo y me desperté del sueño en el que esperaba que su respuesta fuera que prefería estar a solas conmigo.

AXEL

Mira que la señora Juliana siempre me había caído muy bien. Era una mujer muy moderna para la edad que tenía, con una mentalidad bastante abierta y nada prejuiciosa, pero no sabía que me vendía tan bien ante su nieta. Daba la sensación de que ambos habíamos tramado un cuidadoso plan para que Val se fijara en mí y Juliana estaba cumpliendo perfectamente su parte del plan. Es más, si me hubiera enterado de esto en el momento, hubiera ido a darle un abrazo y un beso.

Pero nada más allá de la realidad, la señora Juliana había sido totalmente libre e imparcial en venderme estupendamente ante su nieta. Algo bueno tendría yo, ¿no?

Y no mentía cuando le dijo a Val que yo había salido prácticamente corriendo para ir a verla nada más llegar. Mi padre casi ni había arrancado el coche para marcharse, cuando yo había desgastado suela hasta aparecer en la jodida puerta de casa de su abuela como un puto acosador.

No os imagináis la cara de gilipollas que se me quedó cuando su abuela me dijo que no llegaría hasta el día siguiente. Joder, con las ganas que tenía de verla. Me había pasado todo le puto año pensando en cómo estaría. Y aunque a veces mi abuela le contaba a mi padre que había hablado con la señora Juliana y que le había contado que su hija y su nieta estaban bien, yo no me quedaba totalmente tranquilo.

Sentía una jodida adicción a esa chica y eso que ella solo tenía catorce años, pero me hacía los veranos tan divertidos que su sola presencia conseguía, en algunos momentos, dejar un poco de lado el sentimiento de dolor inmenso tras la pérdida de mi madre.

Me gustaba su espontaneidad, su sonrisa, su ingenuidad, su cuerpo… pero, repito, tenía solo catorce años. Estaba más que convencido de que si hubiera sido de mi edad o algún año más mayor, me hubiera lanzado. Le hubiera dicho que me gustaba o la habría besado como un puto kamikaze esperando su reacción. Sin embargo, tenía catorce años, unos jodidos catorce años que me obligaban a dar un paso atrás cada vez que se me iba la olla. Y aunque yo había tenido mis rollos durante el año, porque no era ningún angelito de la caridad, no dejaba de pensar en ella.

La respetaba. La conocía desde que cumplió siete años.

Llevábamos siete putos años veraneando juntos, la había visto crecer, pasar de ser una niña a una adolescente. ¡Joder, que estaba viendo cómo le crecían las tetas! Y con dieciséis años, casi diecisiete, el rabo empezaba a tomar más decisiones por mí que la cabeza para hacer según qué cosas.

Pero es que ella era *Green* , y dar un paso en falso podría haber mandado todo a tomar por culo. Por pensar más con la polla que con la puta cabeza. Con ella tenía que mantener la cabeza fría. Por ella. Por mí. Por nosotros. Porque una puta cagada nos salpicaría de lleno y no sería nada fácil volver a lo que teníamos.

Ahora me alegra saber que a ella le hizo ilusión conocer que lo primero que hice fue ir a verla.

Cuando la vi salir de casa de Beca y empezaron a caminar hacia donde estábamos nosotros comencé a ponerme nervioso. Y nunca, en mi puta vida, ver a una chica me había alterado tanto los nervios. Ponía mi mundo patas arriba.

Es que estaba preciosa y hecha toda una mujer jodidamente bella.

Llevaba un vestido rojo de tirantes con escote en forma de pico y no pude evitar que mis ojos se desplazaran hasta sus piernas, que eran largas y contorneadas. Lucía el pelo suelto, más largo que el verano anterior y algo más ondulado. Su esencia había madurado y su físico también. Toda ella había cambiado. Esperaba que nuestra relación no.

Cuando llegó hasta nosotros, me miró, y aunque en su momento sentí que lo hacía con cierto pudor, ahora ella me lo acabada de confirmar. Joder, ojalá en ese momento hubiera sabido lo que ella sentía... Hubiera sido todo distinto. Quizá más fácil. No sé.

En el momento en que confesó que ella prefería ver los fuegos artificiales desde otro lugar, me alegré. Y no porque me agradara que le hicieran sentir temor, sino porque yo ya lo sabía, era consciente de su miedo porque llevaba un par de años observándola desde la distancia cuando íbamos a verlos con nuestras abuelas. Y aunque ella pensara que nadie la veía cerrar los ojos y aferrarse al brazo de su abuela como si la vida le fuera en ello, yo sí me había dado cuenta. Pero le correspondía a ella darle voz a esa aprensión.

Por eso me alegré de que lo exteriorizara, no tenía ningún sentido que siguiera disimulando ese sufrimiento. Y mucho menos por creer que, si lo contaba, pensaríamos que era menos que nosotros.

Jodidos pensamientos negativos que nos hacen dudar hasta de nuestra propia sombra.

Y llegó la hora de los fuegos, y todos caminamos hasta donde más cerca nos dejaban verlos, a sabiendas de que, cuando empezaran, Val se marcharía hacia un lugar más seguro para ella. Y yo tenía más claro que el agua que la acompañaría donde fuera. No iba a dejarla sola. No quería, no podía.

Y eso hice. En el momento en el que se marchó, corrí tras ella conociendo que eso podía provocar comentarios entre nuestros amigos, pero es que me la sudaba. No quería dejarla sola, y punto.

Cuando ella se dio cuenta de que iba detrás se sorprendió, pero sé que se alegró. A mí me la pelaban completamente los fuegos artificiales, la verdad, yo con estar con ella tenía más que suficiente.

Ella y yo. Solos. Juntos. Ojalá.

No sé en qué momento se me ocurrió que el muro sería un buen lugar para verlos, fue una decisión precipitada y en absoluto meditada, pero la jugada salió bien. Porque ella se sintió tranquila y por primera vez disfrutó de ese momento que tanto temor le había provocado a lo largo de los años.

Ante su primer sobresalto reaccioné cogiéndole la mano, quería hacerle sentir que estaba a su lado, que no tenía que tener miedo, y prometo que lo hice sin ninguna segunda intención, pero, me cago en la puta, qué bien me sentí al notar el calor de su mano en la mía y que no rechazara mi contacto.

Ella cuenta que sentía que yo la cuidaba, la protegía... pero lo que ella no sabía era que a mí me hacía sentir igual. Y es que tenía tanto de malhablado como de vulnerable.

Cuando me dio las gracias por estar con ella en ese momento, me salió del alma decirle que con ella estaba mucho mejor que con los demás. De nuevo la puta boca fue mucho más rápido que mi sentido común, pero por suerte logré echar el freno de mano a tiempo para no cargarla del todo. Tuve que tirar de mentira piadosa y decirle que no me molaban los sitios con mucha gente.

Semejante gilipollez solo se me podía ocurrir a mí. El problema es que fue más que evidente que no se lo tragó, porque me miró como si me hubiera convertido en un jodido extraterrestre con tres ojos.

Sin embargo, mi chica había intuido la respuesta oculta en relación a su pregunta. Y es que las miradas siempre responden más sinceramente que las palabras.

7
VIRAGO

(Mujer fuerte, valiente o guerrera: una mujer que demuestra cualidades ejemplares o heroicas)

Cuando yo tenía dieciséis años… y él, dieciocho

Esa noche comenzaban las fiestas del pueblo, y yo estaba tremendamente ilusionada porque era el primer año que me dejaban salir hasta más tarde; siempre y cuando no volviera sola a casa y estuviera en todo momento acompañada de mis amigos.

Son este tipo de normas no escritas de cuando empiezas a salir con gente más mayor que tú y no te consideran lo suficientemente madura como para volver sola, pero sí para salir en pandilla.

Pero teníamos que ser realistas. Esa norma no escrita tenía muchos vacíos legales. Y es que Eliot y Axel ya tenían dieciocho años y, claro, no tenían otra cosa que hacer que quedarse toda la noche pendientes de nosotras tres, así que decidimos entre todos (sin previo consenso con nuestros mayores) que las chicas estaríamos siempre por el mismo sitio (básicamente por la plaza) y ellos harían su vida.

En resumen, nosotras no podíamos movernos de nuestro campamento base, pero ellos sí podían salir a cazar.

Los dieciocho años les habían sentado estupendamente. Eliot moldeaba su cuerpo a base de gimnasio mientras se preparaba para presentarse a las oposiciones de policía nacional. Su color zanahoria en el pelo seguía intacto, su tonalidad era la misma desde que lo conocí, y sus ojos azules lo hacían destacar aún más. Estaba guapísimo, pero no era mi tipo. Creo que a estas alturas ya sabéis quien lo era.

Axel era mi amor platónico; mi «AP», como lo definíamos las chicas para conversar en clave y que ellos no supieran de qué hablábamos. Y es que, aunque él siempre me había parecido el tío más atractivo del mundo, se iba superando con los años. Era como el buen vino.

Su cuerpo estaba moldeado, pero sin exagerar, ya que acababa de empezar a trabajar como instructor en un gimnasio y pasaba muchas horas allí. Su sonrisa me parecía aún más bonita, sus gestos me parecían muy sexis y los dos juntos hacíamos un buen equipo.

Desde el verano pasado nos habíamos convertido en inseparables, o al menos, lo éramos el tiempo que permanecíamos en el pueblo. El resto del año nos escribíamos por WhatsApp o hablábamos por teléfono, aunque predominaban los mensajes a las llamadas.

Había una química especial entre nosotros, pero nunca habíamos llegado a pasar la *friendzone* . Éramos tan amigos que pensé que él nunca se había planteado ir mas allá. Además, aunque pueda parecer repetitiva, la edad era algo importante. El verano pasado yo tenía solo quince años y él, diecisiete, y aunque yo ya me veía lo suficientemente mayor como para tener novio a él parecía no gustarle.

Siempre me protegió como un hermano mayor. Al fin y al cabo, mi abuela siempre depositaba en él toda su confianza para que no me ocurriera nada, y Axel, por lo visto, se lo tomaba muy en serio. Tenía mucho respeto a mi abuela.

Chico que se me acercaba, ya estaba él detrás de mí. No abría la boca, pero ya os digo que no era necesario; su mirada lo decía todo y apuesto a que lo hacía en varios idiomas por si el otro chaval no lo había entendido a la primera. Y aunque me gustaba esa protección, había veces que me molestaba porque no me permitía conocer a ningún chico.

A mí se me llevaban los mil demonios cuando lo veía tontear con alguna chica. Sí, lo reconocía abiertamente con mis amigas; me ponía celosa, me daba lo mismo que la chica fuera rubia, morena, alta, baja… El caso es que era una chica en la que Axel, mi Ax, había puesto su intención. Pero yo no iba a la chica y la miraba en plan perdonarle la vida (aunque me quedara con las ganas), yo solo me limitaba a dejar caer de vez en cuando un «pues creo que tiene novio», «uy, tiene las puntas del pelo superquemadas» o «esa falda ya está pasada de moda», partiendo de la base de que no tenía ni idea de esos temas.

Sí, lo sé, menuda niñata era. Pero el caso era decir algo que distrajera la atención de mi amigo y le gustara un poco menos la chica en cuestión. En esos momentos pensaba que ojalá se hubiera fijado en mí y no en ellas.

De tal manera que esa noche decidí que quería pasármelo genial y disfrutar de mi primera fiesta con amigas y sin padres ni madres ni abuelas de por medio.

Bailando en la plaza, se nos acercaron tres chicos mayores que nosotras y comenzamos a hablar con ellos. Yo miré alrededor de la

plaza a ver si veía a Axel, pero no lo encontré. Eliot y él habían salido de caza. Pensé que no podía estar todo el rato pensando en él ni en lo que estaría haciendo, así que cuando los chicos nos dijeron que nos invitaban a una copa, fui la única de mis amigas que dijo que sí, ante el asombro de ambas. Me acerqué a Rebeca y le dije que no se preocupara, que no iba a pasar nada por tomarnos una copa con ellos.

Así que esperamos en un lateral de la plaza mientras traían las copas y los seis nos divertimos mucho charlando, bailando y bebiendo. No era la primera vez que bebía alcohol, en Madrid me había tomado alguna cerveza o habíamos compartido minis de calimocho en alguna ocasión; sin embargo, sí que era la primera vez que lo hacía en esas cantidades. A ver, que no me había bebido hasta el agua de la fuente, pero cuando iba por la segunda copa (y Eliot y Axel sin dar señales de vida), uno de los chicos, Fran, empezó a ponerse bastante cariñoso conmigo, en el sentido de acercarse más a mí al hablar, cogerme de la cintura mientras me susurraba algo al oído, y la verdad es que yo me sentía bien. Me olvidé completamente de Axel y de la tía con la que se estuviera enrollando en ese momento.

Mentira, no me olvidé ni de coña, pero intenté autoconvencerme de que sí.

Nunca me habían besado si no tenemos en cuenta el beso del juego de la botella. Me refiero a un morreo, un magreo y pensé que, lo mismo, Fran podía ser una buena elección para que fuera el primero, aunque claro, hubiera preferido con creces que fuera Axel quien lo hiciera. Ojalá. Pero estaba demasiado ocupado comiéndole la boca a otra.

Fran me propuso alejarnos un poco del gentío de la plaza y yo, tan contenta como el alcohol me permitía estar, acepté, no sin antes avisar a mi amiga.

Ellas insistieron en que no podíamos movernos de allí, que era la única condición que teníamos que cumplir. Pero yo estaba tan cabreada con Axel por haber desaparecido toda la noche y habernos dejado solas que le dije que me iba sí o sí. Que llevaba el móvil con la ubicación activada para que supieran dónde estaba en todo momento.

Fran y yo marchamos hacia una calle que daba a un pequeño callejón iluminado únicamente por una triste farola. Me cogió la mano en el trayecto, pero antes se detuvo en una de las barras a

pedir otro mini de calimocho. Estaba bueno, el calimocho quiero decir. Y aunque él también iba bastante bebido no me importó. Me pareció hasta divertido.

Jodida inconsciente.

Cuando llegamos al callejón, me quedé quieta; la verdad era que nunca había estado a solas con un chico sin contar a Axel, y menos en ese plan. Así que esperé a que fuera él quien diera el primer paso.

Se acercó a mí poco a poco con una sonrisa torcida, provocando que yo caminara hacia atrás hasta quedar mi espalda pegada a la pared. Coloqué mis manos sobre su pecho y él se empezó a reír. Íbamos bastante borrachos y, al menos yo, lo viví de manera algo distorsionada.

Noté cómo una de sus manos se colaba por debajo de mi camiseta y enseguida se la retiré. Pero entonces atacó a mi cuello con un mordisco algo brusco y su mano volvió al ataque. Volví a colocar mis manos en su pecho para empujarlo un poco hacia atrás y poner algo de distancia porque me estaba agobiando.

—Fran, no…

—No seas así, ¿para qué crees que hemos venido? —Y subió su mano hasta uno de mis pechos.

Lo eché un poco para atrás y me miró con una sonrisa de suficiencia. Quería decirle que mejor volvíamos a la plaza, pero no me dio tiempo. Axel apareció de la nada y, con muy mala hostia, tiró de su camiseta hasta alejarlo de mí.

—Podrías ir al calabozo solo por lo que estabas pensando hacer con ella en su estado. Tiene solo dieciséis años, gilipollas —gruñó, colocándome tras él.

—¿Y tú que sabrás qué estaba pensando yo? —Se envalentonó el chaval.

Axel ahogó media sonrisa y miró hacia otro lado mientras yo intentaba mantenerme de pie entre la moña que llevaba, lo nerviosa que me había puesto ver a Axel ahí y lo desagradable que se estaba poniendo la situación.

—No quieras que llame a la Guardia Civil y sean ellos quienes te lo sonsaquen, ¿eh, campeón? Da las gracias a que os he encontrado antes de que pasara nada. Si llegas a hacerle algo, te *hostio* sin palabras de por medio.

El chico dio un paso atrás, cogió el mini que aún estaba casi entero y se marchó de allí soltando unos cuantos tacos por lo bajo.

Axel me buscó con la mirada. Y si estas matasen, yo estaría bajo tierra desde ese mismo momento. Me cogió de la mano con firmeza y tiró de mí con rapidez sin ni siquiera mirarme ni dirigirme la palabra, y cuando vi que el camino que llevaba era el mismo que conducía a casa, me subió un cabreo por el cuerpo que tuve que coger aire para no acabar escupiéndolo por la boca en forma de fuego. El también parecía enfadado, al menos, la forma en que caminaba y su gesto serio lo manifestaban así.

Pero como yo no podía estar callada, fui al ataque.

—Axel, ¡para!

—No quiero.

—¡¿Cómo que no quieres?! ¡No era una pregunta! ¡Para, maldita sea!

Y lo hizo en seco para darse la vuelta y mirarme con el ceño fruncido y cara de pocos amigos.

—¡Te dije que te quedaras en la plaza! ¡En la puta plaza! ¿Tan difícil era? —increpó—. ¡¿Se puede saber qué cojones hacías en un callejón con ese tío?! ¡Iba muy bebido, joder! ¡Incluso más que tú!

—Axel, no te equivoques, yo iba a decirle que… Fran solo quería…

Alzó la mano, negando con la cabeza, para indicarme que no continuara hablando y, algo más calmado, dijo:

—Por el amor de Dios, no me obligues terminar esa frase por ti. —Y tras regalarme una dura mirada, se dio la vuelta para seguir tirando de mi mano hacia el barrio.

—No tienes derecho a llevarme a casa como si fuera una niña pequeña.

—Créeme, Valeria, sí que lo tengo. Si no, pregúntaselo a tu abuela.

—¿Me has llamado Valeria? Uf, eso es que estás enfadado —musité.

—Muy enfadado, querrás decir —respondió mientras seguía tirando de mí.

—¡Pero si no he hecho nada!

—¡Porque he ido a buscarte y he llegado a tiempo!

—No entiendo por qué te enfada tanto que me lo pase bien con un chico.

Ahí volvió a frenar en seco. Se dio la vuelta con energía y, acercándose mucho a mí, respondió:

—Con un tío que no conoces y que va tan borracho no voy a

dejar que te lo pases bien nunca, ve haciéndote a la idea. Así que piénsatelo dos veces antes de que se te pase por la cabeza volver a hacerlo, porque volveré a reaccionar de la misma manera, aunque creas que eso sea tratarte como a una jodida niña pequeña.

Su respuesta me enfadó aún más, era como si yo no fuera capaz de decidir qué hacer, ni cuándo ni con quién. Sentí cómo el cabreo ascendía desde la planta de mis pies; como si se hubiera encendido la mecha y se estuviera consumiendo hasta que llegó a mi garganta y explotó.

—¡No soy una cachirula! ¿Vale? —me enfrenté a él.

—Joder, Val —resopló, revolviéndose el pelo—. No utilices esas palabras que tanto te gustan porque no pienso ponerme a buscar qué significan.

—¡Una mujer ingenua! ¡Eso significa! ¡Y no soy así!

—Ah, ¿no? ¿No lo eres? Permíteme que lo dude por lo que he visto esta noche. ¿Qué pensabas…? ¿Que el tipo ese quería jugar al parchís contigo? Porque cuando he llegado, le estabas retirando la mano de tu teta y tu cara no era de satisfacción, precisamente. No me jodas, Valeria.

La verdad es que Axel tenía parte de razón en cuanto a que no me estaba sintiendo cómoda al notar cómo Fran buscaba mis pechos y su brusquedad al morder mi cuello. Pero haberlo reconocido en ese momento habría sido mi sentencia de muerte en la discusión con él. Bienvenido, orgullo.

—No me parece justo, Axel. No creo que Fran quisiera hacerme nada. Seguro que cuando le hubiera dicho que quería irme…

—¡Ese tío quiera follarte contra la pared del callejón, Valeria, maldita sea! —me cortó con ímpetu—. No hay que ser muy listo para saberlo. ¡No me hagas decir cosas que no quiero!

Me quedé quieta de repente. No me esperaba esa respuesta. Era como si la borrachera se me hubiera bajado a los tobillos. Él también se impresionó al ver mi reacción y colocó sus manos en la nuca, cerró los ojos y expiró con fuerza.

—Lo siento, Val, no debería de haber sido tan brusco. Perdona. Es que estoy muy enfadado, joder, y el cabreo no me deja pensar con claridad.

—Pero ¿qué he hecho mal? ¡¿Por qué estás tan enfadado conmigo?! ¡Se supone, según tú, que es Fran quien quería sobrepasarse conmigo!

Se quedó en silencio unos segundos hasta que me respondió.

—Val, tú no tienes la culpa de nada. Eso tenlo más que claro, ¿entendido? Estoy más enfadado conmigo que contigo, pero no preguntes… porque no pienso explicártelo en este momento.

Y volvió a coger mi mano para tirar de mí de nuevo con premura.

—¿Por qué? ¿Por qué no quieres explicármelo?

—Ahora, en tu estado, no lo entenderías y yo, en este momento, no tengo la paciencia suficiente como para dar más datos de los que puedo permitirme.

Axel tiraba de mi mano mientras a duras penas conseguía seguirle el paso. Continuaba un poco mareada, aunque por lo menos las ganas de vomitar ya habían cesado. Esta era una de las veces en la vida en que te prometes que no volverás a beber nunca más y la promesa te dura diez minutos.

—No puedo entrar así en casa de mi abuela.

—No voy a dejar que lo hagas, pero no creas que lo hago por ti, lo hago por ella. No quiero que se lleve un mal rato al verte es este estado.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Déjamelo a mí.

Entramos en nuestra calle mientras seguíamos caminando como si fuéramos a batir un record Guinness o algo así. Me empezaba a faltar el aire y no sabía si era por la trompa que llevaba o por la velocidad de nuestros pasos.

Caminamos hasta el final de la calle, justo donde nos esperaba nuestro muro y vi cómo Axel se sentaba a sus pies y apoyaba la espalda sobre la pared al tiempo que miraba al frente con los brazos cruzados. Su respiración estaba igual de agitada que la mía, su pecho subía y bajaba con rapidez.

Lo miré sin saber qué hacer con los brazos en jarra.

Desde luego este chico sabía cómo bajarte el subidón en cuestión de segundos.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—¿Ahora? A esperar a que se te pase —respondió sin mirarme.

—Ah, genial. Esperar. ¿Ese es tu plan? —me quejé.

—¿Se te ocurre alguno mejor? ¿Quieres que llame a casa de tu abuela y le diga que su nieta está como una puta cuba y ha estado a punto de enrollarse con un tío que le intentaba sobar las tetas el triple de borracho que ella en un jodido callejón? —Hostia no verbal en toda la cara—. Te aseguro que egoístamente me facilitaría

mucho las cosas y podría irme a dormir ya, y no quedarme aquí sentado mirando a la nada mientras te baja lo que cojones hayas bebido.

—¡No digas tantas palabrotas! —Mierda de respuesta.

—Cojones.

—¡Axel!

—Cojones, cojones, cojones. ¿Quieres que siga? Me sé muchas más.

—¡Mierda! Es que eres… eres…

Alzó la cabeza y me miró desafiante.

—¿Qué soy, eh, Val? Dime, ¿qué soy?

—¡Eres un verija! —Y me senté a su lado de muy mala gana, con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Un qué? —Se giró para mirarme—. No me jodas, Val. No empieces con tus palabras raras. Te aseguro que mi paciencia tiene un límite.

—No son raras, son palabras igual que las demás.

—Sí, claro, pero que no las recuerda ni quien se las inventó.

Vi de reojo que se sacaba el móvil del bolsillo delantero de su vaquero y tras desbloquearlo empezó a teclear algo. Entre que la borrachera aún no me dejaba enfocar bien y que seguía algo mareada, no conseguí ver qué hacía.

¿Estaría escribiendo a algún ligue? ¿Le estaría mandando un mensaje a la chica con la que se estuviera liando antes de venir en plan guardaespaldas? Seguramente. ¡Pues menudo momento había elegido! Los dos a solas y él tonteando con alguna. Desde luego tenía el don de la oportunidad. Así estaba claro que jamás tendríamos nada juntos, si, estando a solas los dos en mitad de la noche, lo único que se le ocurría era ligar con otra.

—¿Imbécil?

Su pregunta me hizo salir de mis pensamientos en un segundo y lo miré confundida.

—¿Qué?

—¿Me has llamado imbécil? ¿En serio, Val?

Vale, había buscado el significado de verija. «Val, deja de montarte tantas películas en la cabeza que cualquier día te van a dar el Óscar».

—Es que… —Vale, no tenía excusa. Y sí, lo había llamado imbécil.

—¿Es que… qué? —Alzó las cejas, esperando mi respuesta.

—¡Es que me pones de los nervios! —Me levanté haciendo aspavientos mientras él me miraba desde abajo abrazado a sus rodillas.

—Tócate los cojones, ahora soy yo el que te pone nerviosa a ti.

—¡Pues si! ¡Estamos aquí sentados casi a las dos de la mañana porque parece que he cometido un crimen! Solo he bebido, Axel, ¡nada más! ¿Tú no has bebido nunca o qué? ¡Te tengo que recordar que más de una vez te he visto dando tumbos por esta misma calle y en ningún momento te he juzgado!

—No te estoy juzgando, *Green* .

—¡Si lo estás haciendo! —Vaya, me había llamado *Green* de nuevo, eso era que estaba un poco menos enfadado—. Si no, ¡¿por qué me has separado de ese chico como si fuera un delincuente?! ¡Solo estábamos hablando y… conociéndonos!

—Conociéndoos, ya, ¡pues tú le estabas echando para atrás bastante incómoda! ¿Cómo querías que interpretara ese gesto, eh, *Green* ? ¿Cómo?

—¿Es que te molesta que conozca a otros chicos? ¿Es eso? Ax, no eres mi hermano mayor por mucho que mi abuela te obligue a ejercer como tal. Piénsalo.

—No es eso… es que… Joder. —Se frotó la frente, cerrando los ojos—. No lo entiendes, *Green* .

—¿Que no lo entiendo? Pues explícamelo porque me voy a volver loca, Ax. Y esto no es un efecto secundario de la bebida, te lo aseguro. ¡Lo que estaba siendo una noche divertida, mi primera noche saliendo de fiesta con mis amigas y amigos, se ha ido a la mierda por un tío que tenía más ganas que yo de hacer ciertas cosas! ¡Tienes razón! ¡Pero me he asustado mucho al verte allí en plan Geo! Por un momento he pensado que os pegaríais. Te podría haber hecho daño por mi culpa.

No era consciente de que mi respiración estaba tan agitada hasta que dejé de hablar. Una frase más y muero ahogada entre mis propias palabras.

Puse los brazos en jarras, lo mismo así los pulmones se me expandían un poco, y vi cómo se levantaba y se ponía frente a mí con gesto de confusión. ¿Qué coño se le estaba pasando por la cabeza? Era tan jodidamente hermético.

—Ese tío no tenía buenas intenciones —musitó—. Pero cálmate, yo estoy bien. ¿Tú lo estás?

—No lo sé, estoy… estoy nerviosa.

—Tranquila, pequeña.

—¿Cómo estás tan seguro de que ese chico quería…

—¿Follarte? Soy un tío, *Green* . Lo sé y punto.

—Ax, eres como un jeroglífico. Indescifrable. ¿Por qué no me explicas de verdad qué te pasa? Sé que hay algo más, pero no consigo averiguarlo.

—No me hagas hablar más de lo que debería, *Green* , por favor. Te lo pido por favor. Hoy no.

Nos miramos durante unos segundos y, por un momento, se me pasó por la cabeza que esa protección suya hacia mí podría ser por algo más que una amistad, por la manera en que fijaba su mirada en mí, por cómo reaccionaba cuando algún chico se me acercaba. Ojalá fuera una muestra de interés por mí. Pero deseché esa idea cuando recordé cómo tonteaba con las chicas en la plaza antes de desparecer y venir como un vendaval hacia mí para cogerme de la mano hasta donde nos encontrábamos en ese momento.

Cerré los ojos y suspiré, me di cuenta de que la borrachera había bajado algo porque no me mareé tanto. Cuando los abrí, Axel seguía en la misma posición, clavando sus ojos en los míos con una intensidad que hasta me dio miedo que pudiera llegar a provocar en mi corazón algo más fuerte de lo que ya sentía.

Decidí que lo mejor era marcharme; irme a casa sin el miedo a entrar haciendo el pino e ir vomitando por todos los cajones de la casa. Quizá también era lo que necesitaba Axel. Irse a casa y descansar.

Me giré despacio y empecé a caminar tras exhalar un suspiro más largo de lo que imaginaba.

—¿Dónde vas? —susurró.

—A dormir, Axel. —Me volví para mirarlo—. Gracias por protegerme de ese chico, quedarte conmigo y que mi abuela no me viera así. Se lo contaré cuando no corra ningún riesgo de castigo inminente. Tranquilo, le diré que hiciste de poli bueno.

—*Green* , joder… —musitó derrotado con los brazos en jarra—. No me hagas esto.

—Necesito… descansar. —Me toqué la frente—. No te preocupes por mí porque ya me encuentro mejor. Estoy bien, de verdad.

—No te vayas.

—Axel…

—Por favor. Así no. Esto no podemos dejarlo así.

Acercó con lentitud su mano a la mía, aunque la sentí mucho antes de que pudiera tocarme. Su roce me provocó un escalofrió que ascendió por mi espina dorsal.

—Quédate conmigo unos minutos más. Por favor. —Se mostraba como abatido, agotado, y su petición sonó como a suplica —. Ahora soy yo quien te necesita a ti.

Me dio un vuelco el corazón, ¿en qué momento la situación había cambiado tanto como para que ahora fuera él quien necesitara de mi presencia a su lado?

—Está bien —musité.

—Gracias.

Y en silencio nos sentamos esta vez sobre el muro sin riesgo a que me cayera de bruces hacia delante y con nuestras miradas puestas en el infinito.

Tras unos minutos en silencio, que ambos creo que agradecimos para poner un poco de calma en todo ese huracán que habíamos vivido hacia unos segundos, giré la cara y lo miré.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Volvió su cara para posar su mirada sobre la mía.

—Claro, *Green* , ¿cuándo te he dicho yo que no a algo? Y mira que me jode no ser capaz de hacerlo. —Sonrió y lo imité.

—¿Qué sentiste cuando murió tu madre? A ver… En realidad… no quiero sonar entrometida, pero es algo que llevo tiempo queriendo preguntarte.

Axel miró al frente, cogió aire como si las palabras fueran a entrar en su boca a través de ese gesto y finalmente se abrió a mí. Por primera vez.

—Me rompí, *Green* . Como un jodido cristal. En mil pedazos. Sentí que el corazón se me partía en dos e incluso creo que llegué a escuchar su crujido. —Se calló un par de segundos, como si lo estuviera reviviendo—. Como cuando partes una galleta en dos y saltan algunas migas, ¿entiendes? —Asentí y continuó hablando—: Fue desgarrador. De hecho, aún quedan muchas migas dispersas por todas partes y no creo que jamás sea capaz de recogerlas todas.

—No tienes que reunir los añicos tú solo, yo te ayudaré.

Estaba sorprendida ante su confesión. Siempre había querido hacerle esa pregunta, pero me daba tanto miedo a que no la encajara bien o que, directamente, decidiera darme el silencio como respuesta que jamás di el paso.

No sé qué fue lo que me impulsó a atreverme esa noche. Pero

no me arrepentí. Porque, en ese momento, Axel y yo dimos un paso de gigante en nuestra relación. Había conseguido que apartara un poco su escudo para dejarme entrar y hacerme un hueco.

—Lo siento, de verdad que lo siento. A veces, a raíz de lo que te ocurrió, me sorprendo pensando en qué será de mi vida cuando mi madre se vaya. No concibo la vida sin ella. No sobreviviría.

—Lo harías, *Green* , créeme. No te quedaría otra opción. —Me miró con nostalgia—. Lo cual no quiere decir que sea fácil, porque no lo es. No te voy a engañar. A día de hoy, aún no lo es y no lo será nunca. Te deja un vacío que es imposible de llenar en la vida, aunque algunos se empeñen en convencerte de que es ley de vida y otras mierdas como esas. Esa gente no ha perdido a su madre si son capaces de decirte eso. El vacío que deja una madre es jodidamente irremplazable. Y, ¿sabes qué? Quiero que lo sea, quiero decir que no quiero reemplazar ese hueco por ningún otro, no quiero llenarlo. Me niego a hacerlo. Le pertenece a ella, solo a ella, y ahí va a estar para guardar todos los momentos que vivimos juntos.

Sus palabras me pusieron el vello de punta. Salían como un torrente de agua que llevaba contenido mucho tiempo tras un muro. Como si hubiera dejado abrir las compuertas de par en par para dejar que salieran sin ningún tipo de orden ni predisposición. Y me alegré de que por fin diera voz a lo que sentía. El mutismo, en según qué temas, no puede ser bueno; enquistar ciertas situaciones debe de llevarte a enfermar emocionalmente.

—¿Cómo lo llevó tu padre?

Suspiró al aire.

Por un momento me sentí como una fisgona, pero era una conversación que siempre quise tener con él. Nunca hablamos de ella, de lo que sintió cuando la vida de su madre se fue apagando hasta dejar a oscuras su adolescencia. Y él se estaba mostrando receptivo.

—Supongo que hizo lo que pudo. Al final esas cosas se llevan por dentro y yo sabía cómo me sentía, así que podía imaginarme de alguna manera cómo sería perder al amor de tu vida por una puta enfermedad que la fue matando en vida hasta llevársela del todo. Quien dormía con ella todas las noches era él, quiero decir que el lado vacío de la cama debió de ser horrible. Despertarte de madrugada y sentir frío en el lugar de la cama que tantos años había estado ocupado por ella debió de ser jodidamente insufrible. Si te refieres a cómo se comportó conmigo, jamás podré reprocharle

nada, lo hizo lo mejor que pudo. Lo hace lo mejor que puede. Ser viudo tan joven no debió de ser nada fácil, y más con un hijo de trece años que se rebeló ante la vida y ante todos por arrebatarle a su madre demasiado joven. Se fue demasiado pronto, joder.

—No te imaginas cuánto lo siento. Ojalá volver atrás. En su momento, quizá no hice por ti todo lo que podría haber hecho, pero…

—Ey, *Green* , no tienes que darme explicaciones. —Me miró—. Éramos unos niños. Tú tenías once años. No sería justo que te reclamara nada. Sería muy egoísta por mi parte.

—Está bien.

—¿Te puedo dar un consejo?

Asentí.

—Nunca dejes de decir «te quiero» a los tuyos, a la gente que quieres, de estar con ellos siempre que te apetezca. No dejes nada para después porque, cuando decidas hacerlo, puede ser demasiado tarde.

—Tu madre era toda una virago.

Una tímida sonrisa emergió de sus labios.

—¿Virago? Sorpréndeme con el significado de una de tus maravillosas palabras, pequeña.

—Significa que era una mujer fuerte, valiente y guerrera.

Asintió con una sonrisa melancólica en el rostro.

—Tienes razón, lo era. Pero ¿sabes lo que en parte me alivia o, quizá, sea que me autoconvence? Que dejó de sufrir. Sufrió mucho, ¿sabes, *Green* ? La vida fue una hija de puta con ella. No se portó bien y te juro que me hubiera cambiado por ella en tantos momentos, por no decir todos… Hasta hubiera preferido irme yo en vez de ella.

—No digas eso, Ax. Ella no habría querido escucharte decir eso —confesé con los ojos algo empañados.

—Ey, *Green* , no llores. —Retiró una lágrima de mi mejilla con su dedo pulgar—. Ven aquí —susurró.

Y nos fundimos en un abrazo que recordaré toda mi vida. Apoyé mi rostro en su pecho y lloré en silencio.

Lloré por su madre, por él, por mí, por impotencia, por no ser valiente y decirle lo que me hacía sentir cuando estábamos juntos, por no ser correspondida y por sentirme tan bien cobijada entre sus brazos.

AXEL

Esa noche que salíamos todos juntos por primera vez sin carabinas me la había imaginado de todas las maneras menos como terminó. Tanto para bien como para mal.

Era cierto que Eliot y yo íbamos de caza mientras ellas nos prometieran que no se iban a mover de la plaza. Allí no les pasaría nada porque estaban rodeadas de gente y, de esa manera, Eliot y yo podíamos movernos más libremente. Eso sí, debíamos volver todos juntos a casa.

Val jamás me dijo que se refería a mí como su «AP», pero me alegra saber que utilizara ese apodo solo para mí.

Joder, dice que yo era como el buen vino, que mejoraba con los años. El tema era que ella lo hacía por segundos.

Había terminado los estudios el verano anterior y, como no sabía muy bien a qué dedicarme, decidí, tras una conversación con mi padre, que se tornó bastante tensa, tomarme un año sabático en lo que a estudios se refería y me puse en modo búsqueda activa de empleo.

Como me gustaba tanto todo lo relacionado con el deporte en general, decidí orientar la búsqueda hacia ese sector. Con la suerte de que al mes encontré un trabajo a media jornada como instructor en un gimnasio. No era un local enorme, pero bueno, de esta manera pude tener mis ahorros y utilizar el gimnasio y sus instalaciones cuando quisiera sin pagar cuota. Me pareció que era un buen plan. Así que Val tiene razón en cuanto a que estaba más moldeado ese verano debido a mi nuevo trabajo.

Estuvimos en contacto por medio de WhatsApp, mensajes a través de un grupo en el que estábamos los cinco, y de vez en cuando hablábamos en privado de nuestras cosas.

Val habla de la *friendzone* de los cojones, yo no sé quién se inventaría ese término, pero me cago en su puta sombra, porque yo estaba deseando salir de esa zona y entrar en la siguiente para estar con ella a menos de un metro y, a ser posible, con sus labios sobre los míos. Pero la puta edad de los cojones me echaba para atrás. Lo mismo era porque era un tío que no buscaba nada más allá que pasar un buen rato con las chicas. Y Val no era como las chicas con las que me acostaba, o al menos para mí no lo era. Nunca lo fue.

Gilipollas no era, quiero decir que empezaba a ver cómo Val me

miraba, pero os juro que jamás lo interpreté como un sentimiento tan intenso como ella lo describe. No pensé que le molestara tanto verme con otras chicas, si lo hubiera sabido, no lo habría hecho; al menos, no delante de ella.

A día de hoy, aún me enfado conmigo mismo por no haber estado allí cuando aquel cabrón la invitó a irse con él a solas a un puto callejón. Porque no se lo hubiera permitido, no en plan posesivo, sino en el sentido de que un tío tan borracho no se iba a ir con ella a solas. Si quería irse con ella, yo iba en el puto *pack* también.

En el momento en que Eliot y yo llegamos a la plaza y no la vi, se me fue toda la sangre a los pies. Pregunté dónde estaba a Rebeca y me lo confesó con algo de culpabilidad. Y cuando me mostró la ubicación de Val, corrí como alma que lleva el diablo sin ver más allá que mi mala hostia. Pude sentir hasta los ojos inyectados en sangre.

Cuando la encontré y vi a ese tipo con las manos encima de ella y Val intentando apartarlo sin éxito, casi le arranco la puta cabeza. Tuve unas ganas tremendas de darle un puñetazo y una patada en los huevos para que se acordara de mí toda su puta vida. Sin embargo, al ver a Val tan asustada con mi reacción, intenté relajarme en la medida de lo posible y separarla de ese malnacido.

Todavía se me puso chulo el gilipollas, y menos mal que pensé más en Val que en mí porque, si no, habríamos acabado a hostias.

Cuando el tío se fue farfullando chorradas, no se me ocurrió otra cosa que coger a Val de la mano y largarnos de allí. Estaba tan enfadado con ese tío y conmigo mismo por no haber estado más pendiente de ella que necesité aire para no ponerme a dar cabezazos contra la pared.

En ese momento pensé que lo mejor sería irnos a casa, al lugar que nos daría calma y seguridad a los dos, y eso hice. Pero a estas alturas de la historia creo que ya sabéis que no iba a ser tan fácil. Val sacó las uñas y se revolvió contra mí, y me gustó que no se conformase con lo que yo pensaba. Ahí estaba ella para discutírmelo hasta hacerme decir cosas de las que no me sentí orgulloso.

Me jodió que por un momento llegara a pensar que ella tenía la culpa de que ese cabrón le estuviera metiendo mano y ella no quisiera. La culpa es de quien no entiende que el «no» es una negativa. Me ahogo al pensar qué podría haber pasado si Rebeca no

me llega a dar la ubicación y yo no hubiera aparecido a tiempo.

Cuando se enfadó tanto conmigo por decir palabrotas y me llamó «verija», juro que me descojoné por dentro, era tan bonita y tan impulsiva… pero me contuve para guardar las apariencias y que advirtiera que estaba molesto.

Mira que pensar que chateaba con otra cuando, en realidad, estaba buscando el significado de esa palabra...

Fue nuestra primera discusión y, en ese momento, no sé si lo estábamos haciendo como amigos o ya como algo más. En mi opinión, traspasamos la frontera de la *friendzone* de los cojones, pero ninguno quisimos darnos cuenta.

Puede que nos conviniera no hacerlo.

Y os prometo que estuve a punto de mandar todo a la mierda y confesarle que me gustaba, que sentía algo por ella y que me jodía que no estuviéramos juntos por ser un puto cobarde.

Me sentí tan jodidamente vulnerable que cuando vi que se marchaba casi me da algo, la vi con una actitud tan derrotada que no quise que eso se quedara así. Le rogué que se quedara y lo hizo. Me habría arrodillado si hubiera sido necesario. Se quedó, y no solo eso, sino que con su pregunta sobre lo de mi madre me hizo soltar por la boca todo lo que no había sido capaz de decir desde que ocurrió. Ni con mi padre ni con mis amigos.

Me sentó tan jodidamente bien soltarlo, abrigué tanta paz según iba vomitando todo lo que llevaba dentro, que sabía que en ese momento algo nos unió aún más.

8
JAZBA

(Fuerte deseo o pasión)

Cuando yo tenía diecisiete y él, diecinueve (PARTE I)

Era mi cumpleaños y, como todos los años, mi madre había acudido al pueblo para que las tres sopláramos las velas. Como era tradición. Velas y deseo.

Junto con nosotras, vinieron a tomarse un café Sara, Rebeca, Eliot y Axel. Desde que había cumplido siete años siempre eran los mismos quienes nos acompañaban en mi gran día. Me hacía muy feliz que se hubieran unido a la tradición de celebrar mi cumpleaños en el pueblo. Se había convertido en costumbre que ellos también asistieran, y no os imagináis lo agradecida que estaba a mi abuela por haber propiciado aquel encuentro cuando cumplí siete años. Llevábamos diez años celebrándolo juntos, salvo el año que falleció la madre de Axel, que él no estuvo y su ausencia fue tremendamente sentida.

Nada más soplar las velas, comenzó el reparto de regalos. Y la primera fue mi abuela. Envuelto en un papel de Disney (sí, a mi abuela le encantaban las princesas), se escondía un bikini de triángulo en color malva que me fascinó y no dudé en probármelo para que todos me lo vieran puesto. Y no es por nada, pero me estaba perfecto, había escogido la talla indicaba, aunque estaba segura de que mi madre había tenido algo que ver en eso.

Después le tocó el turno a mi madre, que me entregó una cajita de color azul eléctrico adornada con un pomposo lazo de color rojo. Lo abrí entre intrigada y nerviosa, porque mi madre solía sorprenderme bastante con sus regalos, y después de lo del monopatín me esperaba cualquier cosa.

Joder, qué injusta fui con eso.

Cuando deshice el nudo y abrí la tapa de la caja casi se me cae del susto. ¡Un móvil! ¡Un móvil nuevo! El año anterior había heredado una castaña de teléfono que una compañera de trabajo de mi madre iba a tirar. Que oye, estuvo muy bien que me lo diera, pero aparte de que el cristal de la pantalla estaba medio rajado y la capacidad del teléfono dejaba bastante que desear, mi madre se

escudaba en que con que recibiera llamadas y pudiera hacerlas era más que suficiente. Lo que viene siendo poder controlarme en cualquier momento mientras salía con mis amigas.

Pero por fin los astros se habían alineado y mi madre me regalaba un móvil que me permitiría poder tirar el ladrillo con el que la avisaba de que llegaría diez minutos tarde, y que siempre se convertían en quince o veinte.

Tras casi asfixiarla por el apretado abrazo que le regalé, fueron mis amigos los que me entregaron su regalo.

¡Todos se juntaron para comprarme unas Converse verdes! Iguales que las que me regaló mi abuela cuando era pequeña y adornamos con margaritas. No os imagináis la ilusión que me hizo porque fue como revivir ese momento de mi infancia con unos cuantos años más. Creo que hasta mi abuela se emocionó. Un par de libros que tenía ganas de leer (y vuelvo a repetir que seguro que mi madre les dijo) completaban su regalo.

Cumplía diecisiete. Estaba superemocionada porque el siguiente año por fin sería mayor de edad y adulta a efectos de la sociedad. Aunque, en realidad, no pensaba que fuese a cambiar mucho la cosa.

Ax y yo fuimos uña y carne desde que llegamos al pueblo, habíamos desarrollado una amistad tan profunda y, en ocasiones, tan difícil de interpretar, incluso para nosotros mismos, que era difícil vernos separados durante el tiempo que permanecíamos allí. Éramos como una mezcla de Zipi y Zape y Bonnie and Clide, que disfrutaba haciéndose gamberradas el uno al otro, para después reír hasta caer desfallecidos. Teníamos una complicidad brutal, solo con mirarnos ya sabíamos qué estábamos pensando y eso facilitaba que nos puteáramos más. Pero siempre desde el cariño, la broma, el juego. Desde el verano anterior, a partir de la noche en que me confesó cómo se sentía tras el fallecimiento de su madre, algo cambió entre nosotros. Fue como un clic que nos hizo dar un paso más y coger una confianza que nunca habíamos tenido. Desde ese momento, nos volvimos inseparables el tiempo que pasábamos en el pueblo.

Sin embargo, cada uno tenía sus líos con otras personas. Yo, desde principios de verano, de vez en cuando me enrollaba con Adrián, el chaval de la calle de al lado que conocí aquella noche en la cena del barrio y con el que casi me beso en el juego de la botella. Con él pasaba buenos ratos y poco más. De hecho, nunca

nos habíamos acostado. En realidad, nunca me había acostado con nadie. Ninguna persona me había hecho sentir lo suficientemente segura en la intimidad como para dejarme llevar hasta ese punto.

Tras tomarnos la tarta en casa de mi abuela (de chocolate, por supuesto), fuimos a darnos unos baños al pantano. A Eliot y Axel se les ocurrió la gran idea de llevar unas cuantas latas de cerveza y un pequeño altavoz para conectarlo al móvil y poner música. Y cuando digo *gran idea,* lo digo con conocimiento de causa, porque ahí fue cuando Axel y yo dimos nuestro pistoletazo de salida sin apenas darnos cuenta. En ese momento, no fuimos conscientes de que empezamos a dar rienda suelta a nuestro inconsciente. Un subconsciente que nos pedía a gritos que diéramos el paso, pero nos negábamos a escuchar… hasta esa tarde.

Nada más llegar corrimos a meternos en el agua, hacía bastante calor y agradecimos su frescor. Me sumergí para empaparme el pelo y tras un par de brazadas sentí que algo me rozaba la mano. La aparté enseguida con miedo a no saber qué había tocado y, al salir del agua, me encontré con Axel a mi lado con una sonrisa ladeada.

—Ven, acompáñame. —Y volvió a cogerme la mano para tirar de mí.

Estaba espectacular totalmente mojado. Y la vista desde atrás mientras Axel me dirigía hacia fuera del agua era para volverse loca. Qué culo, madre mía. El bañador se le pegaba al cuerpo y creo que empecé hasta a sudar con semejante panorama ante mis ojos. Los músculos de los brazos y la espalda se marcaban según caminaba y me mordí el labio inferior por no lanzarme y morderle a él directamente.

—¿Ocurre algo? —pregunté sin soltarme de su agarre.

—Nada, *Green* . Tranquila —respondió, volviendo su cabeza y regalándome un guiño que repercutió directamente en mis partes bajas.

Cuando llegamos a la orilla, se dirigió hacia su mochila, soltó mi mano y se agachó para abrir la cremallera y buscar algo en su interior. Sacó una bolsa de papel de una conocida marca deportiva y, tras levantarse y apartarse un mechón de pelo rebelde y húmedo de la frente, que me pareció de los gestos más sexis que había visto en toda mi vida, me la tendió con una sonrisa.

—Feliz cumpleaños —dijo mientras me la entregaba.

—Pero… si ya me habéis hecho un regalo antes. Un regalazo, la verdad —respondí algo confusa.

—Lo sé, pero este es un regalo para los dos. Para ti y para mí.

—¿Para los dos? Es un vacile de los tuyos, ¿verdad?

—¿Qué? ¡No! —Se rio, alzando la barbilla—. Para una vez que voy en serio. Venga va, ábrelo y deja de hacer tantas preguntas.

—Está bien, está bien. Es que cuando se trata de ti, no me fío ni de mi sombra.

Agarré la bolsa por el asa y lo abrí. Dentro había dos gorras negras con algo grabado en color blanco en la parte delantera.

—¿Dos gorras? —pregunté, mirándolo entre nerviosa y emocionada.

Respondió a mi incredulidad con su fantástica sonrisa y un alzamiento de cejas que casi me hace babear. No. Mentira. Babeé seguro. Saqué la primera y la giré para ver con claridad el grabado.

—*Queen* —susurré.

—*Queen* , sí, me alegra que sepas leer, pequeña. —Me dedicó un guiño—. Coge la otra.

Me sujetó la primera gorra para dejarme la mano libre y sacar la otra. Repetí el mismo proceso de antes y no pude evitar una carcajada al ver lo que ponía.

—¿*King* ?

—Esa es la mía —respondió, al cogerla para ponérsela en la cabeza—. Espera, que ahora me toca coronarte. —Y se acercó con lentitud hacia mí para colocarme la que tenía grabada la palabra *Queen* .

Se tomó su tiempo para ponérmela, y si no fuera porque era muy escéptica a que Axel pudiera sentir algo por mí, hubiera pensado que se tomó más tiempo del necesario para colocármela. Tenerlo tan cerca me aceleró el corazón, y es que tenerlo delante, a tan pocos centímetros y encima medio desnudo, no dejaba indiferente a cualquiera.

—Hecho —dijo satisfecho, para después posar su mirada en la mía—. Feliz cumpleaños, mi reina.

¿*Mi reina* ? Joder, os juro que casi me lanzo sobre él y me lo tiro ahí mismo, delante de nuestros amigos, sin ningún remordimiento. Una no era de piedra…

—Gracias, mi rey. —Le recoloqué la suya con la visera hacia atrás a sabiendas que me estaba acercando demasiado—. Me encanta, de verdad. Por un momento me ha dado miedo lo que pudiera haber en esa bolsa de papel.

—¿Tan cabrón soy, *Green* ? Joder, para una vez que tengo un

detalle bonito con una chica… —Sonrió.

No me pasó por alto esa frase. No dijo «un detalle bonito con una amiga», dijo con una *chica* . Eso me gustó, venía a reflejar que, aparte de como una amiga, la imagen de mí como mujer también estaba en su cabeza.

—A ver, que me encanta. En serio. —Coloque mis manos en su pecho—. No te enfades.

—Para que yo me enfade contigo tienes que hacerme algo muy gordo, pequeña, y mira que me jode. Me encantaría poder enfadarme contigo con más facilidad. Pero me lo pones muy difícil, *Green* . Te has ganado un huequito aquí. —Señaló su pecho, colocando su mano sobre una de las mías—. ¿Sabes lo que pensé cuando las vi?

En ese instante yo estaba a punto del infarto y mi cabeza no daba para pensar más allá de sumar dos más dos; nunca habíamos estado tan cerca, tocándonos y con tan poca ropa entre nosotros.

—Sorpréndeme.

—Que era un detalle que describía muy bien lo que somos.

—¿Y qué somos, Ax? —Esa pregunta salió de mi boca sin valorar antes si la respuesta sería lo que yo quería escuchar.

—Somos un equipo. Siento que juntos somos más valientes, *Green* , más fuertes, más auténticos… más nosotros. Ojalá sea así siempre. Cuando las vi en el escaparate de la tienda no dudé ni un momento en que tenía que regalárnoslas. Es como una manera simbólica de demostrarte que yo no soy rey sin mi reina cerca.

Parada cardiorespiratoria en tres, dos, uno…

Me quedé tan sorprendida, tan nerviosa y reconozco que tan excitada, que no supe ni qué responder, así que Axel, experto en quitarle hierro al asunto, se agachó con rapidez para cogerme en brazos por sorpresa y llevarme de nuevo a la orilla, corriendo, riéndose, yo gritando que me bajara y ambos con las gorras puestas.

De una carrera nos sumergió a los dos en el agua y sentí frío cuando me soltó y no solo en el cuerpo. Creo que hasta mi corazón se quejó por la repentina distancia. Emergimos los dos prácticamente a la vez y lo hicimos muy cerca uno del otro, quizá demasiado para lo que nuestros cuerpos y nuestros sentimientos eran capaces de soportar. Nos quedamos a escasos centímetros, y nuestras miradas se enlazaron en un baile de sentimientos, nervios y deseo. Jamás nos habíamos mirado así. Ambos respirábamos algo alterados y ninguno nos movíamos del sitio, como si nos hubieran

clavado al suelo de manera imaginaria y no pudiéramos escapar. El tema es que ninguno quería hacerlo. Ninguno quería huir.

Sentí cómo una de las manos de Axel buscaba una de las mías bajo el agua hasta llegar a enlazarlas. Me pregunté qué estaba pasando. Qué nos estaba pasando. Me ascendió una excitación por el cuerpo que creo que hasta subió un par de grados el agua. Axel tragó saliva y su nuez dibujó un camino que me hizo cambiar la dirección de mi mirada hacia ese movimiento tan sexual. Sentimos *jazba* .

¿Íbamos a besarnos? ¿Era solo yo la que sentía que eso iba a pasar? ¿Que mis sueños se iban a ver cumplidos después de tantos años? Axel me miraba con tanta intensidad que era difícil gestionar esa situación sin sentir que se nos iba a ir de las manos en pocos segundos.

Axel se humedeció los labios y, por instinto, yo hice lo mismo, provocando que él desviara su mirada hacia ellos. Y muy lentamente, casi de manera agónica, percibí un ligero movimiento de su cuerpo hacia mí.

Iba a besarme.

Nos íbamos a besar.

Iba a suceder.

—¡Val! ¡Te llaman al móvil! —gritó Sara desde la orilla.

Sus palabras nos expulsaron del micromundo que habíamos creado juntos como si hubiera habido una explosión y nos hubiera lanzado a kilómetros de donde estábamos.

Nuestras manos se soltaron como si nos quemaran, dimos un par de pasos hacia atrás como si fuéramos dos imanes que, de repente, se repelían y perdimos el contacto visual al girarnos sobresaltados por la interrupción.

Juro que quería mucho a Sara, pero ¡en ese momento casi la mato! ¡Íbamos a besarnos! Axel, mi primer amor desde muy pequeña, ¡iba a besarme! ¡Y no un beso como el del día del juego de la botella! Iba a ser un beso de verdad, lo presentía.

—Tengo que… —dije a Axel, señalando la orilla, aún aturdida.

—Eh… sí. Ve, ve —respondió, tocándose la nuca con cierto nerviosismo sin saber dónde mirar.

—Yo… voy a…

—Creo que voy a nadar un poco. Salgo enseguida. ¿Te importa?

—No, no, tranquilo.

Y salí casi a punto de darme algo. Era la primera vez que había

visto a Axel tan descolocado, sin esa seguridad tan aplastante que te hacía sentir que todo iba a ir bien.

El resto de la tarde fue rara, toda una declaración de intenciones, no parábamos de dedicarnos miradas furtivas que escondían un ¿qué ha pasado en el agua? ¿Qué ha sido eso que nos ha dejado tan perturbados?

Brindamos con las cervezas por mi cumpleaños y, un par de horas después, se unieron a la fiesta Adrián, Rober (el rollo de Sara) y las mellizas, Sol y Luna. Por lo visto, Sara había quedado allí con Rober y el resto se había apuntado voluntariamente.

No me pasó desapercibida la cara que puso Axel al ver llegar a Adrián y que se acercara a felicitarme con tanta efusividad, beso en la boca incluido.

Me sentí superincómoda, porque era más que evidente que sentía algo muy fuerte por Axel, me gustaba muchísimo, demasiado, y lo que tenía con Adrián estaba a años luz de lo que Axel me hacía sentir con solo tenerlo cerca.

Trajeron unas cuantas litronas de cerveza que, definitivamente, animaron la fiesta hasta límites insospechados, como por ejemplo ver demasiado «cómplices» a Beca y Eliot. Una pareja que nunca había mostrado que se gustaran, pero que esa tarde su lenguaje no verbal dijo todo lo contrario.

Una de las veces, salí del agua mientras todos disfrutaban de un baño para indagar con mi nuevo móvil, ya que no había tenido tiempo de hacerlo. Me habían llegado muchos mensajes de amigas y amigos de Madrid, y alguna llamada perdida de mis tías.

Decidí que las llamaría después, porque las tres cervezas que me había bebido no iban a ser buenas compañeras de conversación. Con seguridad acabarían llamando a mi madre para decirle que su hija había empezado los diecisiete años a lo grande, y eso que no sabían lo que había ocurrido con Axel hacía un rato.

—Veo que sigues con la gorra —escuché a mi lado.

Axel había salido también del agua y estaba de pie, empapado, a mi lado.

—Me protege del sol. Para eso sirven las gorras, ¿no?

—Así es. ¿Puedo? —preguntó, señalando el hueco que quedaba en mi toalla.

—Claro, siéntate.

Se colocó junto a mí, flexionó las rodillas y se abrazó a ellas mientras miraba al frente.

—No sabía que tu novio vendría esta tarde —atacó.

—No es mi novio. Sabes que Adrián no lo es.

—Te ha felicitado muy efusivo. Por eso pensé que…

—Déjalo, Ax. Me he tomado tres cervezas y no estoy para dar muchas explicaciones.

—No tienes que dármelas, *Green* . Era solo un pensamiento en alto.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Somos amigos, ¿verdad?

—Claro que lo somos, pequeña.

Y sin pensarlo me acerqué a abrazarlo.

—Gracias por la gorra, me ha encantado, de verdad. —Apoyé mi cabeza en su pecho desnudo y algo húmedo aún—. Me alegra saber que soy tu reina.

En principio creo que mi cercanía lo pilló por sorpresa, pero no se retiró, al contrario, me abrazó con fuerza colocando una mano en mi espalda y la otra acariciándome el pelo.

Mi primera reacción al sentir sus caricias fue cerrar los ojos y suspirar en silencio. Me sentía tan a gusto, tan calmada, tan en paz, que me hubiera quedado a vivir perfectamente entre sus brazos.

Era la situación perfecta, mi cumpleaños, con Axel, abrazados, y con mis amigos celebrando una divertida fiesta. Bueno, y lo cariñosa que me hacía ponerme el alcohol cuando me tomaba un par de cervezas (aunque llevaba tres).

A cada uno le sienta de una manera el alcohol cuando bebe, hay gente que le da sueño, a otros les pone impetuosos, y a mí me ponía cariñosa. Fíjate tú por dónde. Y en ese momento me encontraba pegada como una lapa al cuerpo de Ax, que por lo que veía, tampoco tenía mucha intención de separarse.

—Ey, pequeña, ¿estás bien? —susurró.

¿Que si estaba bien? En el jodido paraíso.

—Mmm… sí. ¿Por? —respondí sin ni siquiera abrir los ojos y con una sonrisa bobalicona en los labios.

—Porque hemos bebido y no sé si estas mareada o algo.

—Estoy genial. En serio. No podría estar mejor, Ax. —Sentí cómo me retiraba la gorra con delicadeza y depositaba un beso en mi cabeza—. Y tú —pregunté en un susurro—, ¿estás bien?

—Estoy jodidamente perfecto. —Se tomó unos segundos para continuar hablando—: Pero tal y como me está mirando Adrián,

temo por la integridad de mis pelotas. Creo que va a venir a pateármelas.

En ese momento me separé de él y me empecé a reír. Busqué con la mirada a Adrián, y en efecto, aunque estaba en el agua con los demás, no dejaba de mirarnos y su gesto no era precisamente de alegría.

—No digas tonterías, Ax. No tengo que dar ninguna explicación a Adrián de nada. No somos nada.

—¿Y eso lo sabe él? Porque me da que no le ha quedado muy claro.

—Hablado entre nosotros está. Otra cosa es que lo acepte. Enrollarse un par de veces en un verano no da derecho a nada si uno de los dos no quiere. —Me coloqué de nuevo la gorra mientras hablaba.

—Me encantas, joder.

—¿Qué? —Sonreí al escucharlo.

—Que me alucina que lo tengas todo tan claro, es algo que me fascina de tu forma de ser, de entre todas las cosas que me gustan de ti.

Me enderecé orgullosa de escuchar sus palabras.

—¿Así que te gustan muchas cosas de mí? Mmm… no lo digas otra vez que al final me lo creo.

—No creo que necesites que venga yo a subirte el ego, te lo subes tu solita estupendamente, pero tranquila, que me lo callaré todo para que no se te suba a la cabeza y te vuelvas insoportable. —Me regaló un guiño.

—¿Sabes? —me acerqué a susurrarle al oído—, a mí también me gustan muchísimas cosas de ti, pero no se lo digas a nadie, es un secreto.

Y me separé de él con mi dedo índice sobre mis labios pronunciando un «sssshhh» mientras lo miraba directamente a los ojos de manera sensual y me levantaba, dejándolo con la palabra en la boca.

Como media hora después, nos marchamos a cenar a nuestras casas, me bebí un par de Coca-Colas a ver si me bajaba el efecto «cariñoso» de las cervezas y no aparecer tan achispada en casa de mi abuela.

Cuando llegué, mi madre cenó con nosotras y después se marchó, pues a la mañana siguiente tenía que trabajar. Y aunque no me dijo nada, era más que evidente que se había dado cuenta de

que estaba algo tocada.

Me preparé para salir, unos *shorts* vaqueros desgastados y una camiseta negra lencera de tirante fino. De calzado decidí que las Converse que me habían regalado serían estupendas para poder bailar en la discoteca del pueblo y no ir incómoda con zapato alto. Decidí dejarme el pelo suelto y me maquillé de manera suave, no me gustaba ir muy emperifollada.

AXEL

El año en que Val cumplió los diecisiete se nos fue la puta olla del todo. La situación se nos fue de las manos.

Si alguien me hubiera dicho que ese día ambos daríamos rienda suelta a lo que llevábamos sintiendo tanto tiempo, no me lo hubiera creído.

Porque era muy escéptico a que eso pudiera suceder. Por la típica gilipollez que todos los amigos piensan que va a ocurrir si traspasan la jodida línea de la amistad. Que todo se va a ir a la mierda y que nunca volverían a tener lo que tenían antes. Y aunque me muriera por besarla y tocarla, y todo lo que se os pueda pasar por la cabeza cuando deseas a alguien, Val era, en principio, intocable para mí.

Pero es que, durante ese año, nos habíamos hecho jodidamente inseparables y eso, por mal que me pesara, me había hecho ser consciente de que me gustaba cada día más.

Desde que llegamos al pueblo me moría por verla cada puto segundo del día. Pensaba en ella antes de dormir y me despertaba con su imagen en mi cabeza. Y sí, cuando digo que me dormía pensando en ella, podéis pensar mal, porque en más de una ocasión me había tocado pensando en ella. Había sacado brillo al sable mientras fantaseaba con poder tenerla entre mis brazos.

Y eso aumentaba considerablemente mi deseo de estar con ella.

Tiene razón en cuanto a que mi confesión aquella noche, en relación al fallecimiento de mi madre, fue un punto de inflexión en nuestra relación. Dejamos de vernos como amigos para vernos como cómplices, y eso no lo había tenido nunca con nadie.

Probablemente mi hermetismo influyó en que esa complicidad no se hubiera desarrollado antes, pero ella supo estar ahí todo el tiempo para cavar y cavar hasta encontrar una grieta por donde colarse. Lo que no presagié fue que se colaría hasta el jodido fondo.

Cuando se probó el bikini que su abuela le había regalado casi me da un puto infarto. Eso no debería ser legal, no me jodas. Le quedaba como un jodido guante y, por un momento, temí empalmarme y tener que salir corriendo con una burda excusa para que nadie notara el jodido bulto en mis pantalones.

Nosotros le habíamos cogido unas zapatillas y un par de libros. Sabíamos que las zapatillas le iban a hacer ilusión por aquel

recuerdo con su abuela y su madre, y los libros, en fin, regalar libros a Val era una apuesta segura.

Pero cuando pasé por delante de aquel escaparate y vi las dos gorras, no pude evitar entrar y pillarlas. Eran para nosotros. Eran nosotros. De alguna manera que no logro explicar, nos definían.

Una vez las compré, y tras la enajenación mental transitoria de adquirirlas en un impulso de los míos, me pregunte qué habría pasado si ella no lo hubiera entendido como yo, o me hubiera visto como un jodido loco que ve cosas donde no las hay. Sin embargo, aun así, quise regalársela. Pero a solas, eso sí. Lo tenía claro. Si ya me costó dárselas a ella, imaginaos si tengo que dar explicaciones a todos nuestros amigos y aguantar sus bromitas.

No sé ni cómo me salió la declaración que le hice cuando le entregué la gorra y me preguntó qué éramos. Y claro, me lo dijo así, con esa carita, las manos en mi pecho, y tanta cercanía que por poco le como la boca como respuesta a su pregunta. Habría sido mucho más explícito, y quien me conoce sabe que no soy muy bueno con las palabras. Sin embargo, creo que me defendí bien, y por lo que ella os ha contado, a ella también le gustó. Y mucho.

Lo del agua ya fue otro tema. Una puta locura. Nos atrajimos como dos putos imanes y casi nos besamos si Sara no nos llega a interrumpir.

Casi fue. Casi fuimos.

Cuando llegué a cenar a casa de mi abuela, estaba jodidamente desconcertado. ¿Qué cojones había pasado allí? ¿Cómo nos habíamos desinhibido tanto los dos? Porque yo reconozco que la perseguí. Que la busqué en todo momento, pero es que ella estaba también muy receptiva. Y aunque como dos putos cobardes le echáramos parte de culpa al jodido alcohol, ambos sabíamos que lo utilizábamos como una excusa perfecta para intentar dar sentido a lo que estábamos haciendo. Pero no éramos gilipollas, con la mirada ya nos habíamos besado tantas veces que ahora tocaba hacerlo de verdad.

Os prometo que, en el lago, al principio, no tenía ninguna intención de ir más allá, es decir, que me moría por besarla, pero sabía que ese no era el lugar donde quería hacerlo. Prefería un lugar a solas, no con todos nuestros amigos como público fiel. Sin embargo, después de regalarle la gorra, cogerla en brazos y sumergirnos en el agua, todo cambió. Se me fue la puta olla.

Tener sus labios tan cerca de los míos me tuvo al borde del

infarto. Me empalmé como un jodido niñato y, tras la interrupción de nuestra amiga, tuve que nadar un rato para que «eso» se me bajara. Joder lo que costó. Pero es que la deseaba tanto que la reacción física era evidente que tarde o temprano tendría que ocurrir.

Y la edad ya no era un puto problema, eso estaba claro. Éramos mayorcitos ya para pensar en follar y no tener cargo de conciencia.

Nada más salir del agua tuve que beberme un par de cervezas para calmar el calentón y ubicarme un poco porque, hostia puta, salí tremendamente aturdido. A ver quién se recuperaba de semejante choque de titanes.

Cuando la vi sola en su toalla, mirando su móvil, tuve que salir a verla como un jodido yonki que vuelve a por su droga. Tres cervezas en el cuerpo me acompañaban, y por eso fui tan gilipollas de decirle lo que le dije respecto a Adrián. Me jodió muchísimo ver que aparecía en el lago y me salió el cromañón que llevaba dentro. Pero ella supo bandear la situación de manera extraordinaria, sin alterarse lo más mínimo, hasta terminar apoyada sobre mi hombro y yo acariciando su pelo. Joder, es que era tan fácil estar con ella… Lo hacía todo tan sencillo… Jamás me había sentido tan bien con una chica. Y eso me asustó. Porque ella no era cualquier chica. Era *Green* . Mi *Green* .

Y cuando ya me susurró que le gustaban muchas cosas de mí y se fue lanzándome esta mirada llena de intenciones, temí por mi jodido juicio. La cosa iba más en serio de lo que parecía, y ella acaba de lanzarme un órdago de cojones.

Pero claro, la cosa no termino ahí...

9
JAZBA

(Fuerte deseo o pasión)

Cuando yo tenía diecisiete años y él, diecinueve (PARTE II)

Quedamos todos en el muro a las diez para ir a tomarnos algo a una terraza antes de ir a la discoteca del pueblo. Lo bueno era que habían habilitado una zona del local al aire libre porque dentro hacia muchísimo calor en esa época del año.

Estaba bastante nerviosa ante el inminente encuentro con Axel después de lo que había pasado en el lago. La manera en la que ambos nos habíamos mirado era demasiado elocuente como para tener alguna duda de lo que podría haber sucedido si Sara no nos hubiera interrumpido. Por no hablar de cuando vino a verme mientras yo manipulaba el móvil y terminé sobre su pecho, al tiempo que el hundía con delicadeza sus dedos en mi pelo, regalándome un suave masaje que me llevó al embelesamiento.

Cuando me reuní con mis amigos, Axel llevaba una camiseta negra básica y unos vaqueros claros. Madre mía, es que estaba tan bueno que hasta empecé a salivar de manera inconsciente. Y encima me recibió con esa sonrisa, que creo que hasta pudo palpar mi vergüenza.

Él sabía manejar perfectamente sus acciones y sus reacciones, al menos las que estaban relacionadas con lo sentimental y amoroso. No era fácil pillarle en un renuncio. Tenía perfectamente estudiados sus movimientos y era consciente de los que le hacían parecer aún más seductor. No tenía ninguna dificultad en conquistar a la chica que quería. Su físico y su facilidad de palabra le proporcionaban muchos puntos a favor. Pero lo que llevábamos de época estival, no le había visto con ninguna chica. O había sido muy cauteloso y escurridizo o ese verano estuvo muy tranquilo en ese terreno.

Solíamos irnos al pueblo casi todas las noches a tomar algo, simplemente a pasear o a sentarnos en cualquier lugar con unos refrescos y unas pipas.

Daba igual el dónde. Lo importante era el con quién.

Esa noche elegimos una de las terrazas cuyo dueño era amigo de Axel. Un chaval algo mayor que él y que el pasado verano se había lanzado a montar un bar para abrirlo exclusivamente en

época estival. Marcos se lo había preparado bien, y por lo que Axel nos había contado, su amigo estaba muy contento con el resultado y con los beneficios que empezaba a recibir después de la inversión inicial.

¿El único pero que le ponía al local? Una de sus camareras. Una tal Camila que había tenido más que palabras con mi mejor amigo, y no precisamente de las malas. Es más, debían de haber sido muy buenas por las sonrisitas que ella le dedicaba cada vez que lo veía. Se habían enrollado en más de una ocasión. Y claro, cada vez que íbamos a tomar algo allí, a ella los ojos le hacían chiribitas, y no me extrañaba.

Esa noche no fue diferente. Camila salió a tomarnos nota y al ver a Axel se le puso una sonrisa de oreja de oreja en el rostro, casi tan amplia como el tamaño de su escote. Y a mí, se me borró la mía de inmediato.

Pero claro, entre mi amigo y yo no había nada, cada uno podíamos hacer lo que quisiéramos, no nos debíamos ninguna explicación. Sin embargo, me revolvía por dentro cada vez que ella se acercaba a él. Estábamos de acuerdo en que él y yo no estábamos obligados a dar explicaciones de ningún tipo sobre nuestros líos amorosos, pero yo podía ponerme celosa con total libertad, ¿no?

Cuando terminamos nuestras consumiciones, que fueron un par de copas, vi que Camila se acercaba a Axel y le susurraba algo al oído que provocó una amplia sonrisa en su rostro. Y me escoció. Ufff, vaya si lo hizo. Esa complicidad que vi entre ellos me dolió. Y no porque culpara a ninguno de los dos por lo que pensaba que sentían, sino porque me enfadaba conmigo misma por no ser lo suficientemente valiente como para decirle a las claras lo que sentía por él.

Ya no tenía catorce años, el tema de la edad ya no era un impedimento. No era una cría que soñaba con que su príncipe azul le declarara su amor a lomos de un caballo blanco. Era una adolescente que fantaseaba con tirarse a su mejor amigo en todas las posturas posibles. Fijaos cómo había cambiado el cuento.

Tras dejar el *pub* , nos fuimos camino de la discoteca entre risas y bromas. Sara me decía que con ese top lencero Adrián se iba a volver loco, y Beca secundaba su opinión añadiendo que el inicio de mis diecisiete iba a ser apoteósico. Vaya si lo iba a ser.

Yo las abordé con indirectas sobre Eliot y Beca, y al ver que amiga se ponía tan colorada que temí por si sus mejillas explotaban,

lo tuve claro. Aquí había algo que nadie me había contado.

Axel y Eliot iban detrás, pero sordos no estaban, y en el fondo agradecí que Axel escuchara lo que ellas me decían para ver si eso le hacía reaccionar después de lo que habíamos experimentado en el lago esa misma tarde.

Ya en la discoteca, mis amigas y yo nos pusimos a bailar como locas, estábamos totalmente desinhibidas. Ese día estaba siendo perfecto.

Por los altavoces empezó a sonar *Perfect,* de Conkarah, y vi de lejos acercarse a Adrián con una seductora sonrisa, pero en ese mismo momento sentí que alguien me agarraba por la cintura, haciéndome girar hasta juntar nuestros pechos y quedar a escasos centímetros de su boca.

Axel.

Me envolvió con un brazo hasta quedar tan pegados que era difícil distinguir dónde terminaba su respiración y dónde comenzaba la mía. Acomodé mis manos sobre su pecho y sonreí al tiempo que noté cómo empezaba a mecer sus caderas al ritmo suave de la música.

—No sabía que te gustara bailar.

—Y no me gusta —respondió con una sonrisa canalla.

—¿Entonces?

—Adrián se va a volver loco con ese top lencero —parafraseó a Sara.

—Vaya, por lo que veo tienes buen oído.

—Solo cuando le pongo interés.

—Camila también se va a volver loca con el culo que te hacen esos pantalones —confesé entre coqueta y desinhibida.

¿En serio había dicho eso? Madre mía, que alguien me quite la copa que tengo en la mano antes de que sea demasiado tarde y me lance a su boca como un cazador a su presa.

Su carcajada rebotó en mi cabeza como un sonido celestial.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—Ella lo cree, estoy segura.

—Me importa más lo que pienses tú —susurró en mi oído con voz ronca.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber desde cuándo?

—Desde hace más tiempo del que puedas imaginarte.

—Estás borracho.

—No lo suficiente.

Cada vez estábamos más juntos, ambos llevábamos un par de copas de más y parecía que el alcohol nos había dado el pistoletazo de salida para soltar por la boca y sin filtro todo lo que pensábamos en ese momento. Sin censuras. Sin vergüenza. Sin pensar en las consecuencias que pudieran tener nuestras palabras.

Fue otra forma de vomitar sin terminar con mal aliento.

—¿Te vas a ir con ella esta noche?

—¿Con Camila?

—¿Con quién si no?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Los susurros en tu oído y vuestra complicidad me han dado alguna pequeña pista.

Lanzó una sonrisa ahogada al tiempo que me dedicaba una mirada canalla.

—Eso no es complicidad, *Green* . No te equivoques. Cómplices somos tu y yo. Lo que ella y yo tenemos te aseguro que no tiene nada que ver con lo nuestro.

—¿*Lo nuestro* ?

—Eso he dicho.

—¿Y qué diferencia hay?

Se mordió el labio inferior al tiempo que daba forma a sus pensamientos y yo casi muero ahogada entre mis babas.

—Permíteme que eso me lo guarde para mí, *Green* . —Achicó los ojos.

—Hermético. Como siempre.

—Solo con lo que creo que puede volverse en mi contra.

—Suéltalo.

—¿Qué me darás a cambio? —Sonrió con de manera lobuna.

—¿Qué quieres?

A la mierda, cuesta abajo y sin frenos.

—Uy, no tientes a la suerte, *Green* . Puede que no quieras cumplir mis deseos.

—No me subestimes, Ax, podría sorprenderte.

—¿Qué te parece si hablamos en otro sitio con menos público?

El corazón se me paró. ¿Hablar en otro lugar quería decir lo que me imaginaba? ¿Quería que estuviéramos a solas después de ese tonteo que era toda una declaración de intenciones y me había puesto como una moto?

—Lo estoy deseando.

Boom, estalló la bestia.

Si ya decía yo que los cubatas habían conseguido deslenguarme hasta tirarme a la piscina sin saber siquiera si había agua.

Me cogió de la mano con decisión hasta dirigirme dentro del local y llevarme hasta una de las oscuras esquinas del interior de la discoteca. Tiró de mí con determinación hasta apoyar mi espalda contra la fría pared, se colocó frente mí, situó sus manos sobre mis mejillas y, tras deleitarse unos segundos mirando mis labios al tiempo que saboreaba los suyos, precipitó mi boca hacia sus labios atrapándolos con ímpetu. No dudé en abrir la boca y dejar paso a una lengua traviesa que pedía permiso con prontitud para adentrarse y comenzar a jugar con la mía.

Nos empezamos a besar con rabia, con desesperación, como si fuera a acabarse el mundo después de ese roce. Deseábamos palparnos como si así pudiéramos reconocernos de la única forma que aún no lo habíamos hecho. Sexual. Coloqué mis manos alrededor de su cuello y di suaves tirones a su pelo al tiempo que él bajaba las suyas hasta la parte baja de mi cintura para acercarme más a él, si es que eso era posible.

No podíamos parar, estábamos en pleno éxtasis, era evidente que no era la única que soñaba con esto desde hacía tiempo. Habíamos entrado en el nirvana y no queríamos, ni podíamos, salir.

Así no se besaban los amigos, eso seguro.

Nos dio igual donde estábamos, si la gente nos miraba o no. Solo deseábamos besarnos, tocarnos, sentirnos, darnos todas las caricias que nos habíamos dejado por el camino durante años. Acarició mi vientre por debajo de la camiseta y jadeé al sentir cómo sus dedos mimaban esa parte tan frágil de mi anatomía. Imitando su gesto, colé mis manos bajo su camiseta y acaricié su espalda de arriba abajo, de manera agitada, nerviosa, quería tocarlo entero, codiciaba sentir en mis dedos lo que tantos años había deseado tentar.

Sus labios ascendían y descendían tortuosos por mi cuello, donde depositaba pequeños mordiscos que me excitaban aún más. Por fin había probado sus labios, y superaron con creces mis expectativas. Eran suaves, jugosos, incansables, y se movían a un ritmo y con una delicadeza que me estaban dejando extasiada. Su lengua, sin descanso, acelerada, recorría mi cuello, mi lóbulo, mi boca…

Aún cuando lo recuerdo siento cosquillas en el bajo vientre.

En una ocasión, y a punto de morir asfixiados porque teníamos

tantas ganas de besarnos que ni nos dábamos tiempo para respirar, nos separamos los centímetros indispensables para coger aire y mirarnos. Ni uno más. Necesitaba comprobar que era Axel con quien me estaba dejando la vida en ese momento y no era producto de mi imaginación. Y es que había fantaseado tantas veces de manera consciente e inconsciente que eso ocurría que no me lo podía creer.

Nos miramos entre respiraciones alteradas, hambrientas y excitadas. En sus ojos había deseo, y estaba segura de que en los míos también. Tras unos segundos únicamente observándonos, se nos escapó una sonrisa que terminó con nuestras frentes unidas.

—¿Qué estamos haciendo, Ax?

—No lo sé, pequeña, pero no quiero dejar de hacerlo. Nunca.

Me regaló un suave beso en los labios que no nos pareció suficiente y volvimos a devorarnos como animales en celo. Succionaba mi labio inferior, retozaba con mi lengua, cambiaba de ritmo al besarnos… Me estaba volviendo loca. Nadie jamás me había besado así antes. Nadie. No me extrañaba que tuviera loca a la camarera.

—Joder, qué calor —dijo en otro momento de necesidad vital de coger aire. Su comentario me provocó una sonrisa—. ¿Qué? Es verdad —añadió—. ¿Tú no tienes calor? —preguntó al tiempo que empezaba a regarme el cuello con besos y pequeños mordiscos.

—Sí.

—¿Sí qué? —susurró con los labios sobre mi piel de una manera tremendamente erótica.

—Que estoy ardiendo, Ax.

Succionó la piel de mi cuello y sentí un escalofrío por toda la espina dorsal que estimuló un pequeño espasmo.

—Ey, ¿estás bien? —preguntó con la voz más seductora del mundo, pegando su frente a la mía.

—¿Nos vamos al lago? —Alzó las cejas con gesto entre travieso y sorprendido—. ¿No decías que tenías calor? —Esta vez fui yo la que utilizó un tono seductor.

—Estoy muy caliente, sí.

—Vamos a darnos un baño, entonces.

—¿Ahora?

—¿Qué ocurre? ¿Es que no te atreves? —pregunté, bajando mis manos hasta su trasero y empujándolo hacia mí.

Dio un ligero respingo, soltando un «hostia puta» en forma de

jadeo, y sonreí ante el efecto que habían provocado mis manos sobre su cuerpo.

—El problema no es que no me atreva, *Green* . El tema es que me da miedo no poder contenerme.

—¿Y quién te pide que lo hagas?

—Joder, *Green* , me vas a volver loco. —Y volvió a besarme como si no hubiera un mañana.

Salimos de la discoteca sin decir nada a nuestros amigos; eso sería perder unos minutos demasiado valiosos después de haber dado el paso que tantos quebraderos de cabeza me había causado.

Me cogió de la mano y caminamos hacia el lago haciendo paradas, prácticamente cada minuto, para volver a sentir nuestras bocas unidas. Era el problema de habernos probado. Ya no podíamos parar, queríamos repetir todo el tiempo. Nos habíamos vuelto adictos a la droga de nuestros besos.

Rondaba la una de la madrugada cuando llegamos al lago. Iba como en una nube, esponjosa, radiante, ligera, deseando seguir volando sobre ella y no pisar suelo firme por miedo a que, al hacerlo, despertara de ese anhelado sueño.

En cuanto llegamos junto al lago, no dudé en quedarme frente a él, y dedicándole una mirada lujuriosa, comencé a quitarme la camiseta de tirantes para quedarme en sujetador. No me pasó desapercibido el repaso que Axel le hizo a mi cuerpo, ¿o quizá era efecto de las copas que me había tomado?

—¿Qué estás haciendo, *Green* ? —musitó con voz ronca.

—¿Tú qué crees? Voy a meterme en el agua y no quiero mojarme la ropa —respondí mientras me bajaba el pantalón con una lentitud premeditada.

—El agua tiene que estar helada.

—¿Y? ¿No tenías tanto calor?

—Joder que si lo tengo. Me va a reventar el puto pantalón.

—Entonces quítate la ropa y vente conmigo.

No tenía ni idea de dónde había salido de repente esa valentía, esa sensualidad y esa verborrea sin filtros hacia Axel, pero me sentía tan sumamente pletórica y excitada que en ese momento me daba igual todo. Solo quería estar con él, en el agua o en el mismísimo infierno.

En dos zancadas me situé en la orilla y sentí un escalofrío al notar el agua congelada rozando mis pies, pero se me pasó en el momento en que sentí cómo, desde atrás, los brazos de Axel me

rodeaban y su cabeza se colocaba en el hueco entre mi hombro y mi cuello, depositando íntimos besos. Su erección era más que evidente en mi espalda.

Giré el rostro para mirarlo y lo besé, se había quitado la parte de arriba y aún llevaba los pantalones puestos.

—¿Vienes al agua? ¿O me baño yo sola? —Me sentía enormemente seductora.

—¿Crees que te dejaría sola en el agua?

—No lo sé. ¿Lo harías?

—Sería un completo gilipollas si lo hiciera.

Lo dejé con la palabra en la boca y corrí para zambullirme de un salto. Puede que agua estuviera gélida, pero tenía tal sofocón sexual en el cuerpo que no me importó su temperatura. Era un detalle sin importancia en ese momento.

Emergí del agua para coger aire y vi a Axel adentrarse en el lago. Se había desprendido también de los pantalones y el bulto de sus calzoncillos advertía que se alegraba de mucho de verme.

¿En serio estaba ocurriendo eso? ¿Realmente estábamos viviendo por fin ese momento que tanto ansiaba?

Cuando se zambulló de cabeza en el agua y emergió, se sacudió el pelo y se acercó a mí con lentitud. Lo esperé, quieta, como una estatua, deseando que llegara a su destino. A mí. Cuando lo hizo, colocó sus manos en mi cintura y advertí un escalofrío. Sentir sus manos me provocaba una sensación arrolladora de estremecimiento. Nos miramos fijamente, y aunque era de madrugada, la luz de la luna nos permitía mirarnos y ver la profundidad de nuestro gesto.

—¿Estás bien? —susurró.

—Sí.

—¿Tienes frío? Tiemblas…

—No es de frío. ¿Tú estás bien?

—Jamás he estado mejor, pequeña.

Se acercó con cautela hasta atrapar mis labios en los suyos de manera mimosa, y yo coloqué mis manos en sus hombros por inercia. El beso comenzó a tornarse más pasional, más primario, más sentido, y en un arranque de querer más, me aferré a su cuello para después alzarme y enroscar mis piernas alrededor de su cintura.

Mi acción le provocó un jadeo sobre mis labios que me encendió aún más si cabía. Sus manos empezaron a moverse por todo mi cuerpo hasta no dejar ni un centímetro sin palpar. Se

detuvieron en el punto en el que la espalda deja de serlo y me atrajo más hacia él con determinación. En ese momento, la que jadeó fui yo. Sentí su erección en todo mi centro y no pude parar de moverme de manera acompasada para no dejar se sentir esa sacudida tan placentera que abrigaba al rozarnos.

Axel, al ver mi reacción, descendió una de sus manos hasta mi parte más íntima y me acarició por encima de la ropa interior. Joder, casi me da algo.

Nunca me había acostado con nadie, aunque sí había realizado otras prácticas sexuales sin llegar a la penetración; sin embargo, jamás había estado tan excitada como con él. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Axel reaccionó dándome livianos lametones y succiones en el cuello.

Al ver mi receptividad, invadió mi intimidad por debajo de la ropa, apartando mis braguitas para buscar vía libre e investigar mi excitación. Gemí, vaya si lo hice, y el hecho de estar solos allí, en mitad del lago, me dio la posibilidad de dar rienda suelta para poder hacerlo sin necesidad de cortarme por si alguien nos escuchaba.

Me acarició primero con tortuosa lentitud y yo aproveché para buscar el elástico de su calzoncillo e introduje mi mano dentro. No fue difícil dar con su erección. Yo también quería hacerle disfrutar, deseaba que esa noche no la olvidáramos nunca. Y efectivamente nunca se ha ido de mi cabeza.

Mientras nos tocábamos, jadeábamos, nos besábamos, nos lamíamos, nos buscábamos con la mirada, nos queríamos sentir de todas las maneras posibles. Aceleramos nuestros movimientos y empecé a sentir que el orgasmo llegaba.

—Ax, yo… —balbuceé entre jadeos.

—No digas nada, mi amor, solo déjate llevar —respondió con la voz entrecortada.

Eso hice, me dejé llevar mientras esas dos palabras, «mi amor», se repetían en mi cabeza sin descanso, y me estremecí ante el orgasmo más potente que había sentido en mi vida. Sin embargo, no debí de ser la única, porque Axel experimentó una tremenda sacudida que fue una señal más que evidente de que él también había terminado.

Nos miramos a los ojos mientras recuperábamos el resuello y nos dijimos tantas cosas… No hubo palabras, pero sí una conversación. Hubo un «por fin», un «gracias», un «ha sido la

hostia», un «ya era hora» y un «¿te quiero?» ¿Había un «te quiero» en esa mirada? Por mi parte sí lo hubo, con todas sus letras y en mayúscula.

Empecé a tiritar, de la sensación postorgasmo, del frío y del miedo. Me invadió el miedo. Me asusté. ¿Y ahora qué? ¿Después de esto qué pasaría? ¿Con qué cara nos miraríamos al día siguiente después de haber llegado tan lejos?

Y entre tanta retahíla mental, Axel me sorprendió con un beso en los labios, un beso ligero que susurraba un «cálmate, estate tranquila, todo irá bien, no tengas miedo, nada va a cambiar, estoy aquí».

Un beso que por mi parte suspiraba un «ojalá», un ojalá me encuentres antes de huir aterrada, un ojalá vengas a buscarme antes de que me olvide del camino de vuelta, un ojalá esto no haya sido un error, un ojalá volvamos a brillar juntos.

Debió de vislumbrar la turbación en mis ojos porque lo siguiente que me regaló fue un abrazo, de los que recomponen, de los que nunca quieres salir porque sabes que entre esos brazos nada malo puede ocurrir.

—Todo está bien, *Green* . ¿Vale? No te preocupes.

Salimos del agua, nos quitamos la ropa interior cada uno detrás de un árbol, y nos pusimos la seca, para después tumbarnos sobre el campo de amapolas y mirar las estrellas.

Axel colocó su brazo bajo mi cuello, y yo me recosté sobre su pecho admirando cómo el cielo nos regalaba un lienzo lleno de luminosas estrellas y una luna que desprendía una luz lo suficientemente amplia como para disfrutar de nuestros perfiles.

—¿Crees en el destino, Ax? —dije de repente—. Quiero decir, ¿crees en eso que dicen de que las personas están destinadas y pase lo que pase acabarán juntas?

Noté cómo su pecho se hinchaba para después soltar el aire con tranquilidad.

—Creo en el aquí, el ahora y en lo que sentimos en este momento. Creo en los momentos. No sé si me explico. Al final, lo único que podemos controlar es el ahora, y no me refiero a esas frases de taza de desayuno en la que te dicen siempre lo mismo. Va más allá.

—Eres de las personas que atesoran momentos. ¿Es eso?

—Exacto. Eso es. Al final esos momentos marcan tu destino. Mira, una vez escuché una frase que decía «vive el momento para

entender tu destino» y me sentí bastante identificado con ella.

—¿Quieres decir que en función de cómo tú vivas esos instantes, tu destino será uno u otro?

—Sí, puede ser. No lo sé. La verdad es que ni yo me entiendo a veces. Es complicado. ¿Y tú? ¿Crees en él?

—Pienso que nuestro destino no es casualidad. En eso comparto lo que tú dices, creo que el destino es cuestión de elecciones que vamos tomando a lo largo de nuestra vida. Cada día caminamos hacia lugares diferentes, situaciones distintas y personas que elegimos. Por ejemplo, nosotros nos hemos elegido esta noche —dije mientras alzaba la cabeza para mirarlo.

—Creo que nosotros nos elegimos hace mucho tiempo. —Y me regaló un beso tímido en los labios—. Al menos, yo lo hice.

—Eso lo dices porque llevamos varias copas encima y el alcohol hace que te salgan frases trascendentales —respondí, dándole un beso en la punta de la nariz.

Su carcajada me hizo cosquillas en el vientre.

—¿Eso crees? ¿Que todo lo que ha pasado esta noche ha sido producto del alcohol?

—Creo que ha tenido algo que ver. En circunstancias diferentes, creo que habría salido huyendo de ti muerta de la vergüenza.

—¿Sí? ¡No jodas! ¿Tanto miedo te doy? —Me hizo cosquillas en la cintura.

—¡Para! ¡Para! ¡Tengo muchas cosquillas! —Me revolví.

—¿En serio? ¡No me había dado cuenta! —Y continuó hasta quedarse encima de mí, paralizando mis brazos sobre mi cabeza—. ¿Sabes?, me encantaría escudarme en el alcohol para darle algo de sentido a lo que ha pasado, pero no ha sido así. En mi caso, no lo ha sido. Y sé que en el tuyo tampoco. Estoy siendo plenamente consciente de lo que estoy haciendo. Y estoy contento de estarlo porque así mañana lo recordaré todo.

Tenía su rostro muy cerca del mío y algunos mechones de su flequillo me hacían cosquillas en la frente. Nos miramos en silencio, las risas habían desparecido para dar lugar a un silencio cómodo pero lleno de tensión sexual.

—Quiero besarte —susurró con voz grave— otra vez.

—Hazlo.

Posó sus labios sobre los míos con una delicadeza exquisita. Mordisqueó el inferior con extrema sensualidad para después introducir su lengua buscando la mía con decisión.

No sé el tiempo que estuvimos besándonos, pero no fue de la misma manera que en la discoteca en la que casi explotamos por pura combustión. Eran besos lentos, suaves, húmedos, donde en ocasiones nos mirábamos directamente a los ojos y nos decíamos de todo sin pronunciar una sola palabra. Fue tan mágico, tan maravilloso… Nos deleitamos, nos saboreamos, nos regalamos todo el tiempo que teníamos para sentirnos de manera pausada.

Solo fueron besos, pero no sé cómo explicaros que fue como estar soñando, en ese momento solo existíamos él y yo sobre un campo de amapolas, no importaba nada más. Como si todo lo que fuese ajeno a nosotros en ese instante se hubiera congelado y los únicos que respirábamos en el mundo éramos él y yo. Nos respirábamos mutuamente como si así fuéramos a llegar a lo más profundo del otro. Ojalá hubiera podido detener el tiempo y alargarlo hasta la eternidad, porque os juro que las sensaciones que experimenté esa noche fueron indescriptibles.

Besos y más besos, miradas, caricias en el pelo, roces de nariz, frente junto a frente, y una noche estrellada que nos brindaba el mejor escenario.

De repente me sonó un mensaje en el móvil que me hizo dar un respingo.

—¿Qué hora es? —pregunté nerviosa, mientras me incorporaba y me recolocaba la camiseta.

Axel consultó su reloj.

—Las tres y diez.

—¡Las tres! ¡Joder! ¡Tenía que estar en casa a las dos y media! —Me levanté agobiada y cogí la ropa interior mojada que había dejado junto a nosotros.

—Tranquila —se levantó a la vez que yo—, estamos al lado. ¿Es tu madre la que te ha escrito?

—No sé, no sé —resoplé—. Joder. Voy a estar castigada de por vida.

Cogí el bolso y saqué el teléfono con el pulso acelerado. Lo desbloqueé con desasosiego por si era de mi madre.

—¿Es ella?

Respiré, solté todo el aire retenido en esos angustiosos segundos y vi que la remitente no era ella.

—No, es Beca. Menos mal. —Me puse la mano en la frente.

—¿Qué dice? ¿Están todos bien?

—Sí, sí. Me pregunta si ya estoy en casa. Si no estoy, que se lo

diga por si la llama mi abuela poder cubrirme.

Sentí que Axel me abrazaba por detrás, apoyaba su cabeza sobre mi hombro y me regalaba un par de besos en el cuello.

—Entonces, tenemos más tiempo… —masculló meloso.

—Aunque es más que evidente que me encantaría quedarme aquí contigo, prefiero no tentar ni a la suerte ni a mi madre ni a mi abuela.

Y me giré para abrazarlo y besarlo de frente.

—Es una putada, pero te entiendo. —Descansó un beso en mi frente—. Venga va, te acompaño a casa.

—Vives a tres puertas de la mía. Te acompaño yo a ti si quieres.

—Joder, yo que quería sonar caballeroso. —Se rio, cobijándome en su pecho.

—Si es por eso, estaré encantada de que me acompañes, señor caballeroso. ¿Me llevarás a lomos de un caballo blanco también?

De su garganta salió una carcajada, cada vez me estaba volviendo más adicta a ellas. Me abrazó entre risas y yo me sentí como si fuera levitando.

—Eres la hostia. Me encantas, *Green* . ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Sí, pero no así.

—¿Así cómo?

—Mirándome de esa manera.

—Pues que sepas que me encantas, pequeña —susurró, juntando su frente con la mía—. Desde que te regalé las libretas supe que ibas a ser alguien importante en mi vida.

Le devolví una amplia sonrisa que continué con un beso liviano en sus labios. Pero la ligereza duró poco, y en segundos nos vimos envueltos en una vorágine de deseo y erotismo.

—Ax —me separé con mucho esfuerzo—, tenemos que irnos.

Tragó saliva mientras cogía aire. Tenía los labios hinchados y enrojecidos, una evidencia de todo lo que nos habíamos entregado con nuestros besos. Suponía que los míos tendrían el mismo aspecto.

—Sí, vámonos antes de que te tumbe de nuevo en el suelo y no te deje escapar.

Una vez emprendimos el camino de vuelta, me cogió de la mano entrelazando sus dedos con los míos con total naturalidad. Una naturalidad que llegaba hasta asustar porque era demasiado cómoda como para pasar desapercibido lo que ese gesto provocaba

en mí.

En poco más de cinco minutos, llegábamos a la puerta de casa de mi abuela, y aparentemente, no había ninguna luz encendida ni nada que pudiera hacerme ver que me estaría esperando despierta.

—Buenas noches, Ax.

—Buenas noches, *Green* .

—Que sepas que mañana no me atreveré a mirarte a la cara.

—¿No? ¿Cerraras los ojos cuando nos encontremos? Porque yo pienso abrirlos un montón para mirarte y recordar todo lo que ha pasado esta noche.

Bajé la cabeza, sin saber muy bien qué decir, porque lo que acababa de decirle lo pensaba de verdad. Me preocupaba muchísimo el día después. Que todo esto cambiara, no sé, al final era posible que lo que había ocurrido hubiera sido fruto de un deseo que ambos teníamos desde hacía mucho tiempo, pero ¿y si después del calentón todo se enfriaba?

—Ey, *Green* —musitó, elevando mi rostro con un dedo en mi barbilla—. ¿Qué ocurre?

—Nada. No pasa nada.

—Uyyyy, esos «nada» ya me los conozco yo. Venga, va, ahora dime qué es eso que no te preocupa *nada* . —Asió mis manos a las suyas.

—No te preocupes, está todo bien, de verdad. Es solo que esto me ha pillado por sorpresa y estoy un poco descolocada, pero estoy bien, en serio.

Estaba segura de que no se había creído nada de lo que le acaba de contar, de hecho, ni yo misma me lo creía, pero abrir semejante melón a esas horas y con las emociones a flor de piel, no me pareció buena idea.

—Buenas noches de nuevo —dije, colocando mis manos en su nuca y acariciándosela con lentitud.

—Buenas noches, pequeña. Mañana hablamos, ¿te parece? Porque los oídos no te los vas a tapar, ¿verdad? —bromeó, sacándome una sonrisa—. Descansa, ¿vale?

—Vale, tú también.

—Estoy seguro de que voy a dormir como un bebé.

—Yo también.

Y nos despedimos con un beso lento y largo en la misma puerta de casa de mi abuela, desafiando a que ella saliera a buscarme y nos pillara en plena acción. Pero ya os digo que me daba igual porque,

en ese momento, solo existíamos él y yo.

AXEL

Después de semejante calentón y aturdimiento en el lago, quedamos todos en el muro para salir y tomarnos algo. Cuando la vi aparecer con ese top lencero y los *shorts* casi tengo que salir corriendo a darme una puta ducha fría. Era como si la excitación de la tarde continuara. Me sentía como si me hubiera puesto ciego a viagras.

Lo primero que hicimos fue ir al bar de mi colega Marcos a tomarnos una copa, y Camila, una camarera con la que había tenido un par de escarceos, no tardó en acercarse y decirme al oído, sin ningún tipo de retraimiento, que esa noche no llevaba bragas y que podía comprobarlo cuando saliera de currar. Me reí de manera canalla ante su comentario, pero en ningún momento se me pasó por la cabeza terminar la noche en su cama. Sin embargo, tampoco pensaba acabarla como lo hice.

Después de un par de copas nos dirigimos a la discoteca, Eliot y yo íbamos por detrás, y no podía tener mejor visión: Val contoneando sus caderas según caminaba. Escuché a Sara decir que Adrián se iba a volver loco cuando la viera, cabrón afortunado, claro que se iba a volver loco. ¿Quién no lo haría con semejante mujer?

En cuanto entramos en la discoteca, fuimos todos directos a la barra, nos pedimos unas copas y las chicas decidieron ir a bailar a la pista que había al aire libre. Nosotros nos quedamos más al margen, charlando, pero no muy lejos de ellas. Verla bailar y sonreír así me volvía jodidamente loco, estaba tan buena... era una jodida diosa.

— La vas a desgastar de tanto mirarla —me dijo Eliot.

Y es que tenía razón, no lo podía disimular, desde la tarde en el lago se me había caído la puta máscara y era incapaz de disimular que me gustaba muchísimo. Ella me miraba de vez en cuando, y en esos contactos visuales me regalaba ciertos guiños, sonrisas traviesas y algún que otro sensual movimiento al ritmo de la música.

A ver quién tenía cojones de mostrarse intacto frente a eso. Que no era de piedra, joder. Que me dolían hasta los huevos. Entonces, cuando de lejos vi que Adrián se acercaba sigiloso a ella como un lobo hacia su presa, mis instintos más primarios reaccionaron y me adelanté a él.

Sí, sé que puede sonar a que fui un cabronazo y solo reaccioné cuando vi que Adrián iba a por ella. Y es probable que así fuera, no lo niego. Pero fue mi reacción y no me arrepiento en absoluto.

El resto ya lo sabéis, cuando me acerqué a ella, tuvimos una conversación que me puso supercachondo y ya no hubo marcha atrás. Me la llevé a un lugar más íntimo y dimos rienda suelta a nuestras ganas. Nos devoramos con fiereza, con ímpetu y es que, joder, qué bien besaba, si ya me tenía cogido por los huevos, en ese momento me cogió también del alma.

Desde ese instante, sus labios se volvieron una jodida droga de diseño para mí. Me convertí en un puto adicto a ellos.

En el momento en el que me propuso darnos un baño en el lago, por poco me da un puto chungo. Sin duda íbamos a por todas, y no teníamos intención, ninguno de los dos, de poner freno a esa noche.

Ver cómo se desnudaba ante mí con esa sensualidad, me hizo recordar por qué pensaba en ella todo el puñetero día y toda la puta noche.

Terminamos masturbándonos en el agua y, aunque estaba fría de cojones, no noté ni un ápice de frío en el cuerpo. Solo la sentí a ella en todas sus versiones.

Cuando salimos del agua y nos cambiamos, que a punto estuve de asaltarla según se ponía la ropa seca, nos tumbamos sobre el campo de amapolas y miramos al cielo. Hablamos del destino, nos besamos, una y otra vez, y dije cosas que en ese momento no pensé que podrían volverse en mi contra por bocazas. Me declaré de tantas maneras posibles que me dio miedo de que esas palabras después me hicieran más vulnerable.

Como, por ejemplo, admitir que nosotros nos habíamos elegido hacía mucho tiempo o llamarla «amor mío» a punto del orgasmo. Joder, es que yo no era bueno con las palabras, pero cuando pronunciaba unas cuantas seguidas la cagaba hasta lo más profundo.

Menos mal que Beca le escribió, porque si no la habríamos liado gorda con su abuela. Sin embargo, me hubiera encantado ver el amanecer junto a ella, acomodada entre mis brazos. Fue un momento tan jodidamente mágico y con el que había fantaseado tantas veces… Lo creía imposible, porque ella y yo éramos amigos, muy amigos, y dar ese paso podría haber supuesto muchas cosas, y no todas precisamente buenas.

Nos despedimos con más besos (no los suficientes) y ella con cierta vergüenza, como si de repente una hostia de realidad le hubiera puesto delante, a través de imágenes, todo lo que había pasado entre nosotros esa noche.

Sé que estaba aturdida, yo también lo estaba, era lógico. Habíamos vivido un puto huracán emocional esa noche, y reponerse a eso no sería fácil.

Nos habíamos lanzado como dos putos kamikazes y había que asumir las consecuencias.

10
SISU

(Extraordinaria determinación, coraje y resolución ante la extrema adversidad)

Cuando yo tenía diecisiete años y él, diecinueve (PARTE III)

La vibración del móvil me despertó. Ya había amanecido y los rayos del sol entraban por la ventana. Llevábamos una semana en la que el calor era bastante abrumador, y ya desde ese punto de la mañana se hacía insoportable.

Cuando abrí el ojo empezaron a inundarme los recuerdos de la noche anterior y una amplia sonrisa emergió de mi boca sin poder evitarlo. Era como si algo invisible tirara de mis comisuras y fuera imposible de aflojar.

La noche anterior había sido mágica. Una explosión de sentimientos y emociones que aguardaban expectantes en mi interior, esperando el momento oportuno para salir y no darme contra un muro. El momento en el que Axel me agarró por la cintura para bailar conmigo, desde ese mismo instante, supe que algo iba a suceder, pero en mi cabeza jamás se visualizó lo que ocurrió. Fue tan increíble que cada vez que respiraba podía sentir que mis pulmones se expandían y se llenabas de amapolas. Las mismas que nos rodeaban mientras nos besábamos la noche anterior.

Me levanté feliz, plena, dedicándole una sonrisa a todo lo que se me ponía por delante. Escuché a mi abuela trastear en la cocina.

—¡Buenos días, abuela! —grité desde el salón.

—Buenos días, mi niña. ¿Quieres que te caliente una taza de leche y te prepare una tostada?

—Sí, gracias. Voy mientras a lavarme la cara.

Entré en el baño y me miré al espejo que reposaba sobre el lavabo. Percibí que aún mis mejillas estaban algo rosadas y me acaricié los labios como si así pudiera sentir en ellos los besos de Axel. Abrí el grifo y recogí el agua con las manos para después reposarlas sobre la cara. ¡Qué fría estaba! Pero no me importó, necesitaba despejarme un poco, porque la noche anterior había sido apoteósica en todos los sentidos y tanto ímpetu me había dejado agotada.

Cerré el grifo y cogí la toalla para secarme cuando, de repente, escuché un porrazo. Un golpe seco que me hizo tirar la toalla y salir corriendo en busca de mi abuela.

La escena que me encontré me dejó gélida. Mi corazón dejó de latir.

Mi abuela yacía en el suelo, inconsciente y con un golpe en la frente que sangraba sin descanso.

—¡Abuela! ¡Abuela! —chillé, mientras corría para arrodillarme junto a ella—. ¡Abuela! ¡Dime algo! —Las lágrimas empezaron a brotar voraces de mis ojos.

La cogí de las mejillas, zarandeándola levemente mientras seguía llamándola; sin embargo, ella no respondía. ¡No respondía! Corrí con torpeza al salón a por el móvil y llame el 112. Mientras presionaba la herida de la frente con un trapo de cocina para que no sangrara tanto, me comuniqué con Emergencias.

A día de hoy, no sé ni cómo acerté a marcar y darle la dirección a la chica tan amable que me atendió.

En pocos minutos se llevaban a mi abuela al hospital. Me dejaron que la acompañara en la ambulancia, y fui cogida de su mano durante todo el trayecto.

Mi abuela recuperó la consciencia minutos antes de que llegaran los sanitarios, una hipoglucemia le había provocado un desmayo con la mala suerte de caer golpeándose la frente contra la encimera y el cuerpo, con una silla. El porrazo en la cabeza le había provocado una conmoción cerebral y a causa de ello perdió el conocimiento. Tenía dolores por la zona de la cadera, pero hasta que no le hicieran pruebas, no podían determinar si tenía algo roto.

—Tranquila, cariño —susurraba en la ambulancia mientras el enfermero terminaba de curarle la brecha de la frente.

Yo no podía parar de llorar, estaba tremendamente asustada, y los nervios no me dejaban parar de tiritar.

—No llores, hija, estoy bien.

—¿Tienes dolor?

—Un poco.

—Enfermero, tiene dolor, no quiero que pase dolor —supliqué inquieta.

—Ya le está pasando el calmante, no se preocupe —respondió él con cautela.

Estaba claro que ellos sabían manejar bien estas situaciones de tensión con los familiares de los pacientes, porque yo estaba

histérica y él, sin embargo, transmitía una calma que daba hasta desasosiego.

Y volví a sollozar. Era como si no pudiera parar de llorar, aunque lo intentara con todas mis fuerzas. Nunca había estado tan cerca de perder a mi abuela. Y las abuelas son eternas. Al menos desde que era pequeña yo lo imaginé así. Y en el momento en el que la vi inerte en el suelo, fui tremendamente consciente de que no era verdad. Nadie éramos eternos.

Llegamos al hospital y la introdujeron directamente en los boxes de Urgencias, mientras yo paseaba de un lado a otro por la sala de espera. Había llamado a mi madre desde la ambulancia, y en poco más de treinta minutos estaría conmigo.

Cuando la vi atravesar la puerta corrí hacia ella como alma que lleva el diablo. Su rostro estaba desencajado. Su tez pálida. Y tiritaba como lo había hecho yo momentos antes.

—Tranquila, mamá, está bien. Ella está bien —musité entre sollozos.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Tú estás bien, cariño? Qué susto tienes que haber pasado, mi amor. Cuánto lo siento.

Le expliqué el infierno que había vivido, y la pobre se sintió aún peor por haber tenido que sufrir semejante situación. Me felicitó por la entereza que yo tenía serias dudas de haber demostrado, y nos sentamos en las impersonales y frías sillas de la sala de espera.

Había poca gente, y nosotras nos cogimos de la mano mientras aguardábamos pacientemente a que los médicos nos dijeran algo. Pero yo no podía parar de llorar, tenía los nervios agarrados al estómago y no era capaz de calmarme.

Las puertas de Urgencias se abrieron y vi entrar a Axel con su abuela. Lo hicieron con prisa y, después de hacer un barrido con la mirada, nos vieron al final de la sala. Axel entró desencajado y el rostro de su abuela mostraba preocupación y angustia. Cogidos de la mano se acercaron con rapidez hasta nosotras. Mi madre se levantó con premura para recibirlos y yo hice lo mismo, pero lo que no me esperaba era que Axel me envolviera en un abrazo tan fuerte y protector que me hizo sentir en casa. Me rodeó con sus brazos y apoyé mi rostro sobre su pecho. Volví a llorar, si es que en algún momento había dejado de hacerlo. Me meció con serenidad y yo me refugié en él como en un salvavidas mientras su aroma a menta me anestesiaba.

Hundió sus dedos entre mi pelo y mi nuca en un suave masaje.

Depositó varios besos en mi cabeza y yo cerré los ojos como si así todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor fuera a desaparecer.

—He pasado mucho miedo, Ax. —Sollocé sobre su pecho.

—Lo sé, pequeña, lo sé, lo has hecho muy bien, estate tranquila. Estoy muy orgulloso de ti. Has sido muy valiente.

—Pensé que la perdía —hipé—. Cuando la he visto en el suelo, yo… yo…

Era incapaz de decir dos palabras sin que me faltara el aire. Quería decir tantas cosas que me trababa y a la vez mi respiración se descompasaba cada vez que lo intentaba.

—Shhh, estate tranquila, no digas nada. Estoy aquí. No voy a marcharme. Y no la vas a perder, es muy pronto. Aún tiene mucha guerra que dar.

—Me lo prometes.

—Te lo prometo.

Sabía que había cosas en la vida que no se podían prometer, y una de ellas era la relacionada con la muerte. Prometer que alguien no se va a ir es como poner un parche al dolor que sientes en ese momento. Porque morirá, se irá, en algún momento lo hará. Como lo hizo su madre. De una manera tan agonizante, tan temprana, y viendo cómo su luz se iba apagando poco a poco sin poder hacer nada. Con la impotencia y desasosiego que eso tuvo que producirle.

Pero ahí estaba él, a mi lado, prometiéndome lo imposible para buscar mi serenidad. Y ahí estaba yo, creyéndome cualquier palabra que saliera de su boca porque, para mí, él era la columna donde apoyarme en momentos de fragilidad.

No estaba segura del tiempo que había estado envuelta entre sus brazos, cuando por megafonía llamaron a los familiares de Juliana Ramos, mi abuela. Mi madre y yo acudimos con rapidez a la sala que nos habían indicado y donde una doctora nos esperaba para darnos el parte.

Mi abuela había sufrido una hipoglucemia y ya se encontraba estable. Por lo visto, había sido debido a un golpe de calor que derivó en un desmayo, con la mala suerte de tener una caída fatal que propició la conmoción cerebral, rematada con una brecha en la frente que había necesitado cuatro puntos de sutura. La contusión en la cadera la obligaría a mantener reposo durante algún tiempo. Había sido una caída muy aparatosa.

De tal manera que mi madre decidió que lo mejor que podíamos hacer era irnos de vuelta a Madrid, a mi casa, y llevarnos

a mi abuela para que mi madre y yo pudiéramos cuidarla y atenderla.

La vuelta a Madrid fue tan precipitada que no nos dio tiempo a Axel y a mí a hablar de lo que había ocurrido la noche anterior. Pero no hizo falta, aparecer en el hospital y sostenerme física y emocionalmente de esa manera ya lo dijo todo.

Nos despedimos con un abrazo y un «seguimos en contacto» que para nada fue lo que me imaginé que pasaría al día siguiente cuando la noche anterior me metí en la cama. Estaba claro que en la vida no podías hacer planes. Todo se podía ir a la mierda en décimas de segundo y, en consecuencia, que lo planeado ya no encajara en nada de lo proyectado.

Con el fatal accidente de mi abuela se acababa mi verano en el pueblo, al menos, durante ese año.

AXEL

Esa noche apenas dormí, eran tan jodidamente reales los recuerdos que tenía de lo que había ocurrido entre Val y yo que estaba acelerado. El corazón me latía a tanta velocidad que llegué a temer por que no fuera algo normal.

Era incapaz de cerrar los ojos y no verla, no sentirla, no rememorarla… Por fin habíamos mandado a tomar por culo todos los protocolos de nuestra amistad y las normas de no pasar la *friendzone* de los cojones.

Me desperté con sensación de plenitud, colmado de júbilo, como si me acabara de pasar lo mejor de mi vida. Una emoción que no había vuelto a sentir desde el momento en que mi madre nos dejó. Fue como si las emociones se me hubieran anestesiado con su ausencia. Como si volver a sonreír hubiera sido una utopía.

Sin embargo, Val había sido capaz de devolverme la sonrisa. Solo ella pudo hacerlo.

Me levanté y fui directo al baño a lavarme la cara para despejarme después de lo poco que había dormido. Cuando salí, comprobé que mi abuela se había ido al pueblo a comprar, así que me dirigí a la cocina a prepararme un café cargadito. Una vez lo saqué del microondas, fui al salón, me dejé caer literalmente en el sillón y puse la televisión. No se me quitaba la puta sonrisa de la boca. Parecía un puto perturbado.

Comprobé los mensajes de mi móvil y dudé en escribirle, eran poco más de las doce, suponía que ya estaría despierta, pero pensé que lo mismo la agobiaba, de tal manera que dejé el teléfono de nuevo sobre la mesa y di un largo trago al café.

No habían pasado ni quince minutos desde que me había levantado, cuando mi abuela entró como un vendaval por la puerta.

—¡Axel! ¡Hijo!

—Abuela, ¿qué pasa? ¿estás bien? —Me levanté con rapidez hacia ella.

—Sí, cariño, no soy yo, es Juliana, es Juliana. —Intentó recuperar el aliento.

—¿Juliana? ¿La abuela de Valeria? —Me tensé—. Pero ¿qué le ha pasado? ¿Está bien?

—No… no lo sé. Está en el hospital. Me lo ha dicho Gregoria, que ha visto cómo se la llevaba la ambulancia, acompañada por su

nieta.

—¿ Cómo? Pero ¿qué…? —Me abrumé—. Voy para allá.

— Te acompaño, hijo.

Me alteré mucho, la verdad, no sabía qué coño había pasado y lo único que tenía en la puta cabeza era a Valeria. Me agobiaba pensar en cómo estaría, si necesitaría algo, si estaría sola o su madre habría llegado. Un montón de preguntas que me desestabilizaban mucho más.

Cogí el coche y llegamos en poco más de quince minutos. El hospital estaba relativamente cerca y no pillamos nada de tráfico. Bueno, reconozco que también sobrepasé el límite de velocidad en un par de tramos.

Durante el trayecto, mi abuela llamó a la madre de Valeria, y esta le explicó lo que había ocurrido, pero le advertí que no le contara que nosotros estábamos de camino. Sabía que eso habría puesto más nerviosa a Val de lo que ya estaría.

Nada más salir del coche, mi abuela se agarró a mi brazo con angustia y caminamos a su ritmo hasta llegar a la puerta de Urgencias. Cuando estas se abrieron ante nosotros, miré en derredor en busca de mi chica y, cuando la vi, se me cayó el alma a los pies. Tenía muy mal aspecto. Estaba demacrada. Su madre estaba junto a ella y se cogían afectuosamente de la mano.

En el instante en que se cruzaron nuestras miradas, ella agrandó los ojos y se levantó. Creo que corrí literalmente hasta ella, mientras que mi abuela se acercaba hacia su madre, y no dudé en envolverla entre mis brazos en cuanto la tuve enfrente. Intenté infundirle serenidad, sosiego, paz, estaba muy jodida, nerviosa y lloraba sin consuelo. Joder, cómo me hubiera gustado haber estado con ella en ese momento y que no lo hubiera pasado sola. Qué impotente me sentí, hostia. Según me había contado mi abuela, se comportó de manera jodidamente valiente, llevando las riendas de la situación con la mayor imperturbabilidad que el momento le permitió.

Prometerle que su abuela estaría bien, fue como prometerle que le bajaría la luna, era un juramento inviable, pero si eso sirvió para que su ansiedad disminuyese, valió la pena.

Me agrada saber que se acordó de mi madre en ese momento y valoró lo difícil que fue para mí permanecer en la sala de las putas Urgencias que tanta asfixia y malos recuerdos me provocaba. Pero por ella hacía lo que fuera.

Pasamos mucho rato abrazados sin importarme tres cojones que tanto mi abuela como su madre pudieran llegar a pensar que entre nosotros había algo. Con sostenerla entre mis brazos me encontraba en paz y ella estaba más sosegada. Fue lo único que me preocupó en ese momento.

Finalmente, y tras unos momentos agónicos, nos informaron del estado de su abuela. Estaba fuera de peligro. Podría irse a casa en cuanto los médicos aseguraran que podrían darle el alta sin riesgos.

Lo que a continuación de la buena noticia me dio una hostia con la mano bien abierta fue escuchar decir a su madre que se marchaban a Madrid en el momento en que su abuela saliera de Urgencias. Las tres.

Después de lo que habíamos hecho la noche anterior, necesitábamos tiempo para hablarlo, degustarlo y digerirlo, y pensar qué sería de nosotros a partir de ese momento. Pero no tuvimos tiempo, no nos lo dieron. Se marcharon de manera tan precipitada que lo único que tuvimos a solas fue un íntimo abrazo y un «seguimos en contacto» que me dejó lo bastante jodido como para no querer continuar saliendo por las noches con mis amigos.

Preferí la calma de una peli o de un libro antes de dormir y así no tener que dar explicaciones por la cara de muermo que tenía.

11
EFÍMERO

(Aquello que dura por un periodo muy corto de tiempo)

Cuando yo tenía dieciocho años y él, veinte (PARTE I)

Durante el año que Axel y yo habíamos pasado separados, había pensado muchísimo en él. Mantuvimos el contacto a través de mensajes y llamadas telefónicas, pero, aunque al principio nos vinimos arriba en cuanto a que esto podría ser el inicio de algo muy bonito, la realidad nos abofeteó con ganas. Nos hizo ver, según pasaban los meses, que mantener una relación de verano en verano era algo inviable. Que lo único que nos podría unir para siempre sería una sincera y bonita amistad, y que tendríamos que conformarnos con eso.

Nos separaban casi cuatrocientos kilómetros y esos eran muchos kilómetros como para intentar obviarlos y mirar de frente.

Dolió. Al principio escoció muchísimo. Porque por fin habíamos dado el paso y la distancia y los tiempos nos habían empujado con fuerza hacia atrás y en diferentes direcciones. Pasé noches sin dormir, muchas, llorando y pensando en que la vida estaba siendo muy injusta con nosotros. Recordando aquella noche en la que por fin nos probamos, nos sentimos, nos entregamos. Habíamos probado la miel con la punta de la lengua y se nos había retirado de manera abrupta. Aunque tomamos esa decisión de manera bilateral, yo seguía enamorada de él. Perdidamente enamorada. Las dificultades no podían contra lo que me hacía sentir.

Mensaje a mensaje, la situación se fue enfriando. Y no nos sorprendió. Al contrario. Era una opción que contemplábamos desde el primer momento, aunque en ese instante, y como buenos adolescente inocentes y poco experimentados en esto de las relaciones personales, no creímos que pudiera llegar a suceder.

Pero sucedió.

Vivíamos muy lejos uno de otro a lo largo del año, en comunidades autónomas diferentes. Y eso nos creaba una muralla emocional y física lo suficientemente alta y pesada como para mentalizarnos de la dificultad de poder vivir algo juntos. Como pareja. Como amigos enamorados.

Lo bonito de todo esto fue que nos dimos cuenta los dos y, en su día, mantuvimos una conversación que demostró que nos queríamos mucho; tanto, que lo último que deseábamos era hacernos daño. Nos prometimos que pasara lo que pasara, nunca franquearíamos esa delgada línea roja que era la del dolor. La de provocarnos un sufrimiento innecesario.

Ese año yo había comenzado la carrera de psicología y estaba feliz. Mi abuela había terminado pasando el invierno con nosotras en Madrid, aunque se había recuperado asombrosamente bien de la contusión en la cadera. Ese invierno había sido especialmente frío y mi madre le propuso que se quedara con nosotras. Y aunque al principio se lo pensó, ya que ella decía que estar tanto tiempo fuera de su casa (y de su cama) no le hacía especial gracia, le dio un poco de respeto el frío invierno después del desmayo, así que finalmente lo pasamos juntas las tres.

Fue un invierno muy especial. Tres generaciones viviendo juntas, con sus manías y sus costumbres, con sus virtudes y sus defectos, con sus vivencias y experiencias cargadas a la espalda. Lo recuerdo con especial cariño, porque era la primera vez que convivíamos juntas, ya que en verano yo estaba con ella y en invierno con mi madre.

Se creó una conexión especial entre nosotras. Un vínculo tan fuerte que jamás podría romperlo nada ni nadie, de eso estaba más que segura. Ni la muerte sería capaz de poner fin a esa unión. Porque los vínculos sobreviven a cualquier catástrofe, incluida la expiración.

Mi primer año de facultad fue espectacular y superó con creces mis expectativas. Había conocido gente estupenda, me había adaptado muy bien a la nueva situación y las asignaturas que cursaba me parecían tremendamente interesantes.

Pero tocaba volver a ver a Axel. Y eso puso patas arriba todos mis esquemas. El reencontrarnos provocó una voltereta triple moral con doble tirabuzón a todo lo que habíamos hablado por mensajes y llamadas telefónicas. Porque, indiscutiblemente, lo habíamos hecho genial. Habíamos sido muy maduros a la hora de tomar la decisión de seguir cada uno por su lado, pero claro, había que tener en cuenta que todo eso se llevó a cabo vía telemática. Es decir, sin mirarnos a los ojos, sin sentir nuestros alientos, sin apreciar esa vibración en el pecho que nos provocaba estar cerca. Y al final, todo se resquebrajó. Sin darnos cuenta prendimos la mecha hasta

explotar, quemarnos, abrasarnos y arrasar con todo lo que se nos puso por delante.

Pero vamos a ir por partes.

Axel y yo nos reencontramos una noche en el muro. Yo había salido a pasear con mi abuela porque el clima invitaba a hacerlo y, cuando regresábamos agarraditas del brazo, vi que mis amigos estaban en nuestro lugar. Desde la distancia, Axel y yo nos regalamos una sonrisa llena de complicidad, desbordada de cosas que contarnos, y un abrazo invisible repleto de ganas de hacerlo real.

Mi abuela me animó a que nos acercáramos a saludarnos, y no puse ninguna objeción, al contrario. Yo había llegado esa misma tarde y aún no había tenido oportunidad de saludarlos. Entre que mi abuela y yo, nada más llegar, estuvimos aireando la casa, que había estado cerrada prácticamente todo el año, y colocamos nuestras cosas, no había informado a nadie de que ya estaba por allí.

—¿Qué tal, chicos? ¡Qué ganas tenía de veros! —exclamé, acercándome a ellos con una amplia sonrisa.

Unos se levantaron del suelo y otros, como Axel, saltaron del muro para recibirme. Beca se lanzó a mis brazos con ímpetu y la recibí con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba espectacular con el pelo corto, me había mandado fotos de su nuevo *look* , pero en las distancias cortas estaba más guapa aún.

Sara me recibió de la misma manera, espachurrándome con frenesí y diciéndome, entre bromas, que me habían crecido las tetas. Ella era así. Espontánea, creativa y resuelta a partes iguales. Se había puesto mechas de color azul y varios *piercings* en la cara que le quedaban muy bien y le daban ese aire macarra que tanto la definía. A diferencia de Beca, ella había guardado el secreto de una nueva imagen para darnos una sorpresa. Y por lo menos a mí, había conseguido asombrarme.

Eliot, mi chico pelirrojo, se acercó y me abrazó con regocijo mientras que me susurraba que me había echado mucho de menos.

Y, por último, Axel. Mi debilidad personificada. Mi talón de Aquiles. Suspiros. Más suspiros. Nervios. Más nervios. Temblor hasta de pestañas.

Miles de imágenes se me pasaron por la cabeza según se iba a acercando a mí. Sus besos, sus caricias, aquella tarde, aquella noche, el lago, más besos, conversaciones sobre el destino, más

caricias, más besos, el deseo, la fricción, las ganas, la despedida. El adiós.

Sé que el hecho de quedar en último lugar para saludarme fue algo premeditado. Que cedió su turno a todos de manera estudiada para él quedarse para el final. Lo había observado mientras los demás me saludaban y él esperaba pacientemente su vez sin perder contacto visual conmigo, con las manos en los bolsillos y una pose muy tentadora.

Madre mía, me había olvidado de lo guapo que era en persona. Mierda de hormonas. Me las revolucionaba todas con solo un pestañeo.

Y llegó el momento.

Su momento.

Nuestro momento.

Le dediqué una media sonrisa mientras daba un par de pasos lentos para llegar hasta mí. Puto Axel, sabía cómo hacer que se me acelerara el corazón sin una sola palabra de por medio.

Nos miramos y, por un momento, llegué a sentir que el suelo se derretía bajo mis pies del calor que empecé a sentir. Una vez lo tuve frente a mí, me dedicó una sonrisa torcida y su aroma a menta inundó mis fosas nasales. Ya estaba en casa. Sin embargo, de repente, con una delicadeza exquisita, me envolvió por la cintura y me pego a él, para después levantarme ligeramente del suelo y hundir su cabeza en mi pelo. Casi pude sentir su respiración sobre mí.

Fue un abrazo a cámara lenta, o al menos, yo lo viví así. Me retuvo unos segundos en sus brazos mientras yo le rodeaba el cuello con mis manos. Cómo lo había echado de menos… No fui consciente hasta ese momento.

Ese olor a menta… ese característico e inconfundible aroma a menta…

—Me alegro tanto de verte, *Green* —musitó en mi oído.

—Yo también, Ax. Yo también.

—No creo que tanto como yo. —Sentí su sonrisa vibrar en mi cuello.

—¿Vamos a ponernos ahora a discutir quién ha echado más de menos a quién? —Sonreí yo también—. Anda, bájame o me temo que mi abuela te pedirá rescate por mí en menos de diez segundos.

Volví a sentir su risita sobre mí, mientras me bajaba y volvía a poner los pies en el suelo, aunque aún me sentía levitar.

Nos dimos un par de besos, pero, joder, qué diferentes sabían los besos en la mejilla cuando ya habías probado el sabor de sus labios.

Tuve que poner distancia entre nosotros porque, si no, juro que me hubiera arrojado sobre sus labios, mandando a la mierda todas las justificaciones que pusimos en su día para autoconvencernos de que lo nuestro no funcionaría.

Ese saludo tuvo tanta intención en tan pocas palabras…

Un par de semanas después del reencuentro, se me estaba haciendo demasiado cuesta arriba verlo tontear y enrollarse con Camila, pero no tenía derecho a exigirle nada; primero, porque no éramos nada y segundo, porque yo estaba haciendo lo mismo con Adrián. No sabía si de la misma manera o con igual fondo, pero al fin y al cabo apenas existía diferencia entre su actitud y la mía.

Ese chico, y aunque sonara un poco mal, era algo parecido a mi chico de transición. Ese chico que sabes que con él no vas a llegar muy lejos, pero te sirve para olvidar a otra persona. Suena tremendamente egoísta, lo sé, sin embargo, no creo que yo para Adrián fuera ni algo muy distinto ni el amor de su vida, ni pienso que me imaginara vestida de blanco cruzando el umbral de la iglesia. O al menos, creer eso me hacía sentirme menos mal por él.

Lo que ocurría era que no tenía nada que ver. En ningún sentido lo tenía. Ni sus besos ni sus caricias eran comparables con las de mi amigo. Y no porque fueran ni mejores ni peores, no voy a entrar a valorar eso, eran simplemente diferentes.

Juro que luché con todas mis fuerzas para que no se me notara que estaba jodida, pero algo me dijo que no lo conseguí del todo. Si por casualidad coincidíamos los cuatro, fingía sonrisas y buen rollo cuando, en realidad, mi mirada decía lo contrario. Sin embargo, no llegaba a descifrar del todo lo que Axel sentía. Siempre había sido tan hermético que me costaba horrores saber qué se le pasaba por la cabeza. Se le notaba muy seguro de sí mismo con la decisión que tomamos, así que no iba a ser yo la que rompiera ese acuerdo por mucho que me doliera verlos juntos.

Sin embargo, cuando pretendes forzar tanto e intentar que no se haga tan evidente lo que sientes, corres el riesgo de que la cosa se ponga peligrosa, porque es más que probable que de tanto tensar la cuerda acabe se te acabe rompiendo en la cara y no sepas ni por dónde te viene la hostia.

Y eso fue lo que nos pasó a Axel y a mí. Si queríamos ser solo amigos por el tema de la distancia, lo mejor hubiera sido haber puesto más espacio físico entre nosotros, porque lo que estaba más que claro era que así yo empezaba a sufrir demasiado.

Lo mejor que podía hacer era poner distancia. Si él no lo hacía, sería yo la que tendría que poner el punto de cordura antes de acabar mandando a la mierda nuestra amistad. Que, por lo que parecía, era lo único que nos unía.

Por algunas miradas que en alguna ocasión me dedicó Axel o las que dirigía a Adrián, llegué a pensar que lo mismo le molestaba un poquito verme con él, pero yo no me atrevía a dar el paso de quedar a solas, preguntárselo y decirle que verlo con Camila me ponía enferma.

En más de una ocasión me preguntó qué me ocurría. Si me había hecho algo y no había sido consciente. Si él supiera… Mi respuesta siempre era la misma, que no, que veía fantasmas donde no los había, que yo estaba fenomenal (fenomenalmente jodida) y que no se preocupara. Que todo estaba bien.

Pero con lo cabezota que era, una tarde, en el lago, mientras tomaba tranquilamente el sol, se colocó delante de mí, tapándomelo por completo.

—Oye… —dije, abriendo los ojos para ver quién había sido—. Me estás tapando todo el sol.

—¿Me vas a decir de una vez qué cojones te pasa conmigo?

—Axel —me incorporé, apoyándome en los codos—, ¿otra vez estás con lo mismo? Ya te he dicho mil veces que no me pasa nada.

—No pienso moverme de aquí hasta que me digas algo más que nada. Así que tú decides, o me lo dices o pienso taparte la puta luz del sol todos los días.

Vale, me quedó clarísimo que no me lo iba a poner fácil, o me inventaba algo para salir del paso lo suficientemente creíble para que dejara de cuestionar mi actitud o me volvía a Madrid más blanca que una pared de cal. No conocía a nadie más cabezón que Axel, y mira que yo era testaruda. En realidad, él estaba haciendo algo fantástico, que era salvar nuestra amistad. Lo que pasaba era que yo, a mi manera, ¡también intentaba salvarla! ¿Y ahora qué le decía? Porque no se iba a conformar con cualquier cosa. ¿Que era cada vez más doloroso verlo con Camila? No, esa respuesta no era una opción, sería abrir un melón demasiado grande. Tenía que inventarme algo lo bastantemente rápido para que no le diera

tiempo a pensar que me lo estaba inventando todo y lo suficientemente verosímil para que no sospechara.

Joder.

No iba a decirle, así sin anestesia, que verlo con otra me estaba volviendo como una jodida cabra, que me dolía al alma, que sentía que me asfixiaba cuando se besaban, que él me gustaba más que chuparme los dedos después de comer chocolate o que había sido un error pensar que podríamos estar bien como amigos después de lo que sentía por él. Que nadie en su sano juicio sería capaz de soportar ver al chico del que estaba enamorada metiendo mano a otra chica delante de sus jodidas narices.

Quien no se haya sentido así en algún momento de su vida que tire la primera piedra.

La maquinaria y el instinto de supervivencia comenzaron a funcionar en cuanto me tapó el sol y enseguida encontré algo que decir. Algo que no estaba segura de que fuera a creerse. Sin embargo, tenía que intentarlo. Y he de decir que no me gustó nada mentirle. Pero era eso o anticipar mi inevitable abatimiento emocional en cuanto él empezara con el discurso de «yo te quiero mucho, pero solo como amiga». Esa frase, digan lo que digan, jamás se supera. Egoístamente, busqué mi autoprotección.

—Está bien, hablemos, porque si no, no me vas a dejar en paz —dije al fin—. Acércate, siéntate.

Observé cómo su gesto serio se convertía en una ligera sonrisa que venía a decir un «qué bueno soy, he conseguido que me lo cuente».

Le hice un hueco en mi toalla y se sentó a mi lado. No fue fácil empezar a hablar cuando sentía que nuestros cuerpos se tocaban por el poco espacio que nos dejaba la toalla a cada uno.

Crucé las piernas al estilo indio y empecé a juguetear con mis manos mientras las seguía con la mirada. Me costó un horror engañarle, pero aún me hubiera costado más si lo hubiera mirado a la cara al hacerlo. No pude hacerlo mientras hablaba. Imposible.

El flexionó sus piernas y se abrazó las rodillas, esperando a que yo empezara a hablar, pero no pudo evitar dar el pistoletazo de salida.

—Me alegro de que por fin me vayas a contar por qué cojones te pasas el día evitándome. Si sé lo que ocurre quizá podamos arreglar lo que sea que te pase y seguir como antes.

¿Seguir como antes? ¿Como antes o después de enrollarnos y

acariciar nuestras zonas más íntimas? ¿Antes o después de decirme que nosotros nos habíamos elegido hacía mucho tiempo? ¿Antes o después de mirarnos como lo hicimos?

—A ver… es que… —Me mordí el labio.

—Tranquila, *Green* . No puede ser tan malo.

No era malo. Era horrible. Me sentía tan mal que no sabía por dónde tirar. Así que decidí elegir el camino del medio. El de la verdad a medias. El de la mentira a medias.

—El caso es que… no es que tú me hayas hecho nada, pero… —allá iba— Camila me mira bastante mal cuando tú y yo compartimos tiempo juntos y no quiero causar problemas entre vosotros.

Digo mentira a medias porque menudas miraditas me dedicaba la chica cada vez que Axel y yo hablábamos o bromeábamos sobre algo. Y no la culpaba, todo lo contrario, podía llegar a entenderla, porque Axel y yo teníamos una conexión tan especial que no escapaba a ojos de nadie.

—¿Cómo? —Abrió los ojos como platos—. ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Claro que te lo digo en serio, Ax.

—No me lo puedo creer. —Se revolvió el pelo con gesto nervioso, mirando al frente—. ¿Me estás diciendo que porque Camila te mira mal te has echado a un lado? —Finalmente giró el rostro para fijar sus ojos en los míos, aunque yo no le correspondiera.

—Sí, eso he dicho.

—No me jodas, *Green* . No hagas eso. Tú y yo somos mucho más de lo que yo pueda tener con ella. Estamos muy por encima de eso. Pensé que lo sabías.

—Yo…

—Espera un momento. Déjame terminar. —Asentí—. Mírame.

No me pidas que te mire, joder.

—*Green* —insistió—. Por favor, mírame.

Alcé la vista pausadamente, como si eso me fuera a dar más tiempo antes de enfrentarme a sus ojos. Y quizá gané unos segundos, pero nada más. Era alargar lo inevitable. Alcancé su mirada y casi me pongo a llorar como un bebé y a gritarle que lo que quería era estar con él, nada más. Que Camila me miraba mal, pero que no era solo eso lo que me había provocado poner distancia entre ambos. Que había algo más, y era que estaba enamorada de él

y no soportaba tenerlo únicamente como amigo después de lo que compartimos en su día. Que me tratara como una amiga cuando lo que yo deseaba era que lo que había comenzado el año anterior continuara de manera natural, sin distancias. Sin muros. Sin darle tantas vueltas a algo que estaba segura de que, si lo dejábamos fluir, funcionaría.

Pero en vez de decirle todo lo que me salía de las entrañas, me callé. Como una cobarde. Bravo por ti, Val.

—Escúchame bien, no puedo aclarar nada de lo de Camila, porque reconozco que no he sido consciente. Pero lo que tengo claro, clarísimo, es que si ella supone un problema para que nosotros estemos bien, la que desaparece es ella, no tú. ¿Entendido? Tú, nunca.

Vuelco al corazón. Joder. No quería eso. Bueno sí, pero no de esa manera. No así.

—Con esto no he querido ponerte en un compromiso, Ax —reaccioné de inmediato—. En ningún momento quiero que elijas. Es evidente que juntos estáis bien, así que lo que tienes que hacer es seguir pasándolo bien juntos. Esto es más… no sé… es una tontería. Seguro que he visto fantasmas donde no los hay. No me lo tengas en cuenta, por favor.

—Sé que no quieres ponerme entre la espada y la pared. Sin embargo, quiero que te quede claro que es todo mucho más sencillo de lo que tu cabecita quiere creer, ¿vale?

—Vale. —Asentí con pudor.

—Y que prefiero que, si hay algo que te haga sentir mal, vengas y me lo cuentes. Me has tenido jodido con esto de salir corriendo cada vez que yo intentaba acercarme a ti.

—Lo siento.

—No me pidas perdón, pequeña. Me alegro de que me lo hayas contado. No soporto tenerte tan lejos, *Green* .

Y se acercó a mí para darme un abrazo que, en vez de arreglar mis partes rotas, me las despedazó aún más. Como cuando se hace una pequeña grieta en un cristal y con un golpecito empieza a agrietarse por todas partes como si fueran relámpagos. Mi grieta se había desbordado.

Qué difícil fue mantener esa conversación. Cómo me dolió recomendarle que siguiera con Camila. Pero, muy a mi pesar, era lo que tenía que hacer. El hecho de que yo estuviera mal no quería decir que él no pudiera seguir con su vida. No solo no había

conseguido confesarle abiertamente por qué me alejaba de él, sino que Axel terminó convenciéndome de que no lo hiciera. Diciéndome que hasta dejaría a Camila en el caso de que supusiera un problema entre nosotros.

Pero, al final, esconder sentimientos de manera tan forzada acaba explotando. Y esa noche, reventó. Como lo hace un globo cuando sobrepasa su capacidad de aire. En mi caso sobrepasó la cantidad de tensión.

Aquella noche de fiestas en el pueblo, salimos todos a pasarlo bien. A disfrutar de una noche entre amigos como veníamos haciendo lo que llevábamos de verano.

Ese día me había levantado algo cruzada porque la noche anterior Axel no regresó con nosotros. Decidió terminar la velada con Camila. Y me dolió bastante, porque casi siempre acabábamos la noche todo el grupo junto charlando en el muro, comentando la jugada de la velada. Me punzó sobremanera imaginarlo acostándose con esa chica a la que cada vez estaba cogiendo más manía. Aunque creo que eso ya lo sabéis. Total, que ya estuve cruzada todo el día, hasta el punto de no querer salir por la tarde con ellos al lago y quedarme con mi abuela haciendo maratón de pelis desde después de comer hasta la hora de cenar. No me apetecía verlo. Me dolía mucho. Estaba entre enfadada, entristecida y asqueada al ver que esto no terminaría de doler hasta que me volviera a Madrid. La situación ya estaba siendo demasiado difícil como para, además, machacarme teniéndolo cerca. En todo momento fui consciente de que él no tenía culpa de nada, que la que sentía así era yo, pero era inevitable sentir cierto rechazo hacia él en determinadas ocasiones.

Compramos bebida en un ultramarinos y nos la tomamos en un parque antes de que empezara la música en la plaza. Adrián, Rober, Camila y algunos chicos y chicas más se habían unido a nosotros y, entre copa y copa, estábamos pasando una buena noche.

A la segunda copa, al menos mía, Adrián se puso especialmente cariñoso conmigo. Nunca habíamos pasado de besos y tocamientos, jamás habíamos realizado el acto completo llegando a la penetración. No me sentía segura para hacerlo. Estaba bien con él, pero como ya os había contado antes, era una forma de consolar lo que tanto escocía. Adrián era buen chico, pero sabía lo que había. Sabíamos lo que teníamos. Él mantenía una relación abierta con una chica en su ciudad y nadie escondía nada a nadie.

Aunque en ningún momento le confesé lo que sentía por Axel,

pienso que era algo demasiado evidente que proclamé sin necesidad de palabras.

Para acostarme con alguien, necesitaba algo más que buenos momentos. Algo como confianza, complicidad, tiempo, seguridad… y eso no lo tenía con Adrián.

Me abrazó por detrás y comenzó a darme besos por el cuello, realizando suaves absorciones sobre él, de tal forma que, si seguía así, terminaría dejándome una marca. Sentí cómo Axel, que quedaba frente a mí sentado en un banco, clavaba la mirada en él con el ceño fruncido y el rictus serio al tiempo que daba un trago largo a su copa.

Me sorprendió en cuanto a que Axel no demostraba de forma tan clara lo que sentía, ni de manera verbal ni no verbal. Era un experto en esconder divinamente sus emociones ante los demás. Sin embargo, en ese momento no lo hizo, no los ocultó, como si le hubiera dado igual que todos vieran su gesto juicioso hacia Adrián, el cual se mostraba totalmente ajeno a la situación. Camila, que no tenía ni un pelo de tonta, y se había dado cuenta, se sentó sobre sus piernas y, cogiéndolo por la nuca con osadía, le fue a regalar un beso que él, sin importarle una mierda las consecuencias, rehusó al tiempo que buscaba mi mirada. Le di un trago al poco alcohol que quedaba en mi vaso mientras le sostenía el contacto visual y me separé de Adrián, excusándome con que iba a ponerme otra copa. La tercera. Las sirenas de alarma empezaron a bombardear mi cabeza, pero no les hice caso. La cuerda empezó a romperse y no me dio tiempo a volver a anudarla.

Teníamos las bolsas con las botellas, los vasos y los hielos en una mesa de piedra situada como a unos cinco metros de los bancos donde estábamos sentados, y me alejé de Adrián con la clara intención de coger aire, despejarme y analizar por qué Axel esa noche tenía el rictus tan serio y estaba tan pendiente de mí y de mi chico.

Pensé que lo mejor que podía hacer era esforzarme por llevarnos bien después de habernos enrollado el verano anterior y haber hablado aquel día en el lago sobre su relación con Camila. Llegué a la conclusión de que quizá el problema lo tenía solo yo, y él ya había pasado página. Mejor no complicar más las cosas.

Sin embargo, esa noche, me demostró todo lo contrario. Axel salió de su personal hermetismo para comenzar a mostrarlo todo sin reservas. Y si a eso le sumabas que yo ese día estaba más que

cruzada, nos convirtió en un coctel explosivo.

—No te gustan que te dejen marcas en el cuello. —Escuché de repente tras de mí con un tono bastante áspero.

Me giré con el vaso vacío en la mano e intenté descifrar qué me intentaba decir Axel con la mirada. Estaba como molesto conmigo.

—Eso no es cierto —respondí, dándome la vuelta.

—Sí lo es. Tú misma me lo dijiste el día que nos enrollamos cuando intentaba hacerte uno —alegó en tono hostil mientras se situaba a mi lado y cogía un vaso de tubo.

Tocada y hundida. ¿Se podía saber qué le pasaba? Bastante jodida estaba yo de verlo con la otra como para que viniera a tocarme las narices. No eligió un buen día para tocármelas.

—Puedo cambiar de idea, ¿no? ¿O es delito? —El alcohol empezaba a hacer estragos y mi mala leche también.

—Claro que puedes. Hasta donde yo sé, no pasarás la noche en el calabozo por pensar diferente. Pero, a pesar de que intentes convencerme de lo contrario, estoy más que seguro de que sigues pensando lo mismo. Te conozco bien. —Me miró en silencio durante unos segundos—. ¿Me pasas el hielo, por favor?

Me mordí el interior de mis mejillas para intentar aplacar mi nerviosismo y no reconocerle que tenía más razón que un santo. Que efectivamente no me gustaban los chupetones. Más por el hecho de que mi madre me pillara con alguno que porque me los hicieran, ya que pensaba que el proceso era muy placentero.

—Aquí tienes. —Se los tendí desafiándolo yo también con la mirada—. ¿Y puedo saber qué te hace pensar que sigue sin gustarme? Ha pasado tiempo desde aquella noche, ¿no crees? ¿Es que eres capaz de ver a través de mis pensamientos? —vacilé.

—Te joda o no, desde hace mucho tiempo, soy capaz de verte a través de tu mirada —respondió, devolviéndome la bolsa de hielo y taladrándome con sus ojos.

Me dejó sin palabras, eso sí que no me lo esperaba. Me dejó descolocada, tenía que buscar algo con lo que atacar para que no me notara afectada ante su respuesta.

—Fíjate, a ti nunca te han gustado las chicas empalagosas, y mírate ahora. Parecéis dos jodidos algodones de azúcar. Todo cambiamos, Axel.

Touché . Alzó las cejas sorprendido. Buena ofensiva.

—Y siguen sin gustarme, deberías saberlo. Simplemente es… cariñosa. —De repente, paró de echarse el refresco en la copa y se

me quedó mirando—. ¿Has dicho *jodidos* ?

—Sí, ¿hay algún problema? —Le devolví el gesto.

—Ninguno, ninguno. Es que creí que en esta relación el de las palabras malsonantes era yo.

—Nosotros no tenemos ninguna relación.

—¿Ni de amigos? ¿O es que para tener una relación hay que follar? Porque no sé si lo recuerdas, pero estuvimos muy cerquita de hacerlo.

Buen gancho, amigo.

—Mira, Axel —cerré los ojos mientras me acariciaba la frente —, es evidente que algo nos está pasando porque estamos que saltamos a la mínima y por cualquier gilipollez, pero te agradecería que me dejaras pasar la noche tranquilita. No tengo ganas de discutir.

—¿Y quién está discutiendo?

—Tú lo estás haciendo.

—Yo no discuto.

—Déjalo, da igual.

Y me marché de allí rezando para que este mal rollo se nos pasara. Estaba claro que los dos gastábamos mecha corta y, ante cualquier provocación, sería cuestión de segundos que nuestros sentimientos explotaran por los aires.

Después de bebernos el tercer cubata en el parque (y de dejarme hacer un chupetón solo por tocarle los cojones a Axel. Sí, he dicho *cojones*), nos dirigimos hacia la plaza para bailar y disfrutar de la noche de fiestas. El problema era que la conversación con Axel me había dejado tocada y jodida por completo. Me había dado un bajón del que era bastante difícil remontar. Por suerte o por desgracia, él tenía el poder de tener esa influencia sobre mí. Lo que a él le dolía, a mí también. Lo que a él le molestaba, a mí también. Lo que él sentía, yo también. Lo que a él le afectaba, a mí también. Había desarrollado hacia él una extraña empatía que me conectaba de manera extraña.

Adrián me preguntó en varias ocasiones si me ocurría algo, pero no me apeteció contarle la conversación que habíamos tenido Axel y yo, porque Adrián no era tonto y sabía que algo burbujeaba entre nosotros, que no éramos unos simples amigos que se llaman de vez en cuando para contarse qué tal su día, a pesar de no haberle confesado que en una ocasión nos enrollamos.

Y es que Axel era mi talón de Aquiles y me molestaba

muchísimo reconocerlo porque me daba rabia. Me daba una rabia tremenda darle forma, vida y protagonismo a esa sensación. Porque yo quería alejarme de él. Era imposible mantener una relación con tanta distancia de por medio. No tenía ningún sentido seguir buscando razones para pensar que podría ir bien, eso solo me hacía más daño. Y, tal y como lo veía con Camila, era más que evidente que él había pasado página. Que yo era pasado para él.

Me daban punzadas en el estómago cada vez que lo veía besarla o mirarla como lo hacía conmigo. Recordaba ese día en el que ese cuerpo fue mío, en el que esas manos recorrieron mi piel con desasosiego y sin descanso, en el que esos labios me prometieron un futuro, en el que nuestras palabras nos sepultaron para siempre.

AXEL

Era cierto que cuando cada uno volvió a su ciudad de residencia, nos vinimos arriba y ya casi nos veíamos casados y con hijos. Pero según fue pasando el tiempo, nos dimos cuenta de que era una putada mantener una relación a base de videollamadas. Habíamos pecado de inocentes y la emoción del momento nos había hecho creernos dioses de un lugar donde no había espacio para las distancias. Nos hacía falta el contacto físico, el mirarnos a un palmo de distancia, el reconocernos al sentirnos, el ser nosotros en un micromundo y olvidarnos del resto... Y eso fue haciendo mella según las hojas de los meses iban cayendo del calendario. Lo pasé de puta pena, porque me gustaba muchísimo, quería estar con ella, pero la situación era la que era. No había manera de forzar la situación de tal forma que pudiéramos encontrar una solución. Nos creímos invencibles y no lo éramos tanto.

No me sorprende en absoluto leer que ella lo pasó jodidamente mal, porque yo sentí lo mismo. Después de haber estado con ella en los términos que estuve, no fui capaz de quitármela de la puta cabeza. Y sí, cuando pensaba en ella se me ponía durísima y tenía que buscar consuelo en la soledad de mi cama o de la ducha. No era de piedra. Y recordar su cuerpo atado al mío aquella noche en el lago, sus fricciones sobre mi erección, sus pechos en mi cara y cómo me tocó, me volvía jodidamente loco.

No obstante, la situación se enfrió, y ambos fuimos conscientes de ello. Ninguno quiso ocultarlo, todo lo contrario, fuimos sinceros desde el principio para no alargar lo imposible. De la misma manera que nos vinimos arriba, también nos desinflamos porque, como decía mi madre, todo lo que sube baja, y nosotros, al caer, nos dimos una hostiazo de mucho cuidado. No obstante, supimos esconder los moretones y las fracturas a la intimidad de nuestro dolor.

Cuando llegó el verano y nos volvimos a ver, fui totalmente cagado. No sabía cómo iba a reaccionar después de estar casi un año sin verla, al menos, en persona. Llevaba un par de meses fantaseando cómo sería reencontrarnos y anticipándolo tantas veces en mi cabeza que pasé noches de insomnio por la ansiedad que me provocó. Y como siempre, mis putos impulsos primarios llegaron antes a mi cerebro que la parte consciente, y cuando la vi, con toda

la premeditación del mundo, me quedé al final. Me situé detrás de todos y esperé estoicamente a que la saludaran para hacerlo yo en último lugar, cuando en realidad lo me apetecía era ser un puto egoísta y acercarme primero sin pensar en los que venían detrás.

Verla de nuevo me nubló la mente y me secó la garganta, y producto de esa enajenación mental fue el lanzarme y abrazarla con tantas jodidas ganas como para levantarla del suelo. Volver a sentirla junto a mí fue como una puta bendición que no creí merecerme. Val era demasiada mujer para un cabrón como yo que prefería ir de mano en mano antes de que me ataran lo suficiente como para no poder volar solo cuando lo deseara.

Pero un par de semanas después la cosa se complicó. Y juro que, si hubiera sabido en ese momento lo que sé ahora al leer lo que ella sintió, no me hubiera acercado a Camila. Bueno, ni a ella ni a nadie que no fuera Val.

Lo mismo es que los hombres somos más simples para estas cosas, no lo sé. Pero pensé que lo nuestro había quedado zanjado y, aunque seguía loco por ella, no quise forzar las cosas y que acabáramos haciéndonos daño. Camila me hacía sentir bien, en el sentido de que ya que no podía estar con Val, tenía alguien con quien pasar buenos ratos.

Pero Val, día a día, fue cambiando su actitud para conmigo. Empezó a mostrarse más distante, más fría, menos bromista, menos cercana, menos ella, y no entendí muy bien por dónde iban los tiros ni qué podía haber hecho para provocarle tener ese comportamiento. Se lo pregunté en varias ocasiones y siempre obtuve la misma respuesta: nada. Así que un día se me hincharon los cojones y la amenacé con no dejarla tomar el sol en todo el verano si no me contaba qué coño le pasaba. Y me lo contó, aunque me lo creí a medias.

Lo que pasa es que, al final, esperar a que prácticamente explote la bomba para hablar no es lo más conveniente. Nos explotó la granada en toda la puta cara y no supimos muy bien cómo gestionarlo.

Una de las noches que salimos, yo estaba ya un poco cansado de ver a Adrián como una jodida lapa con ella, no la dejaba ni respirar. Y de primeras, achaqué que lo mismo la distancia que ponía Val conmigo tenía también algo que ver con él. Imaginé que lo mismo él la acaparaba tanto que provocaba una reducción de tiempo y de interés de Valeria hacia mí.

Y claro, mi cabeza se fue calentando hasta echar humo por las orejas cuando vi cómo él intentaba hacerle un chupetón en el cuello. Me sentó como una patada en los cojones, lo reconozco, y la miré con coraje, vaya si lo hice, y se dio cuenta porque puso distancia con su chico.

Me arrepiento de haber sido tan brusco con ella, pero estaba tan jodidamente enfadado conmigo mismo por sentirme así y no tener los cojones de decirle lo que realmente sentía por ella que empeoré las cosas.

12
MAMIHLAPINATAPAI

(Mirada entre dos personas, cada una de las cuales espera que la otra comience una acción que ambos desean, pero que ninguno se anima a iniciar)

Cuando yo tenía dieciocho y él, veinte (Parte II)

Con la excusa de ir al baño de algún bar, me fui sola a respirar y pensar en lo que estaba pasando. Necesitaba alejarme y poner mi mirada en otro lugar que no fueran ellos. Axel y Camila. Dolía demasiado. Cuando los dejé en la plaza, ella lo atrapaba por la nuca y le susurraba cosas al oído obteniendo una sonrisa traviesa por parte de él.

No lo soporté, lo reconozco. No resistí ver que él le entregaba a ella lo mismo que a mí me prodigó aquella noche. Así que lo mejor fue poner distancia. Esa noche me pareció lo más lógico para que no nos hiciéramos más daño.

Me acerqué a una de las barras de bar que colocaban en la calle y me pedí un refresco. Ya me había tomado tres copas, y eso no colaboraba para que lo viera todo más sencillo, pero en ese momento era lo único que hacía que mi corazón no llorara. O, al menos, que lo hiciera con menos intensidad.

Paseé por la feria, observé cómo giraba la noria, cómo la gente disfrutaba en los coches de choque ajenos a mi dolor y los puestos de algodón de azúcar.

Algodón de azúcar, el dulce que le había dicho momentos a Axel, con toda mi rabia, que parecían su chica y él. ¿Es que todo tenía que recordarme a él? Estaba segura de que hasta una piedra en el suelo me traería algún recuerdo suyo a la memoria. Alguna relación sacaría entre la piedra y él. Y es que ojalá algunos recuerdos tuvieran fecha de caducidad. Todo sería mucho más sencillo si pudiéramos elegir lo que preferíamos mantener en la memoria y qué nos gustaría olvidar para aligerar nuestra mochila emocional.

Decidí seguir caminando sin rumbo fijo y terminé adentrándome en un camino sombrío, algo aislado y totalmente vacío. Justo lo que buscaba. Un lugar en el que pensar, gritar, llorar o estallar en mil pedazos sin que nadie me viera ni me preguntara.

Me senté sobre una piedra, o al menos me pareció un pedrusco con mis tres cubatas entre pecho y espalda y la oscuridad que acechaba el sendero. Alcé la mirada para fijarme en las estrellas. En lo tranquilas que estaban ahí arriba sin que nadie les dijera cómo o cuándo brillar. Las envidiaba.

Qué paz daba ese silencio.

Di un trago al refresco y el móvil empezó a sonar provocándome un sobresalto, lo saqué del bolso a trompicones y tras enfocar mi mirada en la pantalla vi que quien quería ponerse en contacto conmigo era Axel.

—Y una mierda. No quiero hablar contigo —me quejé en alto mientras le colgaba.

Volví a guardar el teléfono y milésimas de segundo después volvió a sonar.

Otra vez él.

Otra vez le colgué.

Había olvidado lo insistente que podía llegar a ser. Una vibración en el bolso me anunció que me había llegado un mensaje. Lo saqué de nuevo y volví a ver su nombre reflejado en la pantalla.

Testarudo. Muy testarudo.

«¿Dónde estás?».

Una pregunta corta, concisa y concreta. En dos palabras estaba todo dicho.

Tampoco le respondí al mensaje, no me apetecía hablar con él y soltarle por la boca toda la mierda que llevaba acumulada en mi garganta. No nos llevaría a nada bueno ser tan viscerales, eso seguro. Sería como estallar una bomba nuclear en medio de nosotros y que la onda expansiva durara años. Así que mi idea de estar sola en ese momento no estaba tan mal pensado, lo que ocurría es que él me lo estaba poniendo bastante difícil.

Nuevo mensaje. No se daba por vencido.

«¿Dónde cojones estás?».

Bueno, ya no eran dos palabras, eran tres, y la nueva había sido *cojones* . Una expresión que no me extrañaba nada viniendo de él. Y que a mi entender ponía más énfasis a su pregunta y a su cabreo.

En ese momento sí contesté, no sé si fue el «cojones» el que me dio el coraje de escribirle, o que yo quería tocárselos, pero respondí. Y con veneno entre las letras.

«Si te cuelgan el teléfono varias veces, lo mismo es que no quieren hablar contigo. Llámame intuitiva. Cojones».

Enviar.

Y le di al botón con una sonrisa en los labios, orgullosa de lo que acababa de hacer. Ay, los cubatas y la rabia, qué valientes nos hacen… En fin, que el móvil volvió a sonar esta vez con tono de llamada. Otra vez él.

Decidí cogérselo porque entendí que pudiera estar cabreado y, en ese momento, mi conexión empático-extraña con él fue la que me hizo reaccionar.

—¿Se puede saber qué quieres? —respondí enfadada.

—¡¿Dónde cojones estás?! Me tienes preocupado, joder, Val.

Por lo visto, él también estaba disgustado (y mucho).

—¿Y a ti qué más te da?

—*Green* —respondió agobiado—, por favor, no vayas por ahí, sabes de sobra que me importa. Que me importas. Solo quiero saber si estás bien.

—Estoy de maravilla. Además, Adrián está conmigo.

—Y una mierda, él está aquí con unos amigos tomándose algo. Así que no me mientas, Val, te lo pido por favor.

Joder, si es que tenía que comprobar mi coartada antes de lanzarla como un misil.

—¿Que no te mienta, dices? ¿Quieres que hablemos de mentiras, Axel? —me envalentoné—. Tú y yo fuimos una mentira. Una puta mentira que duró una noche.

Las lágrimas empezaron a rodar sin permiso por mis mejillas. Pero no dejé que me notara derrumbada.

—Nos lo pasamos de puta madre, eso sí —añadí—, pero, por lo visto, no lo suficiente como para pensar en algo más, ¿verdad? Lo mismo si hubiéramos follado, la cosa hubiera sido diferente, ¿no crees? Como tú me has dicho antes, quizá, follar hubiera cambiado nuestro tipo de relación.

—No, joder, Val —susurró agobiado—. No hagas eso. No así. Sabes que no es verdad. Dime dónde estás y hablemos esto juntos, cara a cara.

Me quedé en silencio mientras apretaba los dientes sin saber qué decir.

—Green, te lo pido por favor. No me perdonaría que te pasara algo.

Respiré hondo. Cerré los ojos.

—Estoy en un camino, cerca de la feria, no… no sé muy bien decirte dónde.

—¿Un camino? Joder, Val. Mándame ubicación. Ahora.

En un par de segundos se la envié, haciéndole conocedor de mi situación geográfica. Y es que ese influjo que tenía sobre mí me hacía querer tenerlo cerca pasara lo que me pasara.

—No te muevas de ahí, ¿me has oído? En dos minutos estoy contigo.

Y sí que fueron dos minutos. Debió de venir corriendo porque su respiración estaba acelerada, y el subir y bajar de su pecho era la muestra de ello.

—¿Val? —Escuché al verlo entrar en el camino.

—Aquí. —Iluminé con el móvil mi situación.

Aceleró el paso y en segundos lo tenía frente a mí.

—Joder, Val. —Se agachó para cogerme de las manos—. ¿Qué haces aquí? Podría… —miro en derredor— podría haberte pasado algo.

—Sé cuidar de mí misma.

—Pues no lo parece.

—¿A qué has venido, Axel? ¿A decirme que lo que vivimos fue muy bonito, pero que lo mejor es que seamos solo amigos? —Me levanté y sentí que observaba todos mis movimientos al tiempo que me alejaba un par de metros de él.

—Val, ¿qué estás diciendo? ¿Qué coño estás diciendo?

Me giré para mirarlo de frente.

—Lo que oyes.

—No eres tú la que hablas.

—Ah, ¿no? ¿Y quién es?

—Estás enfadada conmigo y no consigo entender por qué. Pensaba que era por lo que hablamos el otro día en el lago, pero veo que la cosa va más allá. Acláramelo, por favor.

—Te creía más inteligente.

—No estoy para adivinanzas, ¿me oyes? Lo que me quieras decir, dímelo, sin paños calientes. Suéltalo. Todo. Sin medias tintas.

—Te veo muy tranquilo.

—Lo estoy. ¿Y sabes por qué? Porque te vuelvo a repetir que sé que la que habla no eres tú, es la mala hostia la que te ha envalentonado y hace que digas según qué cosas, así que no pienso tener en cuenta todo lo que me vayas a decir por muy malo que sea.

Me dio rabia su templanza. Mucha. Yo estaba de los nervios y él hablándome como si no pasara nada. ¿Es que a él no le jodía verme

con otro? ¿Le daba igual que, después de lo que nos habíamos dicho aquel día y tiempo después por mensajes, estuviera en brazos de otro? ¡Pues a mí no me daba igual!

Estaba a punto de estallar. De explotar. De reventar. De saltar en mil pedazos.

Hasta que de repente… ¡boom! Ya no hubo vuelta atrás.

—Tienes razón, no es nada bueno lo que te voy a decir. —Sonreí de manera triste—. Me da una rabia tremenda que yo esté aquí como una histérica y tú te comportes como si nada pasara. Porque sí pasa, ¿sabes, Axel? ¡Al menos a mí sí que me pasa! Pero es que ahora no me apetece compartirlo contigo porque, total, para qué, ¿para enzarzarnos en una conversación sin pies ni cabeza? ¿Para que no nos pongamos de acuerdo y acabe hecha una mierda mientras tú, con la entereza que te caracteriza, asientas como si nada te importara? —Negué con la cabeza con una sonrisa triste—. Pues no te voy a dar el placer, amigo. Hoy no.

Y empecé a caminar de vuelta a casa.

No hubo respuesta por su parte. Y lo agradecí porque, si no, no sé qué hubiera pasado.

Sentí que Axel seguía mis pasos a cierta distancia, respetó el momento de intimidad que yo necesitaba, y se lo agradecí porque si hubiera intentado continuar la conversación, nos hubiéramos hecho mucho daño.

Me sentía egoísta porque él no me había hecho daño de manera consciente ni premeditada. Solo estaba rehaciendo su vida como yo debería haber hecho, pero su recuerdo pesaba demasiado. No podía dar un paso sin acordarme de lo que sentía por él y lo que me hacía sentir con solo una mirada, un gesto o una sonrisa. Y me jodía tanto sentirme así… ¡Es que no era justo! ¿Por qué él me había olvidado, o al menos estaba intentando hacerlo, y yo no? ¿Cuánto tiempo me iba a durar esta sensación tan extraña de no poder avanzar con ningún chico si ese chico no era él?

Llegué a casa, y antes de entrar eché la vista atrás, lo vi, y nos quedamos mirando fijamente demasiado tiempo, tanto que al final vi cómo se acercaba a grandes zancadas hacia mí y su gesto no era tan calmado como con el que habíamos hablado antes. Parecía que el enfadado ahora era él.

Llegó hasta mi como un vendaval, no me dio tiempo ni a darme cuenta de que lo tenía delante cuando me cogió la mano y tiró de mí en dirección al muro.

—Pero ¿qué haces? ¡Suéltame!

—No me da la gana.

—¿Que no te da la gana? ¿Tienes algún trauma infantil con tirar de la gente? ¡porque te recuerdo que hiciste exactamente lo mismo conmigo cuando tenía dieciséis años!

—No me lo recuerdes.

Ahora se habían cambiado las tornas, era él quien estaba alterado, mientras que el camino de vuelta para mí había sido como un sedante. Me había servido para relajar un poco la tensión de mi cuerpo y reflexionar sobre lo que había pasado hacía unos minutos. Tenía que ser clara con él. Esto había llegado demasiado lejos.

Una vez frente al muro, me soltó la mano y se situó frente a mí. Se revolvió el pelo con gesto nervioso mientras caminaba de un lado a otro, era evidente que estaba a punto de estallar. Hasta que frenó sus movimientos para quedar justo frente a mí, que no me había movido ni un ápice desde que habíamos llegado.

—Val, ¿tú crees que a mí me la suda ver cómo el gilipollas de Adrián y tú os coméis la boca cada dos por tres? ¿Tú crees que a mí me importa una puta mierda ver cómo otro tío te toca donde yo te toqué un día y no consigo quitármelo de la puta cabeza? ¿Tú crees que soy de piedra y que todo lo que tenga que ver contigo me la pela, joder?

La que se quedó de piedra fui yo, creo que se me bajaron los cubatas a los tobillos con el primer taco que soltó por la boca. Y lo único que se me ocurrió decir dentro de lo petrificada que me había quedado fue:

—Axel, yo… yo no pensaba que… vamos, no me podía imaginar que tú… ¿Estás celoso de Adrián?

—¿Celoso yo? ¿De un tipo que un día va a morir por falta de oxígeno por llevar estrangulados los bíceps con esas camisetas tan estrechas? ¿Nunca te has parado a preguntarle por qué no se las compra una talla más grande?

—¿Perdona? Claro, mejor hablar de Adrián que de Camila, ¿no? Que cualquier día se coloca las tetas tan arriba que correrá el riesgo de que se la lleven a Urgencias al confundirle los pechos con paperas.

Me miró tan sorprendido que pocos segundos después una sonora y varonil carcajada emergió de su garganta. Reconozco que ese sonido destensó un poco el ambiente.

—¿En serio? No me jodas, Val, te pensaba más original en una

batalla dialéctica.

—Esto no es una batalla dialéctica.

—Sí, sí lo es. Y con tu amplio vocabulario me sorprende que no me salgas con alguna palabra de esas tan raras que utilizas a menudo.

—No quiero dejarte en desventaja. No entenderías nada de lo que dijera y no estaríamos al mismo nivel.

—No es verdad.

—Sí, sí lo es.

—¿Vas en serio con él, Val? —preguntó, cambiando su tono de sorna por otro más profundo.

Reconozco que la pregunta me pilló de sorpresa. ¿Iba en serio con Adrián? Claro que no. Pero pensé que él ya sabía la respuesta. No entendí por qué hizo la pregunta.

—¿Y tú? —contrataqué—. ¿Tienes planes de futuro con ella más allá de este verano? ¿Te ves casado, con hijos, una casa con jardín y un perro?

Axel me dedicó una mirada penetrante y después negó varias veces con la cabeza mientras cambiaba la dirección de su mirada para perder el contacto con la mía.

—Me sorprende que me preguntes eso. —Fijó sus ojos en los míos—. Tú me conoces lo suficiente como para saber que lo que tenemos ella y yo no va más allá del sexo y pasar un buen rato.

—Vaya, me deslumbra lo romántico que puedes llegar a ser —satiricé.

—No me jodas, *Green* , ella y yo tenemos bastante claro que nos utilizamos mutuamente para follar y disfrutar. ¿Y sabes qué? Creo que Adrián y tú no tenéis algo muy diferente a lo que tenemos ella y yo.

Me quedé fría ante su comentario. Por un momento me sentí algo agraviada por su afirmación, yo no utilizaba a los chicos para acostarme con ellos, buscaba algo más. Pero si lo analizaba más meticulosamente, puede que fuera así. Era posible que estuviera buscando a alguien que me diera lo que Axel no me daba, pero sin tanto sentimiento de por medio. Porque sentir a Axel tan cerca, y a la vez tan lejos, cada vez era más punzante. Y verlo besarse con esa chica me crujía por dentro, y mucho peor era imaginármelos en la cama, sabiendo lo bien que se las gastaba Axel con la destreza de sus manos.

Y sí, estaba celosa, muy celosa, espantosamente celosa, pero si

se lo reconocía, me delataría, y eso sería estropear todo lo bonito que teníamos, que tenemos. Porque, para mí, Axel era tan importante en mi vida que pensar en la posibilidad de perderlo por dejarnos llevar me hacía sentir cierta ansiedad en el pecho. Y sí, dolía, y mucho, no poder hacer con él lo que hacía con Adrián.

—Yo no follo, yo hago el amor —discrepé, mintiendo como una bellaca para no quitarme la careta de manera tan descarada.

—Y una mierda, *Green* —escupió—. Y una puta mierda. Tú y yo sabemos que eso no es verdad, pero no voy a discutir contigo sobre este tema ahora. Nos prometimos que no pasaríamos la línea roja y no pienso franquearla.

—Entonces está todo dicho, Axel. Seguir hablando sobre nosotros lo único que haría sería enfangarlo todo más de lo que ya está. En su día ya lo discutimos y ambos estábamos de acuerdo. No podíamos tener nada porque, como dicen, la distancia es el olvido, y yo no quiero olvidarte. Prefiero tenerte como amigo a no tenerte.

—*Green* … —susurro, acercándose a mí.

—No —lo detuve con la mano—, vamos a dejarlo así. De verdad. Esto se me ha ido de las manos. Te pido perdón de todo corazón, bastante mal me siento ya como para intentar arreglarlo de alguna manera que no sea haciéndote más daño. Ya te lo he hecho bastante.

—Val, eres una de las personas más importantes de mi vida. Lo que ocurrió el año pasado, como te acabo de decir, no se me va de la puta cabeza. No pienses que, para mí, no significó nada porque no tengo vida suficiente para darte todas las razones por las que significó algo. —Se acercó peligrosamente más a mí—. *Green* , escúchame, yo…

—No, no digas nada más, por favor. —Posé mi dedo índice sobre sus labios—. Vamos a dejarlo así. No volvamos a hablar de lo que ocurrió porque es doloroso. No lo que pasó, eso no duele, lo que duele es el recuerdo. —Hice una pausa mientras sentí cómo Axel cogía mi dedo y enlazaba su mano con la mía.

—No hagas esto, *Green* , no me alejes de ti.

Lo miré con los ojos levemente empañados, pero más convencida que nunca de lo que iba a decir a continuación.

—Prométeme que nunca volveremos a hablar de lo que pasó el verano pasado. Prométeme que no volveremos a hablar de nosotros en otros términos que no sean de amistad. Tú estás rehaciendo tu vida y te admiro por ello. Yo haré lo mismo.

Axel negaba con la cabeza mientras yo hablaba. Era evidente que quien gestionaba todas esas palabras en ese momento era mi cabeza. Mi parte racional. Mi parte reflexiva. Mi parte menos emocional.

—No puedo —susurró.

—Prométemelo —insistí.

Cerró los ojos y suspiró. Nuestras manos aún estaban enlazadas y sentí que hacía algo más de presión sobre ella. Fueron unos segundos agónicos, aguardando su respuesta. Un silencio sepulcral que ni el rumor de la noche se atrevió a romper.

Finalmente abrió los ojos y me dedicó una mirada que no fui capaz de sostener. No pude. Escocía mucho. Pero él lo resolvió colocando su dedo bajo mi barbilla y redireccionando mi mirada. Esta vez fui yo la que cerré los ojos y suspiré.

—Mírame —dijo con serenidad.

Pero no me atrevía. Me pasaba como a los niños pequeños que cierran los ojos y creen que se convierten en invisibles. Quería desaparecer de allí por arte de magia y que, cuando abriera los ojos, el tiempo hubiera pasado y todo se hubiera arreglado. De una forma u otra, pero solucionado.

Abrí los ojos. Recibí su mirada acongojada.

—Puedo prometértelo si quieres —añadió—, pero te aseguro, desde este momento, que no voy a poder cumplirlo. Y no porque no quiera, ojalá pudiera para que todo esto fuera más fácil. Es porque no puedo. No me pidas que lo olvide porque no lo pienso hacer, Val.

Nos quedamos mirando durante unos segundos, intentando dar sentido a lo que nos estaba pasando. Si seguíamos así, acabaríamos cruzando la delgada línea roja que prometimos no traspasar.

Finalmente, suspiré y me di la vuelta para dirigirme a casa. No pudo prometerme que no volveríamos a tratar el tema, y la verdad es que en ese momento quizá yo tampoco hubiera podido hacerlo. Pero tenía que haber alguna manera de que esto no doliera tanto. Y si una de ellas era poner silencio de por medio, valdría como opción.

No me frenó, dejó que me marchara, probablemente porque estaba igual de destrozado que yo.

Los siguientes días fueron raros, muy raros. En diversas ocasiones pusimos burdas excusas para no coincidir, que aceptamos forzándonos a creer que eran verdad. Unas veces me aquejaba de un

falso dolor de tripa para no salir por la noche, y otras, él se inventaba dolores de cabeza que de manera repentina le punzaban sobre los ojos. Nuestros amigos no eran tontos. Sabían que algo ocurría, sobre todo al ver que aquella noche desaparecimos sin decir nada y que a partir del día siguiente nos comportábamos como dos desconocidos. No éramos capaces ni de que nuestras miradas coincidieran.

Era una situación tan asfixiante que, de manera premeditada y precipitada, adelanté mi vuelta a Madrid. Le conté a mi madre que una de mis mejores amigas de la universidad me necesitaba, cuando en realidad la que la necesitaba era yo a ella.

Mi última tarde allí, antes de irme a la mañana siguiente, fue rara. No sabía cómo decirles a mis amigos que me iba antes de tiempo por ser una cobarde y no tener valor de enfrentarme a lo que me ocurría con Axel. Así que cogí el camino más fácil. No dar más explicaciones de las necesarias.

Estábamos en el muro y lo solté de repente, sin venir a cuento, como si las palabras me quemaran en la garganta.

—Mañana por la mañana vuelvo a Madrid. Me ha llamado una amiga y tengo que ir a verla. Viajaré en el autobús de las ocho y media.

Axel me miró inquieto. Se mostró desconcertado, y aunque no dijo nada, no hizo falta. Había personas que únicamente a través de la mirada expresaban todo lo que sentían y en ese instante, él era una de ellas. No pude mantenerle la mirada mucho tiempo porque, en realidad, me sentí culpable por huir. Porque era lo que estaba haciendo, huir. No hacer frente a una situación que me escocía demasiado.

Nadie preguntó. Se limitaron a aceptar mi decisión. Era evidente que algo ocurría, y Beca y Sara esperaron para llamarme por la noche y preguntarme qué pasaba en realidad. Les dije que vinieran a casa y les contaría lo que ocurría. Y eso hice, cuando llegaron, nos encerramos en mi habitación y les describí con todo lujo de detalles lo que había pasado entre nosotros a lo largo de estos últimos años. No se sorprendieron, pero tampoco se esperaban que lo que sentíamos era tan fuerte. Lloré, me enfadé, reí ante las bromas de mis amigas y me dijeron que dejara que todo fluyera, que forzar la situación no nos llevaría a ninguna parte. Que entendían que me marchara, cosa que me alivió. Les dije que cuidaran de él. Y que si le ocurría cualquier cosa, no dudaran en

llamarme.

Me despedí de Eliot la tarde anterior con un par de besos y un abrazo, y con Axel no fue diferente. No quise alargar ese momento, y la despedida fue fría e impersonal. Nada tuvo que ver con lo que habíamos sido. Ambos quisimos que fuera así. Pero si a Axel le caracterizaba algo, como ya habéis comprobado a lo largo de la historia, era su terquedad.

Cuando a la mañana siguiente salía de casa a las ocho de la mañana, Axel me esperaba sentado en la acera de enfrente, abrazado a sus rodillas y con la cabeza reposando entre ellas. Al escuchar mi puerta, levantó la cabeza con celeridad y puso su mirada en mí. Me quedé clavada en el sitio, no me esperaba que estuviera allí.

—Hola —saludé con un hilo de voz.

—Hola —respondió mientras se levantaba y se acercaba con marcha pausada.

En el momento en el que se situó frente a mí, bajó la mirada y empezó a dar pequeños golpes a una piedra que había en el suelo. Fueron unos segundos eternos, en un silencio profundo únicamente roto por el cantar de los pájaros. Lo tenía delante, pero era incapaz de decirle nada.

Al cabo de un corto espacio de tiempo, que no fui capaz de calcular porque estaba turbada con su presencia, alzó la mirada y la clavó en la mía.

—Eh… —arrancó—, ¿esto es necesario, *Green* ? Quiero decir, ¿la hemos cagado tanto como para que tengas que marcharte antes?

Cogí aire pensado muy bien lo que quería responder. Lo exhalé mirando al cielo, a ver si la pérdida momentánea de nuestro contacto visual me daba las fuerzas suficientes para enfrentarme a este momento tan difícil.

—No la hemos cagado, Ax. He sido yo la que lo ha complicado todo con mi forma de actuar.

—Pero…

—Espera, por favor. No he sabido gestionar esto hasta que ha explotado en mis propias manos. Pensé que ser solo amigos sería más sencillo, y te prometo que vine concienciada con esa idea desde que lo resolvimos por teléfono antes de venir. Pero no he podido, lo siento. Contigo frente a mí ha sido todo más duro y difícil de controlar. Y lo siento. De verdad. En ningún momento quise estropear lo tuyo con Camila, aunque si te soy sincera, deseé

muchas veces que no funcionara.

Me miraba con atención, sin perder detalle de lo que le contaba. Me abrí por completo. Eso fue lo que tendría que haber hecho en su momento y no dejarme llevar por el enfado y la rabia como lo hice.

—He dañado lo que teníamos por no ser sincera antes contigo, sin embargo, por absurdo que parezca, pensé que era la mejor opción. Creí que poner distancia e intentar prestarte una escasa atención, podría conseguir que me gustaras menos. —Sonreí con desánimo—. No funcionó. Pero con el tiempo todo volverá a ser como antes, te lo prometo. Conseguiré que así sea. Pero, para ello, antes necesito tiempo y espacio.

—¿Puedo decirte algo?

—Claro.

—Val, escúchame bien. —Colocó sus manos en mis mejillas—. No sé en qué jodido momento llegaste a la conclusión de que no sentía nada por ti. Diste por hecho que me la sudaba verte con Adrián, cuando lo que realmente sentía era que me ardía todo de la mala hostia que me subía por la puta garganta. Pero ¿qué podía hacer? —Hizo una pausa para coger aire—. Quedamos en rehacer nuestras vidas, acordamos que no tenía sentido una relación a distancia. Pero ¿tú te crees que fue tan sencillo para mí? ¿Que nada más terminar aquella conversación, los sentimientos se los llevó el viento como si nada hubiera pasado? —paró un segundo—. No, *Green* , no. Te tengo en la jodida cabeza desde siempre, no desde que nos enrollamos. Eso fue un paso de gigante para que te quisiera aún mucho más. Pero no fue el detonante para fijarme en ti. Eso sucedió mucho antes. Ahora te vas, dejándolo todo es *stand by,* después de que los dos acabamos de abrirnos al otro. No es justo, ¿no crees? —Retiró sus manos de mis mejillas para colocarlas en su nuca.

A la mierda mi sentido común.

En ese momento me derrumbé, todos mis esquemas se alborotaron al escuchar que también sentía algo por mí, incluso había utilizado el verbo «querer», pero pretendiendo respetar nuestra decisión de mantenernos alejados, al menos, en el plano amoroso, no había dado ningún paso más. Al final los dos habíamos sido unos cobardes.

Me sentía tremendamente culpable por todo lo ocurrido, por haber dado tantas cosas por supuestas, y por esa razón había decidido irme antes de lo previsto y no liarlo todo más. Porque

estaba demostrado que ambos no podíamos estar tan cerca sin que pasara algo entre nosotros, tanto para bien como para mal. Éramos dos bombas de relojería. Nuestra historia estaba condenada al fracaso. Yo estudiaba en Madrid y él trabajaba y residía en Zaragoza. Insostenible.

—Ax, no sé si es justo o no. Lo único que sé es que ahora mismo lo que necesito es alejarme. Me estoy volviendo loca y tampoco te estoy dejando a ti estar bien. No te lo mereces. —Hice una pausa de unos segundos al tiempo que le acariciaba la mejilla—. Gracias por todo. De verdad. Has sido muy bueno conmigo. Sin embargo, yo…

—Tú nada, *Green* —me cortó—. No te despidas de mí como si no fuéramos a vernos nunca más. Como si no fuéramos nada. No lo hagas. Por favor. Me gustaría saber cómo te va todo, los estudios, la familia, tu vida en general. No me dejes fuera de tu vida, Val. No me hagas eso. Yo tampoco he sido capaz de decirte lo que sentía.

—Dame un par de meses, quizá menos, y te escribiré.

—¿Lo harás?

—Te lo prometo.

—Está bien. Esperaré entonces. No hagas que tenga que ir a buscarte. —Mostró una leve sonrisa—. Déjame, al menos, que te acompañe a la parada del bus.

—Claro que sí.

Sonrió con tristeza y adelantó su mano para coger mi maleta y arrastrar sus ruedas por el asfalto. Caminamos en silencio hasta el autobús, sin mirarnos, dando pasos lentos como si eso fuera a alargar la despedida. Pero nada era eterno, y a lo lejos vimos el vehículo. En menos de un minuto estábamos en la parada. Se acercó a guardar mi equipaje en el maletero del bus y después se acercó a mí.

—¿Tienes el billete?

—Sí, lo compre ayer.

—Ya…

—Hablamos, Ax. Te lo prometo.

—Eso espero, *Green* . Yo no te pierdo sin razón.

Y nos dimos un abrazo sentido, acogedor, donde pude aspirar su aroma a menta por última vez. Nada que ver con el que nos habíamos dado la tarde anterior cuando dije a mis amigos que marchaba hoy.

—Te echaré mucho de menos —me dijo con la cabeza entre mi hombro y mi cuello.

—Yo también. No lo dudes. Cuídate, ¿vale?

—Tú también. Que tengas un buen viaje.

Tuve que poner distancia entre nosotros porque el conductor anunció que los pasajeros con billete a Madrid debíamos subir ya y ocupar nuestros asientos. Posé un ligero beso en su mejilla y, sin mirar atrás, me subí al autobús. Sin embargo, en un momento de debilidad, giré mi rostro una vez el vehículo empezaba a recorrer sus primeros metros, y ahí seguía él, con las manos en los bolsillos y gesto serio.

Lo iba a echar mucho de menos, pero sabía que mi decisión nos haría bien a los dos. Dolería al principio, pero poco a poco sanaría.

AXEL

Cuando todos decidimos ir a la plaza, parecía que las cosas entre Val y yo estaban algo más calmadas, pero nada más lejos de la realidad. Fue la calma que antecede a la tormenta y no supe ver.

Parecía que la noche fluía mejor que al principio, pero hubo un momento en el que perdí a Val de vista. Pensé que habría ido al baño o a pedir algo de beber, sin embargo, los minutos pasaban y ella no volvía. Busqué con la mirada a Adrián y lo vi tomando algo en una de las barras con unos cuantos amigos, lo cual me confirmaba que no se encontraba con él. Me acerqué a Sara y Rebeca, y ellas me dijeron que Val les había dicho que iba al baño, pero de eso hacía ya mucho tiempo y no había vuelto.

Me empecé a agobiar, ella llevaba un par de copas encima y me extrañó que se hubiera ido a casa sin decir nada; al menos, a sus amigas. Después del encontronazo que habíamos tenido en el parque, no esperaba que fuera mí a quien le dijera que se marchaba.

Saqué el móvil y la llamé. Tras unos cuantos tonos me colgó. Sé que lo hizo porque no me saltó el contestador y no habían sido tantos tonos como para que se cortara la llamada. Me inquieté por si alguien estaba con ella y la había obligado a colgar. Insistí con otra llamada y obtuve la misma respuesta. Estaba cada vez más histérico. No saber dónde cojones estaba y no poder contactar con ella me estaba aturdiendo demasiado.

Así que le mandé un mensaje, y los dos *ticks* azules me mostraron que lo acababa de leer. Al no obtener respuesta, volví a mandarle otro, esta vez más contundente. Y a ese sí que respondió.

No era capaz de entender por qué cojones no conseguía hablar con ella. De tal forma que, como a cabezón a mí no me ganaba nadie, decidí insistir hasta que prendiera fuego al teléfono si era necesario. Al final me lo cogió, y por una parte, sentí alivio de escuchar su voz, y por otro, me inquietó escucharla como lo hice.

Reconozco que quizá mi primera frase nada más descolgar tendría que haber sido algo más sosegada, pero estaba tan jodidamente nervioso y preocupado por ella que no lo pude evitar. Estaba enfadadísima conmigo, intentó engañarme con que estaba con Adrián, no calculó bien su mentira y la pillé.

Cuando empezó a lanzar dardos envenenados contra mí y lo

que había pasado entre nosotros, lo entendí todo. Fui un puto gilipollas por no haberme dado cuenta antes de lo que le ocurría.

Me costó que me dijera dónde estaba, pero cuando me lo confesó, me cagué en la hostia puta por no haber estado más pendiente de ella. ¡Estaba en un jodido camino abandonado, sola, con un par de copas de más y de madrugada! creo que volé literalmente para llegar cuanto antes a donde estaba, y cuando la vi sentada en una roca, como si la cosa no fuera con ella, suspiré aliviado de haberla encontrado sana y salva.

No quise dar demasiada importancia a todo lo que me dijo porque quien hablaba era la rabia que sentía contra mí en ese momento, y sabía que tarde o temprano me pediría perdón por ello. Me jodía y me dolía verla así y no poder hacer que razonara. Hablaba sin parar y, por lo que me dijo, le jodió mi templanza, pero ella no era consciente de lo que me costó mantenerla. Lanzó parte de lo que tenía dentro, estalló en mil pedazos y yo estaba ahí para recoger las piezas y volvérselas a unir costara lo que costara.

Cuando terminó de hablar, se dio la vuelta y comenzó a caminar, no se me pasó por la cabeza en ningún momento detenerla. Pero lo que tuve claro desde el principio es que iba a ir tras ella, no iba a volver a dejarla sola. Respetaría su espacio, pero estaría con ella, aunque fuera a cierta distancia.

Yo también estaba jodido, ella no era la única, pero aquí uno de los dos tenía que poner serenidad en esa situación.

El problema fue que, según caminábamos hacia el barrio, me empecé a cabrear al sentir que parecía que Val me culpaba a mí de todo lo que ocurría, como si a mí no me importara una mierda verla con el gilipollas ese. Como si, para mí, ella no fuera importante. La mala hostia fue ascendiendo por mi cuerpo a pasos agigantados, la serenidad que intentaba buscar se me escapó entre los dedos y, cuando vi que Val llegaba a la puerta de su casa y echaba la mirada atrás, como para comprobar si seguía ahí, el que estalló fui yo. La cogí de la mano para llevármela a un lugar lo suficientemente lejos de las ventanas y los oídos de los vecinos. El muro fue testigo de nuestra discusión. Ya no pude callarme más y explosioné. Y dije todo lo que tenía dentro porque, aunque pareciera que todo me la sudaba, yo también tenía mucha mierda acumulada.

Una vez solté todo lo que me quemaba en la garganta, comenzamos una batalla dialéctica que en ocasiones tuve que disimular y no sonreír ante sus provocaciones. Era tan jodidamente

hermosa y me tenía tan sumamente loco que me era muy difícil discutir con ella.

Creo que me pasé cuando afirmé, sin saber, que Adrián y ella también se utilizaban para follar. Se cree el ladrón que todos son de su condición. Su ataque no me sorprendió, estaba dolida. Me pidió tiempo y distancia, y yo, sabiendo lo que esa noche me había confesado, no quería ni tiempos ni distancias. La quería junto a mí. Me pidió que le prometiera que lo que pasó entre nosotros tenía que quedarse ahí. Que debíamos pasar página, y no pude.

¿Cómo cojones iba a prometer que dejaría pasar algo con lo que soñaba todas las putas noches? Era imposible. Creo que finalmente no insistió porque ella tampoco era capaz de hacerlo.

Desde esa noche todo cambió entre nosotros. Nos evitábamos porque era la única manera de no sacar a la luz de nuevo el puto tema. Era insostenible no hablar de él porque a los dos nos tenía jodidamente afectados. Así que cuando ella nos dijo que se marchaba a Madrid antes de tiempo, se me cayó el alma a los pies. Me sentí tremendamente culpable de no haber visto lo que sus ojos me habían estado gritando desde que nos habíamos reencontrado. Y si lo vi, no fui capaz de descifrarlo.

La mañana que cogía el autobús hacia Madrid, quemé el último cartucho y me presenté en la puerta de casa de su abuela. Nos merecíamos dejar las cosas más calmadas, menos dañinas, más templadas. No podía irse y que ambos nos quedáramos con esa desazón en el cuerpo.

Le sorprendió encontrarme allí, no la culpo, hasta yo me asombré de comprobar hasta dónde llegaba lo que sentía por ella.

Fue una conversación que lo dejó todo más o menos claro. Quizá ella tenía razón en que debíamos poner tiempo y espacio para no acabar haciéndonos más daño del que ya nos habíamos hecho de manera inconsciente.

Nos queríamos tanto que hasta el querer respetar nuestro espacio nos hizo daño.

Ha llegado el momento de despedirme de vosotros. Le cedo el testigo a ella para que os cuente el final de la historia. Y es que nos hemos reencontrado. Otra vez. Pero no ha pasado un año, como siempre, ha pasado más.

No voy a adelantar nada porque Val me cortaría las pelotas, así que os dejo, voy a prepararme porque esta noche he quedado.

13
SAUDADE

(Sentir nostalgia, deseo o añoranza por algo que no tienes)

Cuando tenía veinte años y él, veintidós (PARTE I)

Cuando regresé del pueblo antes de tiempo, lo pasé fatal. Sufrí mucho. Lloraba por todas las esquinas pensando que la vida era muy injusta. Terminé explicándole a mi madre lo que me ocurría. Era difícil disimular mi estado de ánimo. Me confesó en un tierno abrazo que algo se imaginaba desde hacía tiempo. Por lo visto, mi abuela le había contado las miraditas que Axel y yo nos dedicábamos en su presencia.

Y es que, como dije al principio de esta historia, las madres se daban cuenta de todo mucho antes de que nosotros nos decidiéramos a contárselo. Eran adivinas de nuestros pensamientos más profundos como si pudieran verlos a través de nuestra mirada.

Me aconsejó que llorara todo lo que quisiera, que llorar no era algo malo. Que expulsara todo lo que me angustiara dentro y no lo dejara ahí, o terminaría enquistándose. Que esas lágrimas se merecían salir y cumplir con su cometido.

Lloré. Lloré mucho, pero mi madre tenía razón cuando me aconsejó que dejara que todo fluyera, que al final terminaría pasando, el dolor iría menguando y el tiempo pondría todo en su lugar. Como siempre, volvía a tener razón.

Pregunté a Rebeca y a Sara cómo vieron a Axel esos últimos días de verano y, muy a mi pesar, me dijeron que estuvo muy apesadumbrado, abatido, que casi ni salió por la noche y que no lo volvieron a ver con Camila. Me sentí mal por eso. Muy mal. Se me hizo un nudo en el estómago que me tuvo varios días sin probar apenas bocado.

Axel cumplió su promesa de no escribirme hasta que yo no diera el primer paso, y lo di al cabo de mes y medio. Fue el tiempo que necesité para que, por lo menos, al leer sus mensajes, no se me saltaran las lágrimas. No había contado las veces que había releído y escuchado los audios que me había mandado antes de que todo esto estallara. Incluso podría ser capaz de recitarlos de memoria.

Lo primero que le escribí necesitó horas de meditación. Ya no por pensar en las palabras a utilizar, sino por tener claro el motivo

que me movía a hacerlo. ¿Quería volver a removerlo todo? ¿O en realidad tenía tan claro que lo que deseaba era tenerlo como amigo, aunque eso supusiera tragarme mi propia bilis si lo veía con otra?

Tras darle muchas vueltas, llegue a la conclusión de que no quería perderlo. Que prefería tenerlo como amigo a no tenerlo. Al fin y al cabo, solo coincidiríamos los veranos, mi mente quería creer que cada vez dolería menos.

«Hola, Ax», dijo mi primer mensaje.

No supe ni pude escribir nada más. Me temblaban las manos, el corazón me latía a mil por hora, y mi pecho subía y bajaba al ritmo de una desestabilizada respiración. Miré la pantalla con atención, esperando que estuviera en línea, pero creo que pasaron un par de minutos hasta que se conectó y respondió.

Fue mucho antes de lo que yo me hubiera imaginado.

«Pequeña… por fin».

Esa expresión me transportó a meses atrás, donde me regaló en más de una ocasión ese apelativo. Sonreí con tristeza, lloré de emoción y volví a sonreí al leer sus palabras. Un verdadero ciclón de emociones en tan solo tres palabras. Tres. Eran tan él… Pude hasta imaginármelo pronunciándolas, en un susurro, en un suspiro. Como una caricia.

«¿Cómo estás?».

«¿Cómo estás tú?».

«Estoy bien, supongo. Hace poco empecé las clases y estoy tranquila».

«¿Seguro?».

«Seguro. ¿Y tú?».

«Sin novedades. Trabajando en el gimnasio y poco más».

«¿Te va bien allí?».

«Sí, bueno, quiero pensar que sí. Me gusta el deporte y tal, pero me empiezan a surgir dudas de que esto sea lo que realmente quiero, me gustaría ir más allá en temas deportivos, pero aún no tengo muy claro por qué campo tirar».

«Vaya. Supongo que a

todos en algún momento de nuestra vida nos surgen dudas e inquietudes. Estoy segura de que pronto sabrás lo que quieres».

«Ojalá».

«Ojalá. ¿Cómo está tu padre?».

«Bien, bien. Con su trabajo y esas cosas. ¿Tu madre?».

«También bien, trabajando mucho. De hecho, estoy pensando en buscarme algo a media jornada para que ella pueda hacer menos horas extra y descanse un poco. Está agotada».

Continuamos hablando por mensajes más de una hora, y en ningún momento ninguno de los dos propuso que continuáramos haciéndolo a través de una llamada telefónica. Supongo que no estábamos preparados. Escuchar nuestra voz era pasar a otro nivel. Esa primera toma de contacto fue suficiente. Pensé que sería más fría, más impersonal, más complicada. Volver a retomar el contacto, después de lo que nos dijimos la última vez que nos vimos, prometía no ser fácil. Pero nada que ver. Nos sentimos cómodos enseguida, fluyó todo de manera natural, nos reímos, bromeamos y, en momentos, hasta pude imaginar que él sonreía al otro lado del teléfono.

A lo largo del año seguimos manteniendo el contacto por mensaje y alguna que otra llamada de teléfono, como cuando me contó por WhatsApp que su abuela se había hecho un esguince debido a una mala pisada y enseguida lo llamé para ver cómo estaban. O el día de su cumpleaños, el veintisiete de enero, que lo felicitamos mi madre y yo cantándole con el manos libres y muy desafinadamente el *Cumpleaños feliz* .

Volver a escuchar su voz a través de la línea fue algo

perturbador. Me sorprendí al darme cuenta de que casi había llegado a olvidar su timbre de voz. Y me estremecí al volver a sentirlo dentro.

En febrero, un nuevo alumno llamado Pedro se matriculó en varias asignaturas que yo cursaba en la facultad. De primeras no me llamó mucho la atención, pero poco a poco fuimos cogiendo confianza hasta que me invitó a salir una tarde. Nos tomamos un chocolate con churros en una cafetería y, tras acompañarme a casa, me besó. Fue en ese momento que decidimos darnos una oportunidad como pareja. Estudiábamos juntos, salíamos en el mismo grupo de amigos, congeniábamos muy bien.

Hasta que llegaron las vacaciones de verano, y tras darle muchas vueltas, mi madre entendió que me quisiera ir unos días con Pedro en vez de ir al pueblo como todos los años. Mi abuela me dijo que disfrutara, que ella estaría bien. Así que, aprovechando que los padres de mi pareja tenían casa en un pueblo del levante, nos fuimos allí casi un mes. El resto de las vacaciones las pasé en casa, pero quedábamos a diario.

Cuando se lo dije a Axel me dijo que me echaría mucho de menos, pero que era normal que quisiera pasar tiempo con mi pareja. Por lo visto, él no salía con nadie, aunque, según me contaba, iba de flor en flor. Que no se sentía con ganas de tener algo estable cuando se encontraba en ese momento de querer saber qué hacer con su vida.

Ese verano, Eliot y Beca se enrollaron, me hubiera encantado estar allí para verlo todo *in situ* . Sin embargo, fue como estar allí, porque todos mis amigos me llamaron, de uno en uno, eso sí, para contármelo. La primera, Beca, después Axel, el tercero fue Eliot y por último, Sara, que me regañó por estar todo el tiempo comunicando. Me alegré muchísimo por ellos. Aunque no me habían confesado sus sentimientos el uno por el otro, era algo que se venía venir.

Sara seguía enrollándose con Rober, y entendí que Axel me dijera que se aburría muchas veces, porque todos estaban en modo parejita y él se quedaba colgado. No quise preguntarle por Camila, no tenía ningún sentido hacerlo, ni él me contó si tenía escarceos amorosos con alguien. Había límites que era mejor no pasar. Algo habíamos aprendido de lo que nos ocurrió. Dar la información necesaria sin entrar en detalles era suficiente para que no sufriéramos más de lo necesario.

Pasado el verano comenzaron de nuevo las clases, tercer curso de carrera, y si todo iba bien, el próximo año sería el último para convertirme legalmente en psicóloga. No me lo podía creer. En el momento en que empecé el grado el final se vislumbraba tan lejano…

El curso comenzó bien, la relación entre Pedro y yo iba viento en popa, aunque allá por el mes de marzo la cosa empezó a enfriarse. No sé explicar muy bien qué ocurrió, pero la llama se fue apagando. Nos llevábamos tan bien que llegamos a confundir si lo que sentíamos era amor o amistad. Como amigos funcionábamos muy bien, pero como pareja cada vez peor. Él empezó a salir más tiempo con sus amigos que conmigo, y yo también prefería, en ocasiones, pasar más tiempo con mis amigas que con él. No lo culpo. Ambos sentíamos los mismo. Habíamos empezado con tantas ganas que creo que nos quemamos demasiado pronto.

Fue el primer chico con el que me acosté. Me sentía tan cómoda con él que no tuve dudas. Sin embargo, no sabía si era mi inexperiencia, pero no conseguía relajarme del todo y me costaba llegar al orgasmo. Lo hable con él, y aunque ponía todo su empeño, eran pocas las ocasiones en las que terminaba. Leí mucho sobre el tema y lo comenté con mis amigas, y todas coincidían en que ellas disfrutaban más del sexo con una mayor estimulación que únicamente con penetración. Pero funcionó solo a medias. Supongo que influiría que no estábamos bien del todo como para tener buenos orgasmos. En realidad, ni buenos ni malos, tener algún orgasmo. Nada comparable con el tremendo que tuve con Axel aquella noche en el lago.

Ahora, visto con distancia, creo que corrimos mucho sin darnos tiempo a conocernos y comenzaron a salir detalles de nuestras personalidades con las que no congeniábamos del todo. Detalles en nuestra forma de ser, que se hicieron presentes cuanta más confianza teníamos, y no llegaban a encajar en nuestra diferente forma de ver la vida en algunos aspectos. Él era poco familiar, yo mucho. Poco a poco, fue dejando de ser afectivo porque decía que se agobiaba, y yo necesitaba mucha cercanía, y lo que hizo que me decidiera fue que no quería tener hijos. Yo tenía claro que, si mi cuerpo podía, los tendría. Ya fuera sola o en pareja. Y si la vida decidía que no podría tenerlos, los adoptaría.

Así que, tras una larga y sensata conversación, decidimos que lo mejor sería dejarlo. No alargar lo que ya no vivíamos con la misma

satisfacción y pasión. Me sorprendí al darme cuenta de que no dolía tanto. Que lo echaba de menos, pero no con la misma intensidad que a Axel. Y mira que habían sido dos relaciones totalmente diferentes. Pero lo que había sentido por ambos no tenía nada que ver. Eso era evidente.

Pasaron los meses y llegaron las vacaciones de verano. Y con ellas la vuelta al pueblo.

14
RETROUVAILLES

(Alegría de reencontrarse con alguien después de mucho tiempo)

Cuando yo tenía veinte años y él, veintidós (PARTE II)

Que acudí al pueblo tremendamente nerviosa no creo que os sorprenda. Axel y yo habíamos continuado hablando y conocía mi historia con Pedro, no con todos los detalles, pero lo esencial lo sabía. Evidentemente, omití el tema de las relaciones sexuales porque esa era una cuestión que preferí que quedara entre mi expareja y yo.

Aquel verano llegué a casa de mi abuela un par de días después que el resto. Cogí un bus que llegaría al pueblo sobre las once de la noche, ya que con el calor que hacía preferí viajar cuando el sol ya se hubiera escondido y que, de esta manera, el trayecto no fuera muy asfixiante.

Beca me dijo que Rober, el chico de Sara, celebraba su cumpleaños en el *pub* de Marcos y que nos había invitado a tomarnos algo allí. En principio, le dije que mejor ya nos veíamos a la mañana siguiente, pero finalmente me animé y, una vez el autobús llegó a su destino, fui a casa de mi abuela, le di un beso y un gran abrazo, comí algo y con la misma ropa con la que había llegado decidí acercarme al *pub* . Los saludaría, me tomaría algo con ellos y después me marcharía a casa a descansar. Ni me arreglé, ni me maquillé, acudí con los *shorts* tejanos que llevaba y una camiseta blanca básica con cuello de pico. El pelo recogido en un moño despeinado y unas sandalias romanas.

La terraza del *pub* estaba a reventar, pero mi amiga me avisó de que estarían en el interior, que habían instalado un aparato de aire acondicionado digno del caluroso verano que estábamos sufriendo, así que me adentré.

Había bastante gente, y la luz violeta que inundaba el local me dificultaba la visibilidad. Me pareció ver al fondo a Eliot, que bailaba entre risas con Sara. Me aproximé, y mi amigo, al ver que me acercaba, alzó la mano para saludarme con entusiasmo. Su gesto llamó la atención del resto y todos se giraron buscándome con la mirada. Sara fue la primera en lanzarse a mis brazos, al fin y al

cabo, habían sido dos años sin vernos, dos largos años, y aunque no dejamos nunca de mantener el contacto por teléfono, no era lo mismo.

Eliot, Beca y Rober fueron los siguientes en recibirme. Me alegré mucho de verlos. Los había echado de menos más de lo que pensaba. No vi a Axel. Me extrañó. El día anterior me había dicho que ya estaba en el pueblo, pero supuse que esa noche prefirió no salir. Me acerqué a la barra a pedirme una cerveza y, al volver a la zona donde estaban mis amigos, lo vi. Salía del baño y se aproximaba hacia nuestro grupo.

Me impactó. Me impresionó verlo de nuevo. En carne y hueso. Sin tantos kilómetros de distancia. Ni parapetada a través de una línea telefónica. Me puse hasta nerviosa. Sentí que me temblaba el pulso y el corazón me galopaba. Vi a Rebeca acercarse a él y decirle algo al oído. Enseguida reaccionó alzando la mirada como si buscara algo. O a alguien. Después lo supe. Me buscaba a mí.

Caminé hacia ellos algo aturdida, forzando una sonrisa nerviosa, conocedora de que nuestro reencuentro ya era inminente. No había marcha atrás. Cuando llegué donde se encontraban, me acerqué hasta Axel, y juro que sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Me dedicó una de sus amplias sonrisas dignas de lienzo y, en ese momento, recordé por qué estuve tan colgada por él. Llevaba unos pantalones vaqueros claros y una camisa negra remangada hasta los codos. Qué guapo estaba.

—Hola, Axel. —Me acerqué a darle dos besos.

Me correspondió con el mismo gesto y un cariñoso pero, en mi opinión, corto abrazo.

—Ahora soy Axel, ¿ya no soy Ax? —Me regaló una sonrisa torcida—. ¿Tan formales nos ha vuelto el paso del tiempo? Quizá prefieras que a partir de ahora te llame Valeria.

Me reí ante su comentario. Nos miramos con una sonrisa melancólica en la cara, como si estuviéramos recordando a modo de fotogramas toda nuestra historia. El tiempo se paró. Y, con él, todo lo que transitaba a nuestro alrededor. Solamente existíamos él y yo. Ojalá hubiera sido dueña del tiempo para haberlo frenado hasta que esa mirada vaciara todo lo que teníamos que decirnos.

—Ven aquí, pequeña. —Y me envolvió con ternura entre sus brazos—. Saludémonos como nos merecemos.

De nuevo en casa.

Cómo lo había echado de menos. Necesitaba volver a sentir sus

abrazos que tanto me sanaron en su momento. Fue un gesto calmado, sincero, con mucho sentimiento, con reflejos de abrazos pasados.

Nos separamos despacio, a cámara lenta, no teníamos ninguna prisa. Como si no nos atreviéramos a que nuestras miradas se encontraran después de un gesto tan íntimo. Pero el momento llegó y fue como ver un océano de respuestas a todas mis preguntas. Vi claridad, sosiego, templanza, sinceridad. Lo vi a él. Después de dos años, volví a encontrarlo. Retiré mis brazos de su contacto físico porque estaba aturdida, nos habíamos transmitido tanta energía en ese roce que la sentía recorrerme el cuerpo provocándome inquietud.

—Eh… —rompió nuestro silencio al tiempo que se rascaba la nuca—, creo que voy a por una cerveza. ¿Quieres algo?

—No, gracias. Tengo la mía a medias.

—De acuerdo.

Comprobé con su actitud que él también estaba algo nervioso, no debí de ser la única que sintió esas descargas de energía recorrer mi cuerpo con fluidez.

En el momento en el que Axel pasó por mi lado para dirigirse a la barra, Sara y Rebeca me cogieron y me arrastraron camino del baño.

—¿Se puede saber qué os pasa? ¡Casi me arrancáis el brazo!

—Necesitamos saber tu primera impresión después de volver a verlo tras dos años.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—Estáis fatal, ¿eh? —Me reí—. Y, ¿por qué no se lo preguntáis a él?

—Porque, aparte que de eso se encargarán Rober y Eliot, ya sabes, somos un equipo —respondió Sara—, ha sido más que evidente que se le ha caído la baba nada más verte. Menuda sonrisita te ha echado, ¿eh?

—¡Pero qué decís! Solo nos hemos saludado, nada más. Hacía mucho que no nos veíamos y yo, personalmente, lo había echado mucho de menos.

—Se nota, se nota —añadió Rebeca.

—¿Qué? ¿Es malo?

—¡Qué va! ¡No tiene nada de malo! Todo lo contrario.

—Es que os coméis con los putos ojos, cariño —lanzó Sara.

—¡No es verdad!

—Sí lo es —puntualizó Rebeca con una de sus sonrisas angelicales.

—Bueno, sea lo que sea, da igual. No quiero agobiarme de nuevo. No os voy a negar que me ha hecho muchísima ilusión volver a verlo. Sigue estando guapísimo. Y reconozco que me ha encantado abrazarlo. Pero, chicas, ya lo pasamos muy mal en su día. Mejor mantener las distancias. Así que ahora vamos a salir del baño y volveremos con los chicos. ¿De acuerdo? Me terminaré la cerveza y me marcharé a casa a descansar. ¿Os ha quedado claro, alcahuetas?

—Cristalino —respondieron a la vez.

Salimos del aseo entre risas y nos reunimos de nuevo con los chicos, que charlaban alegremente formando un circulo. Me pregunté si también habrían comentado nuestro reencuentro. Nosotras nos pusimos a bailar un poco, bromeamos y, cuando terminé de tomarme la cerveza, les dije que me marchaba porque estaba cansada después del viaje en autobús. Aunque Sara intentó convencerme de que me tomara la última, desestimé su ofrecimiento y, tras despedirme de todos, salí del local.

No había dado dos pasos cuando escuché su voz a mi espalda.

—Ey, *Green* . Espera.

Escucharlo llamarme con el apelativo que él inventó para mí me hizo cosquillas en el vientre.

Me di la vuelta y me encontré con un Axel sonriente.

—Hola otra vez —dijo.

—¿También te vas? —Esperé a que llegara hasta mí.

—Sí. En realidad, iba a quedarme un rato más, pero viendo que las dos parejitas empezaban a ponerse románticas, prefiero marcharme ya. No se me da bien lo de sujetar velas.

—Ya.

—¿Puedo ir contigo hacia casa?

—Claro, ¿por qué no? Así no vuelvo sola.

Comenzamos a pasear tranquilamente por el pueblo, camino a nuestro barrio. Axel con las manos en los bolsillos y yo abrazada a mí misma. Como si eso fuera a protegerme de sus miradas.

—Bueno, y… ¿qué tal te va en la universidad? —preguntó.

—La verdad es que bien, estoy muy contenta. Creo que he acertado al escoger esa carrera. Solo espero ser una buena psicóloga.

—Estoy seguro de que lo serás. Siempre te ha gustado escuchar y, además, lo haces bien. Se te da bien. Al menos, yo me siento muy cómodo hablando contigo.

—Vaya, gracias. —Me ruboricé.

—No todo el mundo sabe escuchar, ¿sabes? Te lo dice alguien que pasó por unas diez consultas, entre psicólogos y psiquiatras, tras la muerte de mi madre y ninguno de ellos consiguió sonsacarme lo que te conté a ti aquella noche en el muro.

Según caminábamos, lo miré. Dirigía su mirada al suelo mientras escogía con cautela las palabras que quería decir y escondía sus manos en los bolsillos del pantalón.

—No es fácil encontrar a alguien con quien abrirte tanto, ¿entiendes? Y mucho menos cuando te sucede algo tan jodidamente doloroso. —Hizo una pausa para mirarme—. Te lo agradezco, *Green* . De verdad. En su día creo que no lo hice y te lo debo.

—No tienes que agradecerme nada, solo estaba preocupada por ti y no sé… tenía miedo de preguntarte por si abría heridas.

—Esas heridas jamás van a cicatrizar, *Green* . Siguen abiertas y lo estarán de por vida. Puede que se sequen un poco, que hagan algo de cicatriz, pero en cuanto rascas, por muy levemente que sea, vuelven a sangrar.

Se hizo el silencio. No supe qué responder a eso. Claro que esas heridas jamás se cerrarían, pero me gustaría tanto poder ayudarlo a llevarlo lo mejor posible…

Caminamos unos minutos sin decir nada, sin embargo, no era un silencio incómodo, todo lo contrario. Era envolvente, inspiraba confianza, compañía, tranquilidad.

Hasta que mi tranquilidad se esfumó al escuchar una sola frase. Una frase que cambiaría el rumbo de nuestra amistad y nuestra vida. Siete palabras que fueron suficientes para que ante mí se abriera un arcoíris lleno de nuevas posibilidades.

—En septiembre me traslado a Madrid, *Green* .

Mis pies se detuvieron de manera instantánea. Los ojos se me abrieron como platos y lo miré con confusión. ¿Que se mudaba a Madrid? ¿A *mi* Madrid?

—Para vivir allí —añadió.

Me aclaré la garganta y comencé a dar nuevos pasos para no quedarme atrapada en una sensación que me había puesto todo patas arriba.

—Eh… me alegro mucho, Ax. Yo… me alegro por ti. Estoy

segura de que te irá bien.

No supe qué más contestar, ¿qué podía responder ante tal bombazo? Llevábamos años negándonos una oportunidad que deseábamos con todas nuestras fuerzas porque la distancia lo hacía desesperadamente difícil, pero me acababa de confesar que ese recorrido se rompía en mil pedazos en poco más de un mes y medio. Que el gigante muro que nos separaba, en cuestión de días, se caería a trozos, dejándonos ver la luz por encima de él.

Debió de notar mi turbación porque no buscó que la conversación continuara. No, al menos, hasta que llegamos al barrio. Cuando estábamos cerca de su puerta, que estaba un poco antes de la mía, se quedó quieto.

—¿Vamos un rato al muro? Podemos charlar un poco —preguntó, dubitativo—. Si te apetece, claro.

—Claro que me apetece. Recordemos viejos tiempos —respondí.

Sonrió tras mi aceptación, y puedo asegurar que sentí cierto alivio en su mirada. Como si pensara que le diría que no, después de descubrirme su intención de mudarse de ciudad.

Caminamos hasta allí. De un ágil salto nos sentamos sobre el muro. Qué de cosas habíamos vivido allí. Qué montón de recuerdos. Esos pensamientos me hicieron sonreír y a él no le pasó desapercibido mi gesto.

—¿Te ríes? ¿Puedo saber por qué? —Me miró con gesto canalla —. No quiero ni imaginar qué estarás pensando.

—Es una tontería. De verdad. No es nada.

—Cuéntamelo y así ya valoro yo si es una tontería o no. ¿Te parece?

Me mordí el labio inferior y, tras mirar al cielo y exhalar el aire que acababa de inspirar, se lo conté.

—Bueno, recordaba aquella noche en que aquí mismo jugamos al juego de los colores en inglés. Y tú…

—Yo me lancé a la piscina como un jodido baboso, hablando del color verde de tus ojos. Puto kamikace. —Se rio.

Una carcajada salió de mi garganta de manera espontánea por su comentario. Le había salido del alma.

—¿Kamikaze? ¿Por qué?

—¿Que por qué? Joder, menuda forma más cutre de intentar llamar tu atención.

—¿Cutre? No es verdad. —Me giré hacia él y pasé una pierna al otro lado del muro, como si montara a caballo, para quedar frente a

él.

—Ah, ¿no es verdad? ¿Y qué es, entonces? —Imitó mi gesto.

—A mí me pareció superbonito. Fue un momento que marcó un antes y un después en nuestra amistad, ¿no crees? —Hice una pausa y me recogí tras la oreja un mechón revoltoso—. Quiero decir, a mí nadie más me ha llamado *Green* nunca, solo tú, y eso lo hace demasiado especial. —Me miró fijamente mientras yo intentaba descifrar lo que quería decirme.

—Tal y como lo cuentas suena hasta romántico.

—Lo fue. Para mí lo fue. —Hice una pausa—. Y, aunque no lo creas, conseguiste llamar mi atención.

—¿En serio? Pues tengo que reconocer que esa noche, cuando llegué a casa y me metí en la cama, me sentí un gilipollas monumental. Pensé que te habría parecido un puto pringado.

—Para nada. De verdad. Por lo visto, lo vivimos de manera totalmente diferente.

—¿Y qué me dices de aquel día que te encontré aquí con una mala hostia que no veas porque tu madre te había regalado un monopatín? —dijo, riéndose.

—Uff, no me lo recuerdes.

—Sí, sí, claro que te lo recuerdo. Menudo cabreo tenías. Si hasta pagaste parte de ese enfado conmigo por defender a tu abuela.

—Cierto. Y no te imaginas lo que me arrepiento de haber sido tan egoísta.

—No creo que fuera una cuestión de egoísmo, *Green* . Pienso que fue algo que estuvo más relacionado con lo que nos parece más importante a según qué edades. En ese momento es difícil ver que estamos siendo egoístas.

—Tal y como lo cuentas, parece que hasta tuve razón y todo en enfadarme.

—Ah, no, no, no, pequeña. Razón no tenías. Eso desde luego. Solo pretendo que no te sientas mal por algo en lo que fueron tus jodidamente revolucionadas hormonas las que hablaron.

No podíamos quitarnos la sonrisa de la boca, recordar estas cosas era agradable. Al fin y al cabo, habíamos pasado muchos veranos juntos, con días inolvidables y otros más complicados, pero juntos, siempre juntos. Era bonito volver a estarlo de nuevo, poder charlar sin malos rollos y mirarnos a los ojos con total sinceridad.

—Hemos vivido muchas cosas juntos, ¿verdad? —dijo con un

hilo de voz.

—Sí —susurré.

—No me arrepiento de ninguno.

—Yo tampoco, Ax.

No sé el tiempo que pasamos manteniéndonos la mirada, pero no podíamos dejar de hacerlo. Y lo hacíamos en calma. De una manera tan mágica que me vi envuelta en una vorágine de emociones bonitas, placenteras.

—Dame una cita, *Green* —soltó a bocajarro.

El corazón me dio un vuelco y las mariposillas empezaron a danzar alegremente por mi vientre. Eso sí que no me lo esperaba. ¿Que le diera una cita?

—Escúchame —adelantó su cuerpo unos centímetros para cogerme de las manos—, hagámoslo bien esta vez. No empecemos la casa por el tejado. Dame una cita y nos vamos a cenar o donde sea, para charlar de lo que quieras, hacer lo que quieras, compartir el tiempo juntos, a solas, y disfrutar de conversaciones como la que estamos teniendo ahora.

Me quedé estupefacta pero feliz, no pensaba que él todavía pudiera sentir algo por mí, aunque hubiera fantaseado un montón de veces con que sí lo hiciera. Al final, iban a tener razón mis amigas cuando un rato antes me habían asaltado literalmente en el baño y me habían dicho que él seguía sintiendo algo por mí. No me quise hacer ilusiones porque yo, nada más verlo, supe que seguía enamorada de él. Mis sentimientos seguían intactos. No cabía la menor duda.

—Yo…

—Venga, *Green* , tengamos una cita, y si no sale bien, prometo dejarte en paz.

Me tomé un tiempo para responder, pero no porque tuviera que pensármelo, tenía clarísimo que iba a decirle que sí, sin embargo, estaba totalmente impresionada por su petición.

—Vale.

Sus ojos se abrieron como platos, creo que no se lo esperaba. Y su sonrisa se amplió por momentos. Su cara de sorpresa lo decía todo.

—¿Vale? ¿Sí? ¿En serio?

—Sí, sí, en serio. —Me reí nerviosa.

—Joder —se revolvió el pelo—, confieso que esto no estaba planeado. Me he tirado a la piscina sin pensar que podía estar vacía

y me has dicho que sí. Soy un capullo con suerte.

Solté una carcajada desenvuelta al ver su reacción ante mi afirmación.

—Mañana, por la noche —añadió—. Tú y yo, solos. Déjame los detalles a mí, tú no te preocupes por nada.

—¿Debería fiarme?

—En realidad, no, pero sé que eres igual de kamikaze que yo. Así que estate tranquila, pequeña.

Sentía unos nervios por dentro que temí que se me notara a través del pulso o que pudiera escuchar el galopar desbocado de mi corazón. ¿De verdad íbamos a tener una cita?

—En ese caso, no me queda otra que confiar, ¿no?

—Creo que, muy a mi pesar, no te quedan muchas más opciones, pequeña.

Bostecé casi sin dejar de sonreír. El cansancio y la hora comenzaban a pesarme. Estaba entre emocionada y nerviosa, contenta e incrédula. Iba a quedar con Axel como algo más que amigos y, además, me había confesado que se venía a vivir a Madrid.

—¿Y lo de Madrid? —pregunté.

Volvió a cogerme de las manos.

—Mañana tendremos todo el tiempo del mundo para hablarlo. Te contaré con detalle. Ahora te acompaño a casa, tienes cara de cansada.

Saltó del muro y tras colocarse frente a mí, a escasos centímetros, posó sus manos en mi cintura y me alzó para bajarme. Lo hizo con suavidad y delicadeza, y yo sentí por un momento que levitaba. Nuestras sonrisas desaparecieron para dar paso a un gesto serio, tímido podría decir, nuestros labios estaban tan cerca que casi podía hasta sentirlos. La respiración se nos alteró y me mordí el labio inferior para intentar frenar las ganas de besarlo.

Pero, por lo visto, no fue suficiente porque, como a cámara lenta y con las manos posadas en su pecho, mientras él seguía envolviéndome por la cintura, acerqué mis labios a los suyos hasta rozarlos con una lentitud agónica. Cerré los ojos y abrí un poco la boca buscando entrar en la suya. No puso ninguna objeción, todo lo contrario, me recibió con prudencia, introduciendo su lengua en mi boca con mucha exquisitez. Fueron un par de besos lentos, cautelosos, degustándonos con una delicadeza muy sensual.

—Tengo que irme —dije cuando nos fuimos separando.

—Vale —susurró—. ¿Estás bien?

—Perfecta. —Y deposité un beso en la punta de su nariz—. ¿Tú? No sé, lo mismo no debería…

—Ey, ey, ey, para el carro, *Green* . Me acabas de hacer el chico más feliz del mundo entregándome tus labios. ¿Entendido?

—Entendido.

—Venga, te acompaño a la puerta.

Y así fue como terminamos esa noche, cogidos de la mano de camino a casa, regalándonos un suave beso de despedida y nerviosos por lo que nos esperaba la noche siguiente.

15
PIWKENYEYU

(Te llevo en el corazón)

Cuando yo tenía veinte años y él, veintidós (PARTE III)
En la actualidad

Hasta aquí puedo contaros en lo que concierne a la relación entre Axel y yo, que ya es bastante. Hoy es nuestra cita. Nuestra primera cita.

Esta noche apenas he dormido nada, estoy tan nerviosa por el curso que han tomado los acontecimientos que me ha costado cerrar el ojo más de diez minutos seguidos. Y los momentos en que los que lo he conseguido ha sido para rememorar mentalmente lo que ocurrió anoche.

Parece que las cosas empiezan a cobrar sentido, y yo estoy muerta de miedo.

Anoche, antes de despedirnos, quedamos en no decir nada a nuestros amigos relacionado con nuestra cita oficial. No queríamos dar por sentado que todo fluiría bien sin antes disfrutarlo. ¿Y si resultaba que después de esta noche llegábamos a la conclusión de que es mejor continuar con nuestros caminos por separado?

Por la mañana hemos ido todos juntos al lago, y la consecuencia de querer mantener la cita de esta noche en privado ha sido tener que fingir delante de nuestros amigos que entre nosotros no hay nada. Os prometo que salvaguardar las distancias con Axel ha sido muy complicado. Debido a las miradas que nos hemos dedicado, nos podrían haber detenido perfectamente por escándalo público.

Saber que esta noche vamos a quedar como pareja que tiene su primera cita y mantenerlo en secreto ha hecho avivar aún más las ganas de estar a solas. Me ha dedicado guiños, miradas traviesas, intensas, ha rozado mi mano de manera nada casual en el agua infinidad de veces… No sé qué me habrá preparado esta noche, pero, sinceramente, me da lo mismo siempre y cuando mi compañía sea él.

Por la tarde me he quedado en casa con mi abuela, viendo unas pelis y preparándome para esta noche. Les hemos dicho a nuestros amigos que no íbamos a salir esta noche, cada uno hemos puesto una excusa lo suficientemente creíble para que no hicieran

preguntas indagadoras. Hemos decidido que pase lo que pase esta noche, mañana se lo contaremos todo.

Según me aliso el pelo con el secador, me llega un mensaje al móvil que ha pausado la música que sonaba por su altavoz. Cuando lo he leído, me he puesto más nerviosa de lo que ya estaba.

«Por fin ha llegado nuestro momento, *Green* . Te veo en un rato, pequeña».

Sí, las bragas se me han caído hasta el suelo de la emoción. No se puede ser más especial, más bonito, más perfecto, más… todo, ¿verdad?

Me miro nerviosa en el espejo antes de irme. Tras darle muchas vueltas, he decidido ponerme un vestido corto negro de tirante fino y escote en uve. Ajustado por la parte del pecho y más amplio por debajo, hasta encima de las rodillas. Unas sandalias de cuña del mismo color y los labios rojos. Eso lo tenía claro desde el principio. Quería los labios rojos.

Salgo de casa muy alterada y emocionada. Hemos quedado en el muro, unos minutos más tarde que nuestros amigos para no coincidir con ellos. Cuando me voy acercando, lo veo sentado sobre él, mientras mira distraído algo en el móvil. Lleva una camiseta verde oliva y unos pantalones vaqueros negros elásticos, rotos a la altura de las rodillas.

El sonido de mis pasos le hacen salir del ensimismamiento y, rápidamente, me busca con la mirada. Traga saliva y salta del muro con destreza para ponerse frente a mí al tiempo que guarda su teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Tenerlo de nuevo tan cerca hace que me tiemblen hasta las tiras de las sandalias. No me puedo creer que este día haya llegado.

—Joder, *Green* . Sabes que voy a correrte todo ese pintalabios ¿verdad? —Se acerca a mí para darme un abrazo y depositar un beso en mi cuello.

—Hola a ti también.

Siento una carcajada sobre mi piel que me hace reír a mí también. Adoro su espontaneidad. Su poco filtro a la hora de decir lo que se le pasa por la cabeza.

—Desde luego, eres todo un poeta.

—Perdóname, es que creo que me va a dar algo. Te prometo que nunca he estado tan nervioso ante una chica.

—Pues relájate, no muerdo.

—¿No? Es una pena —responde, volviendo a abrazarme y

colocando sus manos donde la espalda pierde su nombre.

—Como sigamos calentando así el ambiente, no creo ni que cenemos.

—Tienes razón, perdona. Me cuesta mantener las manos lejos de ti. Qué poco autocontrol tengo, cojones.

Me río.

—Yo también estoy nerviosa, y mucho.

—Entonces, está jodida la cosa, ¿no crees? —Sonríe—. Venga, iremos paso a paso. Vámonos, he reservado mesa en un lugar.

Comenzamos a caminar en dirección contraria a la zona central del pueblo. Nos acercamos cogimos de la mano, dando un paseo hacia el lago, y que yo sepa, ahí no hay ningún restaurante ni nada que se le parezca.

—Pero, por aquí…

—Shhh, espera. No seas impaciente. Confía en mí.

Creo ver su coche aparcado cerca de donde estamos y sonrío tímidamente.

—Espérame aquí —susurra, depositando un dulce beso en mis labios.

Me quedo quieta mientras observo sus movimientos. Se acerca al coche y con la llave abre la puerta para meterse y accionar las luces. Cierro los ojos por inercia al recibir el fogonazo y, al abrirlos, veo que se ha dirigido al maletero y está sacando algunas cosas.

Descubro que lo que lleva en las manos es una manta y varias bolsas de papel. Sonrió al darme cuenta de que este es el lugar donde ha reservado mesa.

—¿Te ayudo? —pregunto.

—No, tranquila, dame un momento.

Tiende la manta sobre el suelo, deja las bolsas junto a ella y se acerca a mí.

—Me encanta el restaurante que has elegido. —Suspiro, regalándole un beso en los labios.

—No te creas que ha sido fácil conseguir mesa, este lugar está muy codiciado —responde, meloso, devolviéndome otro beso—. Voy a seguir colocando las cosas o terminaré tumbándote en la manta y comiéndote a ti.

Se aleja unos metros y lo veo colocar sobre la manta un par de copas, una botella de vino y dos *pizzas* . Me río al ver el menú.

—Señora —me tiende su mano para ayudarme a sentarme y depositar un beso en el dorso de la mía—, espero que usted este

cómoda.

—Está todo perfecto, caballero.

Se sienta frente a mí y, tras descorchar el vino, me llena la copa con tranquilidad. Después coge la suya y la eleva ante mí.

—¿Brindamos? —pregunta.

—Claro —respondo, alzando la mía—, adelante.

—Por nosotros. Para que, por fin, encontremos la manera de estar juntos.

Cuando nuestras copas tintinean, añado algo más.

—Ax, eres mi ojalá pendiente.

Sonríe ampliamente y acerca la bebida a su boca para dar un sorbo mientras me mantiene la mirada.

—Ojalá seamos para siempre, *Green* .

Juro que nos miramos de una forma que podíamos haber prendido fuego al campo de amapolas de nuestro alrededor en décimas de segundo. Corto el contacto visual, antes de lanzarme sobre él, y abro las cajas que contienen la *pizzas* .

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—La verdad es que sí. Huelen genial. Y tú, ¿tienes hambre?

—¿Tú qué crees? —Me dedica una mirada lobuna.

—De *pizza* , quiero decir.

—¡Ah! Bueno, de esa algo menos. —Me regala un guiño.

Le entrego un trozo y doy un bocado al mío. Esta buenísima y caliente, no sé cómo lo ha hecho para mantenerlas a esta temperatura.

—Ax, hay una pregunta que llevo tiempo queriendo hacerte, pero nunca he encontrado el momento.

—¿Debería preocuparme? —Da otro bocado a la comida

—No, es una tontería.

—Adelante, entonces.

—¿Por qué el día que jugamos a la botella con los niños del otro barrio y me tocó girarla, me besaste?

—Hostia. —Da un trago al vino—. Eso no me lo esperaba. —Deja la copa con calma, siguiendo su movimiento con la mirada para después dirigirla a mí—. A ver cómo me explico. El día que jugamos a ese estúpido juego, porque me pareció estúpido en un principio, sentí como que tú no estabas cómoda, no me digas cómo, pero lo sentí. Te notaba apurada y no sabía si jugabas por intentar demostrar algo o cuál era el motivo. El caso es que cuando te tocó a ti girar la botella y se paró justo entre Adrián y Rober, pude intuir

angustia en tu mirada mientras ellos discutían quién te besaría. —Hace una pausa para dar otro sorbo al vino—. Así que no tuve ninguna duda y me lancé. De ese modo, ellos dejarían de discutir y tú te tranquilizarías. —Coge la *pizza* y la observa como pensando en cómo continuar antes de darle otro bocado—. Pero hay algo más —añade—. Me gustabas. En ese momento ya me gustabas y me jodió saber que alguno de esos dos te besaría, así que fui un puto egoísta y quise que ese beso fuera para mí. Ahora es cuando tú me llamas cavernícola o cosas por el estilo.

—No, no —sonrío tras dar otro mordisco a la comida—, me gustó. Me gustó que lo hicieras. De verdad.

—¿Sí?

—Sí, esa noche recuerdo haber pensado mucho en ese beso. Fue mi primer beso, ¿sabes?

Alza las cejas sorprendido.

—¿Fui tu primer beso?

—Así es.

—Tú también fuiste el mío —susurra.

Veo que acerca su rostro al mío con lentitud para depositar un beso en mis labios que correspondo con ganas. Su lengua pide permiso para entrar y abro la boca para dejarle espacio. Entonces es cuando un torbellino de sensaciones nos atrapa y buscamos más cercanía entre nosotros. Se abalanza sobre mí y quedamos tumbados sobre el campo, porque la manta está repleta de cosas, nos besamos con desesperación, como aquella noche en el lago, pero en esta ocasión hay más fiereza y menos ganas de frenar. Estoy dispuesta a llegar hasta el final con él. Siento cómo cuela su mano bajo mi vestido y me acaricia la parte interna del muslo al tiempo que yo tiro del cuello de su camiseta hasta quitársela del todo. Nos miramos alterados, con la respiración acelerada. Nos revolcamos hasta que quedo sobre él, sentada a horcajas, y voy desabrochando lentamente los pequeños botones de mi vestido que quedan a la altura de mi escote.

—*Green* , me tienes jodidamente loco por ti.

Me bajo los tirantes del vestido y lo dejo caer hacia mis piernas. Un sujetador de encaje negro cubre mis pechos, pero no por mucho tiempo, porque Axel se incorpora hasta quedar sentado también y me besa con fuerza mientras de manera habilidosa me desabrocha el sujetador, dejando mis pechos al aire.

La única prenda que me cubre son mis braguitas, así que como

quiero estar en igualdad de condiciones, empiezo a desabrocharle el pantalón con premura, mientras él me susurra al oído todo lo que quiere hacerme de manera picante. Su lenguaje obsceno aún me pone más a mil. Nunca le había escuchado hablar en esos términos, pero me está volviendo loca.

Estamos tan excitados que le pido que se ponga un preservativo o terminaré antes de tiempo. Lo saca del bolsillo trasero del pantalón y le pido que me deje ponérselo. Susurra un «hostia puta» que repite varias veces mientras se lo coloco con maestría y una lentitud premeditada. Entra en mí y jadeo. Y lo hago en alto, pronunciando su nombre y pidiéndole más. Se vuelve loco y me embiste con determinación mientras yo le pido que no pare.

No sé en qué momento empiezo a sentir que el orgasmo viene a mí, miles de terminaciones nerviosas se activan anunciándome que estoy a punto de explotar. Se lo hago saber, y él acelera el ritmo a la vez que me estimula con los dedos. Creo que voy a morir de placer. Ambos jadeamos a punto de llegar al éxtasis. Estamos a punto y algo sale de sus labios que convierte todo este momento en perfección. Perfección absoluta.

—Te quiero, *Green* . Te quiero, joder.

Lo miro mientras dejo salir todo el placer que me ha provocado; me he quedado extasiada, aturdida, por el sexo y su última confesión. Nos miramos jadeantes y no dudo en responderle.

—Yo también te quiero, Ax.

Tira de la manta, dejando esparcido todo lo que había sobre ella, y cubre mi espalda.

—Tiemblas.

—No es del frío. No te preocupes.

Cubre mi cuello de besos mientras ambos recuperamos la respiración después de semejante sesión de sexo. Axel me acababa de regalar el mejor orgasmo de mi vida.

Desnudos y arropados únicamente por la manta, apoyo mi espalda en su pecho y me coloco entre sus piernas. Antes ha apagado las luces del coche y disfrutamos de un par de pasteles de chocolate, observando la serenidad que nos provocan las estrellas.

—Me voy a Madrid porque quiero estar cerca de ti, *Green* . Vi un máster relacionado con el deporte que, aunque también lo puedo hacer desde Zaragoza, quería estar cerca de ti y que la distancia no supusiera un problema.

—¿Cuándo lo has decidido? No me habías dicho nada.

—Lo decidí en el momento que me contaste que habías dado por terminada tu relación. Creí que podría tener una oportunidad, aunque no quise decirte nada por si cambiaba tu situación sentimental antes de verte de nuevo.

—Te arriesgaste.

—Mucho, pero ha valido la pena, ¿no crees? A través de un amigo he conseguido un trabajo en un gimnasio algunas tardes y compartiré piso con un par de chicos.

Giro el rostro para mirarlo de frente.

—Te quiero, Ax. Gracias por pensar en nosotros. Ojalá lo hagamos bien y seamos eternos.

—Ojalá sea así. Ojalá tú y para siempre.

AGRADECIMIENTOS

Cuando empecé a escribir esta historia, mi madre acababa de ingresar en la UCI. Estaba en coma y comencé a crear esta novela porque me servía, de alguna manera, para despejar un poco la mente cuando estaba más agobiada. Era algo terapéutico.

Pensé que escribir sobre mi madre y ambientar la historia en su lugar de nacimiento, en el barrio donde nació y en la casa donde se crio, sería una manera de que todo lo que sentía saliera en ese momento en forma de historia.

Ese muro existió, era donde de pequeña me juntaba con mis primos y pasábamos las tardes jugando. Ese muro es parte de mi infancia y de la de mi madre. Esos bailes «al fresco» también son ciertos. Mi miedo a los fuegos artificiales también es verdad. Hay tanto de real en esta historia…

Los días fueron pasando y mi madre no mejoraba, así que seguí narrando la historia, en la sala de espera antes de entrar a verla, las noches que no conseguía dormir… contando anécdotas reales que me hicieron tenerla más presente, más viva. Como cuando me iba a su cama porque estaba nerviosa, que me sentía tremendamente protegida cuando me envolvía con la toalla al salir del baño, o que en verano me llevaba donde mi abuela para que ella y mi padre pudieran trabajar.

Después de más de un mes en la UCI, mi madre nos dejó.

No es casualidad que la madre de Axel también se marchara.

No es casualidad lo que él sintió en la novela. En realidad, han sido mis propios sentimientos lo que han hablado por él.

No es casualidad lo que siente su padre porque parte de lo que sintió el mío se refleja ahí.

No es casualidad que el cumpleaños de Axel sea el veintisiete de enero, ese día cumplía años mi madre.

Esta historia ha sido un tributo a ella, quería hacerla presente de alguna manera en esta historia.

«Ojalá» es una palabra que durante sus interminables días en la UCI pronuncié muchísimas veces. Ojalá salga de aquí, ojalá se ponga bien, ojalá mejore, ojalá me escuche cuando le hablo… Y después también. Ojalá esté bien donde sea que esté, ojalá pueda vernos, ojalá ya no sufra más, ojalá esté tranquila, ojalá le llegue todo lo bueno que le deseo.

De ahí el título.

Juliana es el nombre real de mi abuela materna, que también nos dejó cuatro meses antes que mi madre. Y también hacía unas paellas buenísimas.

Ya estarán las dos juntas.

Ojalá estén orgullosas de lo que plasmo aquí sobre ellas.

Quiero dedicarles este libro a ellas, por supuesto.

Pero también a mi padre, que es un superviviente, al que el corazón le ha enfermado de dolor, de tristeza, de añoranza. De haber perdido al amor de su vida, a su compañera de viajes, a la mujer que idolatraba.

A mi hermano, por no separarse de mi padre ni un minuto, haberlo dejado todo por estar con él y sostenerlo en todo momento.

A mi hermana, por ser la que nos da fuerza a todos «como lo haría mamá».

A mis sobrinos, por darnos una lección de vida y hacernos reaccionar cuando estamos más rotos.

A mi pareja, Luis, y mis hijos, Leire y Álvaro, por darme la fuerza para levantarme todas las mañanas, aunque haya días en los que quisiera que me engulleran las sábanas y esconderme del mundo.

Y a todas y todos los que me leéis, me dais ánimos día a día y me hacéis ver que, aunque el dolor no se vaya nunca, la vida continúa y mi madre seguirá siempre conmigo.

Ojalá os guste esta historia.

Ojalá.

Gracias. De corazón.